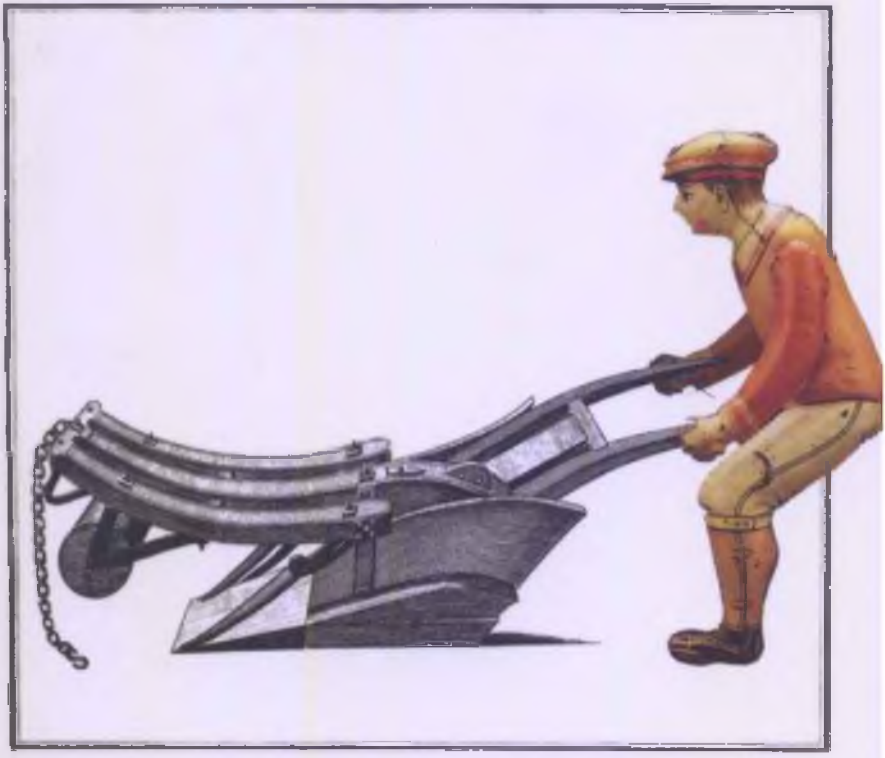
BUCÓLICAS
GEÓRGICAS

VIRGILIO



Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Entre los escasos autores cuya influencia ha perdurado a lo largo de los siglos se cuenta Publio VIRGILIO Marón (-70 a 19). El presente volumen reúne, con prólogo y traducción en prosa de Bartolomé Segura, sus dos principales obras anteriores a la «Eneida» (BT 8201). En las BUCÓLICAS, diez églogas en alabanza de la vida rústica, Virgilio creó un ambiente literario mítico, la Arcadia, transposición poética de los paisajes de Sicilia y de su pueblo natal, un mundo artificioso de pastores y ninfas que posteriormente habría de dar origen a la novela pastoril y servir de inspiración a Boscán, Garcilaso y Lope de Vega.
GEÓRGICAS, por su parte, es un largo poema didáctico, hecho a medida de las directrices del Imperio de Augusto, que invita a los romanos al regreso al cultivo de la tierra y al trabajo productivo.

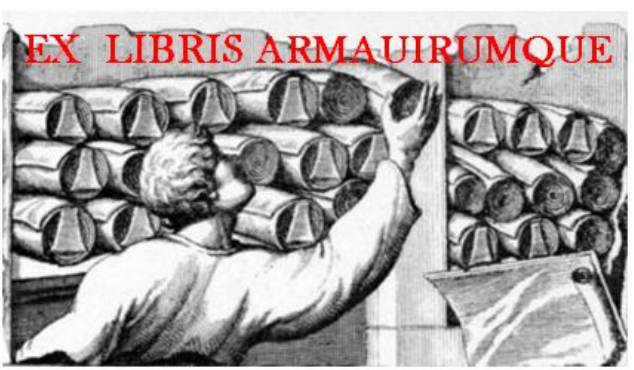
El libro de bolsillo
Biblioteca temática
Clásicos de Grecia y Roma

VIRGILIO

BUCÓLICAS
GEÓRGICAS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS

EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE



El libro de bolsillo
Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1981
Cuarta reimpresión: 1997
Primera edición en «Biblioteca temática»: 2004

Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Proyecto de colección: Rafael Sañudo
Ilustración: Rafael Sañudo

© De la traducción, introducción y notas: Bartolomé Segura Ramos
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 1983, 1986, 1991, 1997, 2004

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

Publio Virgilio Marón nació en Mantua, junto al río Po, en la Galia Cisalpina, el año -70, y murió en Brindis, el año 19, siendo enterrado en Nápoles. Así pues, vivió cincuenta y un años.

Tras realizar estudios en Mantua, Cremona y Milán marchó a Roma, donde conoció a Mecenas, ministro de Augusto, y a éste mismo, y recibió lecciones del filósofo epicúreo Sirón.

Literariamente se movió primero dentro de la corriente de los *poetae noui*, que en la generación anterior se habían agrupado en torno a Catulo. De ellos era característica señalada el alejandrinismo, aquella manera de escribir que procedía de Alejandría, ciudad en la que hacia el siglo -III. vivió y produjo sus obras Calímaco. Esta orientación neoalejandrina estará presente en las *Bucólicas* y, en parte también, en las *Geórgicas*.

De manera que fueron tres las obras que escribió: las *Bucólicas* (entre los años -43 y -39, más o menos), las *Geórgicas* (entre 37 y 30, aproximadamente) y la *Eneida*. Las dos primeras constituyen nuestro objeto de estudio ahora.

Las *Bucólicas*

La primera de las obras que presentamos, las *Bucólicas,* fueron escritas, al parecer, a instigación de su buen amigo Gayo Asinio Polión, al que dedicaría la IV. Dichas *Bucólicas,* también llamadas *Églogas* (que significan «selecciones» o «extractos») son diez poemas que Virgilio escribió a imitación de los *Idilios* del poeta greco-siciliano Teócrito (-310 a -250). Los poemas tratan de la vida rústica y pastoril en un escenario confuso y convencional, mezcla del paisaje de Sicilia y recuerdos de la tierra natal del poeta; el más largo de ellos cuenta con 111 versos.

El orden en que se presentan al lector, garantizado por la transmisión manuscrita, no es cronológico, sino que responde a una clara alternancia de poemas con diálogo (los impares: 1, 3, 5, 7, 9) y poemas constituidos por un monólogo (los pares: 2, 4, 6, 8, 10). Los estudiosos han tratado de establecer el orden cronológico en que fueron escritos, pero los resultados son demasiado variados y contradictorios para prestarles excesiva atención. Con todo, parece que el grupo más antiguo sería el constituido por las *Bucólicas* 2, 5, 3, 4 y 1.

Contenido de las diez *Bucólicas*

Bucólica I

Esta égloga y la IX son las más personales de la colección y tienen que ver con la propia biografía de Virgilio. En el -41 los triúnviros, a la sazón reinantes en Roma, Octaviano, Marco Antonio y Lépido, repartieron y asignaron tierras a los veteranos de las gueras civiles, en número de 170.000, según el historiador Apiano. Mantua, a pesar de haberse mantenido leal al triunvirato, corrió suerte pareja a Cremona, ciudad vecina, contraria a los triúnviros. Virgilio viajó a Roma para conseguir de Octaviano un decreto de restitución.

En el diálogo intervienen dos pastores (Títiro y Melibeo), el primero de los cuales ha conseguido mantener sus campos y sus rebaños, mientras que el segundo marcha al exilio. De acuerdo con ello, Títiro representaría a Virgilio, feliz por haber conservado su patrimonio, por cuyo motivo reconoce a Octaviano su intervención. Aunque no hay que ver a Virgilio en todo lo que se dice de Títiro; el carácter de Melibeo, por el contrario, cuadra más con el de Virgilio.

Bucólica II

Un pastor, Coridón, se queja amargamente de los desdenes de su amado, Alexis. Se admite que esta égloga fue la primera que escribió Virgilio. El movimiento general le ha podido ser sugerido por un epigrama de Meleagro *(Antología Palatina* 12, 127).

Bucólica III

Muestra de una competición rústica de canto, denominado *amebeo,* cuyo principio general es que el segundo competidor debe responder al primero con el mismo número de versos, y por lo común sobre el mismo o similar tema. A diferencia de Teócrito, en Virgilio estos pastores son al mismo tiempo poetas que elogian a uno de ellos, Polión, y satirizan a sus rivales.

Bucólica IV

La referencia precisa de esta famosa égloga no ha sido resuelta con exactitud. La fecha es el año 40 a.C., cuando Polión era cónsul y había ido a negociar la paz de Brindis.

El tono se eleva y aunque se invocan las musas de Sicilia, divinidades bucólicas, el estilo pastoril está casi ausente de esta pieza. En esencia es una profecía compuesta según la vida futura del héroe, un niño que llevará a cabo la restauración de una nueva Edad de Oro.

No se sabe con certeza qué niño es éste. Asinio Polión tenía dos hijos nacidos por aquella época: Salonino y Gayo Asinio Galo. Otros han pensado en Marcelo, sobrino de Octaviano, hipótesis bastante plausible, sólo que, al parecer, hay algún problema de fechas.

la égloga es un canto de esperanza, en forma
parecida al Epodo 16 de Horacio, el otro gran poeta augústeo, contemporáneo de Virgilio.

Bucólica V

El tema central es Dafnis, un pastor ideal, que es cantado sucesivamente por Mopso y Menalcas. En esta pieza el canto amebeo en lugar de sucederse en breves tiradas de dos o tres versos consiste en un par de intervenciones de veinticuatro versos cada una.

Se ha pensado que este nombre de Dafnis encubre y representa alguna otra personalidad de la época, en primer lugar, al dictador Julio César, asesinado en el 44, y al que se le hicieron grandes honores y se le levantó una estatua en el templo de Venus.

Sin embargo, abundan las hipótesis que piensan que Dafnis puede ser un hermano de Virgilio, o Quintilio Varo, Alfeno Varo, Marcelo, etc. De todos modos, el conjunto de la égloga es campesino y los detalles cuadran principalmente con Dafnis, el semidiós de los pastores, amado de las ninfas.

Bucólica VI

Está dedicada a Lucio Alfeno Varo, que sucedió en el año - 40 a Polión como gobernador de la Cisalpina, la región donde había nacido Virgilio. Después de una breve introducción en que el poeta afirma que no está preparado para cantar epopeyas, viene una narración, realizada por Sileno, un viejo profeta conocedor del pasado y del futuro, el cual, como Proteo en el libro cuarto de las *Geórgicas*, ha de ser encadenado para que diga su canto. Éste versa sobre cosmogonía y mitología y su tono es ciertamente épico.

Primero canta la formación y creación del mundo según la filosofía de Lucrecio, y que debió ser la enseñanza que el propio Virgilio recibió del epicúreo Sirón, su maestro en Roma. Después viene la parte mitológica con alusión a algunas leyendas famosas, cosa que se halla precisamente en contradicción con la filosofía epicúrea, que niega a los dioses y sus fábulas. El estilo sigue siendo neo-alejandrino, amante de narraciones en que se mezclan todos estos elementos, en muchos casos heterogéneos.

Todavía, en la égloga aparece Galo, amigo del poeta, que había escrito unas elegías en cuatro libros, pero del que se desconocen casi todos los datos. No obstante, Galo volverá a aparecer en la última égloga, y, según las noticias antiguas, habría sido cantado también en el libro IV de las *Geórgicas*, sólo que su suicidio posterior obligaría a Virgilio a sustituir su canto por otro tipo de narración (v. *infra*, p. 19).

Bucólica VII

En esta pieza vuelve a hallarse una competición entre pastores como en la égloga III. Ahora son Coridón y Tirsis, cuya competición es contada por Melibeo, un pequeño propietario, al que invita Dafnis a asistir a aquélla. A diferencia de la égloga III, aquí hay un vencedor que es Coridón.

Bucólica VIII

Dedicada a Asinio Polión, puede ser fechada por la referencia a la victoria de éste en Dalmacia y su triunfo, celebrado en octubre del 39; por instigación del mismo, como ya se ha dicho, habría emprendido Virgilio la composición de las *Bucólicas.*

Narra en dos largas tiradas de igual número de versos los amores desdichados de Damón y de Alfesibeo (en este caso, de una amante cuya historia cuenta Alfesibeo). El primero, solo y abandonado, expresa sus rencores y quejas desordenadamente; pasa de los llantos a las imprecaciones; habla de la indignidad de su enamorada Nisa y su deseo de acabar con su vida; se burla de su rival; evoca con emoción la escena infantil de su amor naciente y finalmente se suicida.

En el canto de Alfesibeo, en cambio, asistimos a las operaciones mágicas de una amante abandonada para que vuelva de nuevo su amado Dafnis, cosa que consigue finalmente.

Ambos cantos se corresponden, pero oponiéndose por el resultado, lo que se subraya asimismo con la forma; cada uno consta de diez estrofas separadas por un refrán (lo que es nuevo en las églogas), pero mientras las siete primeras poseen el mismo número de versos en uno y otro canto, las tres últimas son asimétricas. Así: canto de Damón; estrofas de versos: 4, 3, 3, 2, 4, 5, 3/4, 5, 3. Canto de Alfesibeo; estrofas de versos: 4, 3, 3, 2, 4, 5, 3/5, 3, 4.

Bucólica IX

Ya sabemos la relación de esta égloga con la I. La IX sigue de cerca el *Idilio* VII de Teócrito. Meris, antiguo sirviente de Menalcas, y el pastor Lícidas se encuentran y por el camino cantan versos compuestos por Menalcas. Ahora bien, con el tras-

fondo histórico de las expropiaciones, Meris aparece marchando a la ciudad a llevar las cabras al nuevo propietario.

Bucólica X

Este poema no formaba parte de la primera edición de las *Bucólicas*. Fue escrito en honor de Gayo Cornelio Galo, a quien traicionó la liberta Volumnia, que Virgilio llama aquí Licóride. Se cree que ella siguió a un oficial del ejército de Agripa, mientras Galo quedaba defendiendo las costas frente a Sexto Pompeyo.

Con las alusiones a la obra de Galo, *Amores*, y a sus propias *Bucólicas*, y los adornos poéticos, eco de sus anteriores églogas, esta pieza puede considerarse como una síntesis del «bucolismo» virgiliano.

Las *Geórgicas*

Como ya dijimos, esta obra debió ser escrita entre -37 y -30 El instigador en este caso pudo ser Mecenas, ministro de Augusto, en un momento en que éste pretendía llevar a cabo una renovación completa del imperio naciente: leyes, moral, religión, agricultura, etc. Por eso, Mecenas pudo sugerir a Virgilio este tema sobre el campo en este vasto plan de animar a los latinos al cultivo de la tierra abandonada. Al margen de ello, ni por la concepción y composición ni por el tratamiento podían las *Geórgicas* tener éxito y hacer volver al campo a los pequeños cultivadores. Como veremos, Virgilio no tocó (ni podía) todos los temas rústicos, y, por el contrario, éstos aparecen como pretexto para sus continuas digresiones y cuadros poéticos que nada tienen que ver con la técnica del cultivo, técnica que sí resplandece, en cambio, en los escritores de prosa especializados, como Catón, Varrón, Columela, etc.

Las *Geórgicas* son una obra didáctica, como lo era el poema de Lucrecio *(Sobre el Ser de las cosas),* compuesta a imitación del griego Hesíodo *(Los trabajos y los días).* Como su propio autor lo declara al final del poema, éste fue escrito en Nápoles y Nola, en la Campania, donde aquél poseía una pequeña finca.

Como fuentes del poema hay que contar, aparte de la obra de Hesíodo reseñada: la *Historia de los animales,* de Aristóteles; la *Historia de las plantas,* de Teofrasto; los tratados de astronomía de Eratóstenes de Cirene; los *Fenómenos,* de Arato; las *Terícacas,* las *Geórgicas* y las *Melisúrgicas* (tratado sobre las abejas), de Nicandro. De los latinos: el *De Agricultura,* de Catón, y las *Res Rusticae,* de Varrón, principalmente. Ya antes de estos últimos, Magón, el cartaginés, bien conocido de los romanos.

Contenido de los cuatro libros de las *Geórgicas*

Libro I

El libro empieza con una dedicatoria a Mecenas y se sigue con la enumeración de los temas de los cuatro libros: el libro I tratará los cereales y las tierras labrantías; el libro II, la vid y el olivo, fundamentalmente; el III, el ganado vacuno, ganado menor y equino, y el IV, la apicultura. A continuación se sigue una larga invocación a los dioses tutelares de la agricultura, y a Augusto, que con el tiempo se convertirá a su vez en un dios.

Este libro I no posee mucha unidad. Cuando en el verso 43 parece que se va a hablar de los sucesivos trabajos del campo a partir de la primavera hay una marcha atrás: Virgilio trata primero de las disposiciones del sol. Luego, se sigue una exposición del cultivo y de diversas operaciones campestres. A continuación se describe el arado; la era del trigo; la prepara-

ción de las sementeras. A partir del verso 204, es decir, hacia la mitad del libro, se llega a la parte meteorológica del canto.

Se tratan los problemas con que puede encontrarse el agricultor, ya que Júpiter no ha querido que la agricultura sea fácil. En la parte meteorológica se describen las zonas celestes y las constelaciones que indican el tiempo propicio para cada trabajo. Se describen las ocupaciones de los días de lluvias y los días de fiesta.

Es preciso adorar a los dioses, en especial a Ceres, diosa de los cereales. Júpiter ha fijado las señales que permiten prever el tiempo: trueno, pájaros, llama del candil. Hay pronósticos de la luna y pronósticos del sol.

A propósito de estos últimos pronósticos, y después de preguntarse «¿quién puede considerar falso al sol?», se nos cuenta cómo el sol anunció la guerra civil y todos los males que siguieron a la muerte de Julio César. El libro termina con el ruego a los dioses para que salvaguarden al joven Augusto.

Se ve, pues, cómo no existe en este libro lo que se llama unidad de tema o tratamiento. De hecho, a pesar de que Virgilio parece muy técnico en la descripción de las labores campestres, no lo es gran cosa si se compara con los escritores verdaderamente especializados como Catón o su contemporáneo Varrón. El poeta va saltando de tema en tema, no sigue una exposición sistemática o coherente, y de hecho, no parece que le interese tanto la descripción de las operaciones rústicas como esos cuadros alternantes e imprevistos que, sobre hacer variado el contenido poco apto para la poesía, hacen también abigarrado y poco uniforme el libro.

Libro II

Así como el libro I termina con una descripción sombría de guerra y muerte, el II empieza con una invocacion jubilosa y alegre. Se ha querido notar en la sucesión de los libros como

un ascenso desde la tierra bruta y las plantas que la cubren en el libro I, a la parte gozosa de la vid en el II; luego, a los animales, en el III, y por fin, las abejas, dotadas de instinto e inteligencia, en el IV.

El canto de la viña lo baña todo en una atmósfera de paz y prosperidad; la alegría dionisíaca de la invocación estalla por doquier y el libro se cierra con la pintura idealizada de la vida campestre, en que reaparece la invocación al dios del lagar.

El libro entra en materia con la división de los árboles en los que nacen espontáneamente y los que se reproducen de diversas maneras, que los agricultores deben aprender. Siguen unos preceptos generales sobre la arboricultura. Las especies se pueden mejorar con procedimientos apropiados, especialmente con el injerto. El terreno influye en las producciones así como el clima. A continuación viene la «Loa de Italia»: ninguna región del mundo puede rivalizar con el suelo itálico, sus productos, sus pastizales, su ganadería, sus ciudades, las obras realizadas por los romanos. Se trata después el género que conviene a cada terreno, los medios de conocer la naturaleza del suelo. A continuación, el cultivo de la viña, plantaciones, trasplantes, disposición de las plantas, profundidad de las zanjas u hoyos. Hacia la mitad del libro se intercala un himno a la primavera. Se prosigue con los cuidados que exigen las plantas nuevas; la protección de las mismas contra las bestias y sobre todo el macho cabrío, a propósito de lo cual se introduce el mito de la inmolación de este animal a Baco. Pasa luego el poeta a tratar el olivo, los árboles frutales y las selvas.

Más adelante viene el elogio de la vida campesina, la felicidad de los hombres del campo. Virgilio expresa su deseo de vivir en el campo: pureza de la vida rural.

Los antiguos ponían a los árboles entre los seres dotados de alma. Mientras Aristóteles, los epicúreos y los estoicos les negaban el título de seres animados, Empédocles y Platón pretendían que la planta es un animal.

Virgilio debe a Varrón principalmente los desarrollos técnicos que se despliegan en el libro. Así, la disposición de las vides que el poeta compara con la legión desplegada para entrar en combate. El tema del macho cabrío le sirve de pretexto para hacer una digresión pintoresca sobre la religión de Baco en Grecia e Italia.

En la descripción de la primavera se advierten reminiscencias de Lucrecio y evoca el origen y la primavera del mundo.

De este modo, se van sucediendo los episodios en mayor número que en el libro primero, tomando como base de partida las prescripciones técnicas o las constataciones precisas, a las cuales aquéllas sirven de ilustración.

Libro III

En este libro se habla de los ganados, especialmente reses y caballos. Por ello, el canto se abre con una invocación a Pales y otras divinidades que protegen a los ganados. Es un tema en el que el poeta piensa que vencerá, por lo que levantará un templo y celebrará juegos en honor del príncipe Augusto.

Primero se centra en el ganado mayor: elección de novillas destinadas a la reproducción; elección de sementales; cuidados de machos y hembras; vigilancia de los recién nacidos. A propósito del amor de las bestias, Virgilio se extiende sobre el poder del amor, amo de la creación.

En segundo lugar trata el ganado menor, a cuyo propósito invoca de nuevo a Pales. Entra a discutir sobre los establos de ovejas y cabras; la cría de las cabras es productiva y fácil. De ahí el poeta se desliza en una digresión que abarca la historia de los pastores nómadas de Libia y, en contraste, la vida cavernícola de los escitas en invierno. Trata, después, la lana, la leche y el queso, perros guardianes y de caza.

Luego, pasa a exponer las enfermedades del ganado, por dónde se extiende la epidemia que ha arrasado el Nórico y las riberas del río Timavo, al norte de Italia.

De nuevo es Varrón la fuente principal de este libro, pero Virgilio manipula el material fundamental, lo abrevia y lo trata con una finalidad (poética) propia. Cuando describe el caballo joven y brioso, pasa a comparaciones que le llevan a evocar los caballos legendarios, los de Pólux, Marte, Aquiles, dejándose llevar incluso hasta Saturno, metamorfoseado en caballo. Siguen algunas prescripciones referentes a la elección y tratamiento del caballo, pero pronto la imagen de la carrera de caballos viene al espíritu del poeta; afluyen recuerdos homéricos. Después, al comparar el caballo con el viento, el poeta pasa a describir los efectos del Aquilón desencadenado, y entonces nos vemos transportados a las selvas, los ríos, los campos y las llanuras líquidas. A propósito del amor en los animales, Virgilio describe el combate de dos toros por una novilla.

La unidad del libro se consigue por la melancolía y simpatía con que el poeta trata a los animales, a los que ve tan cercanos en sus desgracias a los seres humanos: amor, enfermedades y muerte.

Libro IV

Se inicia el canto con una nueva invocación a Mecenas. A continuación se describe el emplazamiento de las colmenas y las condiciones que deben cumplir. Se explica después lo que debe hacer el abejero cuando las abejas salen para libar, hacer el enjambre o pelear. Luego, la elección del rey; las dos especies de abejas. Viene después un *excursus* en que Virgilio sugiere que de tener tiempo hablaría también de los jardines, como aquellos del viejo de Córico.

Pasa más adelante a describir la ciudad de las abejas, la organización y división del trabajo, el sacrificio del individuo a la comunidad; propagación de la especie, obediencia al rey. En el pasaje siguiente Virgilio relata la sugerencia de

que las abejas están dotadas de inteligencia y son parte del alma divina.

Luego, se enumeran diversas prescripciones: la miel debe recogerse en primavera y otoño; hay que fortalecer la colmena. Se tratan después las enfermedades de las abejas: reconocimiento y curación. A propósito de ésta, se narra la leyenda de Aristeo, quien al perder sus abejas pidió remedio a su madre, una ninfa marina, Cirene. Ésta le aconseja consultar al divino Proteo, el cual le revela que Aristeo ha causado, sin saberlo, la muerte de Eurídice. Orfeo, su esposo, ha descendido a los Infiernos, y se la trae al mundo superior, cuando por olvido de la condición que se le había impuesto de no mirar atrás, Orfeo vuelve la vista y pierde definitivamente a Eurídice. Orfeo perece, víctima de las mujeres que desdeñaba. Por fin, Cirene expone a su hijo el medio de llevar a cabo los sacrificios expiatorios, con los que Aristeo recobrará las abejas: de los cadáveres de los novillos muertos sale un nuevo enjambre.

En este libro es menor la influencia de Varrón. Es posible que el poeta romano utilizase las *Melisúrgicas* de Nicandro, una obra hoy perdida. Por lo demás, muchas obras griegas y latinas celebraban el instinto social de las abejas: Aristóteles, Varrón; más tarde, Columela, Séneca y Plinio el Viejo. Naturalmente el modo de tratamiento radica en un paralelismo persistente con las instituciones del hombre, a veces explícito y otras implícito, toda vez que el vocabulario de la política, gobierno, guerra y virtudes ciudadanas es el más utilizado con las abejas.

Como hemos visto, la segunda parte del libro deriva a divagaciones de las que apenas se vuelve al final. Pero es que donde aparece el episodio (con el epilio de Orfeo y Eurídice) de Aristeo, según se cree por una referencia del comentarista romano Servio (siglo IV de nuestra era), entró en sustitución el canto de Gayo Cornelio Galo, celebrado ya en las *Bucólicas*, pero que se suicidó en el 26 a.C., por lo que Virgilio lo eliminó del poema.

Por lo demás, el episodio final del descenso al mundo de los muertos enlaza curiosa e inesperadamente el canto de la vida de las abejas con la propia muerte, como si la frontera entre ésta y la vida no fuese más que un puro espejismo.

Sevilla, octubre de 2003

BIBLIOGRAFÍA

Traducir los versos de Virgilio a corriente prosa castellana es como si uno se empeñase en destruir lo que laboriosa y hábilmente ha montado el poeta; es como demoler y echar por tierra un palacio de cristales multicolores: esa llanura de escombros informes es el resultado de la traducción. Con todo, tenga, al menos, esta traducción una virtud: su fidelidad perseverante al original.

Por lo demás, el lector tras esta primera lectura virgiliana puede intentar otras lecturas y desciframientos. Así:

ARCADIO, Joaquín, *P. Virgilio Marón, Geórgica primera,* UNAM, Méjico DF, 1995.

BARABINO, I. y otros, *Interpretationes vergilianae minores,* Génova, 1991, 1998, 2000.

BERNARD, John D. (ed.), *Vergil at 2000,* Nueva York, 1986.

BOYLE, A. J., *The chaonian dove. Studies in the Eclogues, Georgics and Aeneid of Virgil,* Leiden, 1986.

BOYLE, L. (ed.), *Vergil's Ascraean Song,* Melbourme, 1979.

CADILI, Luca, *Viamque adfectat Olympo,* Memoria ellenistica nelle «Georgiche» di Virgilio, Milán, 2001.

CANALI, Luca y SCARCIA, R., *P. Virgilio Marone, Georgiche,* Milán, 1983.

CONTE, G. B., *Virgilio, il genere e i suoi confini,* Milán, 1984.

CRAMER, Robert, *Vergils Weltsicht, Optimismus und Pessimismus in Vergils Georgica*, Berlín-Nueva York, 1998.

DOLÇ, M., *Geòrgiques*, colección «Bernat Metge», Barcelona, 1963.

ERREN, Manfred, *P. Vergilius Maro. Georgica*, Heidelberg, 1985.

FAIRCLOUGH, H. R., *Virgil*, Londres, ed. LOEB, 1967.

FARREL, J., *Vergil's Georgics and the tradition of ancient Epic*, Nueva York-Oxford, 1991.

GARCÍA CALVO, A., *Virgilio*, Madrid, ed. Júcar, 1976 (traducción rítmica de las diez *Bucólicas* y del libro IV de las *Geórgicas*).

GÓMEZ DE MIGUEL, Emilio, *Virgilio. Obras completas*, Madrid, 1961.

JOHNSTON, P. A., *Vergil's agricultural golden age*, Leiden, 1980.

LUTHER, Andreas, *Historische Studien zu den Bucolica Vergils*, Viena, 2002.

MAYANS Y SISCAR, Juan Antonio, *P. Virgilii Maronis Opera omnia... Todas las obras de Publio Virgilio Marón ilustradas con varias interpretaciones y notas en lengua castellana*, Valencia, 1975 (5 tomos).

MENÉNDEZ PELAYO, M., «Traductores de las *Églogas* y *Geórgicas* de Virgilio», en *P. Virg. Marón, Églogas y Geórgicas*, traducidas en verso castellano por F. M. Hidalgo y M. A. Caro, Madrid, 1884.

MILES, G. B., *Vergil's Georgics*, California, 1980.

MYNORS, R. A. B., *Virgil Georgics*, Oxford, 1990.

OCHOA, Eugenio de, en *Poetas Latinos*, colección «Los Clásicos», Madrid, EDAF, 1962.

RIBER, Lorenzo, *Virgilio. Obras completas*, México, 1964.

SAINT DENIS, E. de, *Bucoliques*, París, ed. Belles Lettres, 1970.

— *Géorgiques*, 5.ª ed., París, 1968.

WILKINSON, L. P., *The Georgics of Vergil*, Cambridge, 1963.

— *Virgil. The Georgics*, Nueva York, 1982.

BUCÓLICAS

BUCÓLICA I

MELIBEO

Tú, Títiro, acostado al amparo del haya anchurosa, ensayas un son de musas del bosque en tu flauta ligera. Nosotros abandonamos los territorios, los dulces labrados de la patria; nosotros huimos de la patria. Tú, Títiro, tranquilamente a la sombra, enseñas a las selvas a repetir el nombre de la hermosa Amarílide.

TÍTIRO

¡Ay, Melibeo! Un dios nos procuró esta ociosidad; pues que un dios será siempre para mí aquél. Muchas veces empapará su altar un tierno cordero de mis apriscos. Él me facilitó que mis vacas vagasen por ahí, como ves, y que yo tocase a mi antojo el caramillo rústico.

MELIBEO

No es que lo vea mal, sino que estoy admirado: ¡tan grande es el bullicio que hay por todas partes en el

campo! Mira: enfermo, yo mismo careo adelante las cabras; y a ésta, Títiro, apenas la arrastro. Pues hace un momento, aquí, entre los espesos avellanos, tuvo unos mellizos (esperanza, ¡ay!, del rebaño) y los dejó en la roca pelada. Recuerdo que muchas veces (¡si no estuviesen tan embotados mis cascos!) me predecían este mal las encinas alcanzadas por el rayo. Pero, en fin, dime, Títiro, qué dios es ése.

TÍTIRO

19 La ciudad que llaman Roma creí yo, Melibeo, tonto de mí, que era semejante a esta nuestra, adonde los pastores acostumbramos tantas veces a llevar las tiernas crías de las ovejas. Del mismo modo entendía que los cachorros son semejantes a los perros y los cabritos a sus madres; del mismo modo solía comparar lo grande con lo chico. Pero esta ciudad ha levantado la cabeza entre las otras tanto como los cipreses suelen entre las mimbreras flexibles.

MELIBEO

26 ¿Y qué motivo tan importante tuviste para ver Roma?

TÍTIRO

27 La libertad, que aunque tarde se volvió a mirarme, en mi indolencia, cuando la barba caía más blanca al raparme. Pero se volvió a mirarme y llegó después de largo tiempo, ahora que me tiene Amarílide y Galatea me ha dejado. Pues (debo confesarlo) mientras me tenía Galatea, no había esperanza de libertad ni cuidado del

peculio. Aunque saliese mucha víctima de mis rediles, y cuajase queso grasiento para la ingrata ciudad, nunca volvía a casa mi diestra cargada de cobre.

MELIBEO

Me preguntaba extrañado por qué invocabas triste a los dioses, Amirílide, para quién dejabas colgar las frutas en su árbol: Títiro se había ido. Hasta los pinos, Títiro, hasta las fuentes, hasta los huertos estos te llamaban.

TÍTIRO

¿Qué podía hacer? Ni me era dado salir de la esclavitud ni conocer en otra parte dioses tan benignos. Aquí vi a aquel joven, Melibeo, por quien humean doce días al año mis altares. Aquí me dio él, el primero, la respuesta a mi pregunta: «Apacentad los bueyes como antes, muchachos; domad a los toros».

MELIBEO

¡Viejo afortunado! ¡De modo que el campo sigue siendo tuyo! Y bastante grande para ti, aunque el guijarro pelado aflora en todo él y una charca de cieno y juncia invade los pastos. No tentarán a las hembras preñadas pastos inhabituales ni las dañará el contagio malsano del ganado vecino. ¡Viejo afortunado! Aquí, entre arroyos conocidos y fuentes sagradas, tomarás el fresco de la sombra. De un lado, el seto de la linde vecina, el de siempre, que da a libar la flor del sauce a las abejas del Hibla[1], te invi-

1. El monte Hibla, en Sicilia, era famoso por su miel.

tará muchas veces con su ligero susurro a echar un sueño; por el otro, al pie de una peña alta, el podador cantará a las brisas. Y entretanto no cesarán de arrullar las roncas palomas, tu preocupación, ni las tórtolas en el olmo airoso.

TÍTIRO

59 Seguro que antes pacerán en el cielo los ciervos ligeros y los mares dejarán al desnudo a los peces en la playa; antes, recorriendo recíprocamente sus territorios, beberá desterrado el parto del Arar[2] o la Germania del Tigris, antes de que su cara se esfume en mi corazón.

MELIBEO

64 ¡Ay! Nosotros, en cambio, nos iremos de aquí, los unos al África sedienta; los otros llegaremos a la Escitia[3] y el Oaxes, que arrastra greda, o hasta los britanos, completamente apartados del mundo entero. Ay, ¿veré alguna vez, después de tan largo tiempo, la heredad de mis padres y el cumbrero cubierto de pasto de mi pobre choza, pasmado entonces de mi reino, unas pocas espigas? ¿Un soldado bruto va a poseer estos barbechos tan labrados? ¿Un bárbaro, estos trigales? Ay, ¡adónde ha llevado la discordia a los desgraciados compatriotas! ¡Para ellos hemos sembrado los campos! ¡Injerta ahora perales, Melibeo, pon las viñas en hilera! Id, cabrillas mías, ganado en otro tiempo feliz, andando. Ya no os

2. El río Saona, afluente del Ródano.
3. Antigua denominación del país que está al norte del mar Negro y del mar Caspio. El Oaxes es un río de Creta.

veré más, tendido en una gruta verde, triscar a lo lejos en la peña cubierta de zarzas. No cantaré ninguna canción; no vais a ramonear, cabrillas, del codeso florido y los sauces amargos, apacentadas por mí.

TÍTIRO

A pesar de todo, podías descansar aquí esta noche so- 79
bre las hojas verdes. Tengo manzanas dulces, castañas mollares y cantidad de leche cuajada. Y ya humean a lo lejos los techos de los cortijos y se va alargando la sombra que cae de los altos montes.

BUCÓLICA II

El pastor Coridón se abrasaba de amor por el hermoso Alexis, delicias del amo; y no tenía qué esperar. Únicamente, se llegaba sin tregua a unas hayas espesas de copas umbrosas; allí, en soledad, daba con estéril empeño a montes y selvas estas quejas desaliñadas:

6 «Ah, cruel Alexis, ¿no te importan nada mis canciones? ¿No te compadeces de mí? Al final me vas a obligar a morir. Ahora los ganados toman también la sombra y el fresco; ahora los lagartos verdes se ocultan también en los espinares, y Testílide maja para los segadores, cansados del sol rabioso, ajos y serpollo, hierbas olorosas. Mas a mí, mientras sigo tus huellas, y a las roncas chicharras, los matorrales nos hacen eco bajo el sol ardiente. ¿No fue más que suficiente sufrir las amargas cóleras y el desdén soberbio de Amarílide? ¿No lo fue sufrir a Menalcas, por más que él fuese negro y tú blanco resplandeciente? Oh, hermoso muchacho, no te fíes demasiado del color. Las alheñas blancas se abandonan, los jacintos negros se cogen. Tú me desprecias, y no preguntas quién soy, Alexis; cuán rico en ganado,

cómo abundo en leche blanca como la nieve. Mil corderas mías vagan por los montes de Sicilia; no me falta leche fresca ni en verano ni en invierno. Canto lo que acostumbraba Anfión dirceo en el Aracinto del Acte[4] cuando llamaba a su vacada. Y no soy tan feo; hace poco me vi en la playa, cuando el mar estaba calmo de vientos; no temería yo a Dafnis según tu juicio, si una imagen no engaña nunca.

»Ah, basta con que te agrade habitar conmigo la po- 28
bre campiña y las cabañas humildes, tirar a los ciervos y carear el rebaño de cabritos al verde malvar. Conmigo imitarás a Pan tañendo en las selvas. Pan, el primero, nos enseñó a pegar varios canutos con cera; Pan se cuida de las ovejas y de los pastores de las ovejas. Y no tengas reparo en curtirte los labios con el caramillo; por saber esto mismo, ¿qué no hacía Amintas? Tengo una flauta compuesta de siete cañas desiguales que Dametas me dio de regalo en una ocasión, y dijo al morir: "ahora tú eres el segundo que la posee". Así dijo Dametas; el tonto de Amintas sintió envidia. Hay además dos corcillos (que encontré en un valle poco seguro) con la piel todavía moteada de blanco; secan al día dos ubres de oveja: los guardo para ti. Ya hace tiempo que Testílide me pide que se los deje llevar; y lo hará, puesto que te repugnan mis regalos.

»Llégate aquí, oh hermoso muchacho: para ti (mira) 45
traen lirios las ninfas a canastillos llenos; para ti la náyade blanca, cogiendo violetas pálidas y la cabeza de las amapolas, junta el narciso y la flor del eneldo bien-

4. Anfión fue el rey fundador de Tebas, cerca de la cual se hallaba la fuente de Dirce. El Aracinto es un monte entre Beocia y Ática, cuyo nombre antiguo es Acte.

oliente; luego, entretejiendo la jara y otras plantas finas, pinta los jacintos tiernos con la hiniesta amarillenta. Yo por mí cogeré membrillos de tierna pelusa blanquecina, y las nueces del castaño[5] que gustaban tanto a mi Amarílide; añadiré ciruelas color de cera; esta fruta tendrá también su honor. También a vosotros os pelaré, laureles, y a ti, arrayán, a su lado, puesto que plantados así mezcláis vuestros suaves olores.

56 »Eres un rústico, Coridón: ni a Alexis le importan los regalos, y si compites a regalos, Iolas no se quedaría atrás. Ay, ¿qué quise, desgraciado de mí? He metido, loco, el austro en las flores y los jabalíes en las fuentes cristalinas. Eh, ¿de quién huyes, insensato? También los dioses habitaron las selvas, y Paris, el dardanio[6]. Que Palas habite ella sola el alcázar que fundó; a nosotros han de gustarnos más que nada las selvas. La leona torva persigue al lobo; el lobo, a su vez, a la cabra; tras el codeso florido va la cabra retozona; tras ti Coridón, Alexis mío: a cada uno arrastra su gusto. Mira: los bueyes vuelven con el arado colgado al yugo, y el sol, declinando, alarga las sombras crecientes; pero el amor me sigue abrasando. Pues, ¿qué límite hay para el amor?

69 »Ah, Coridón, Coridón, ¿qué locura se ha apoderado de ti? Tienes la vid a medio podar en el olmo frondoso[7]. ¿Por qué no te dispones mejor a entretejer al menos algo, de lo que hace falta, con mimbres y junco reblandecido? Encontrarás otro Alexis, si éste te desdeña».

5. Así en el original; entiéndase «castañas».
6. Troyano, por cuanto Dárdano fue un viejo rey de Troya.
7. El olmo, junto a otros árboles, se empleaba como sostén de la vid.

BUCÓLICA III

MENALCAS

Dime, Dametas: ¿de quién es el ganado? ¿De Melibeo, acaso?

DAMETAS

No; es de Egón. Hace poco me lo confió Egón.

MENALCAS

¡Ay, las ovejas! ¡Un ganado desgraciado siempre! Mientras él está pegado a Neera y teme que ella me prefiera a él, este guarda ajeno ordeña las ovejas dos veces por hora, saca el jugo al ganado y hurta la leche a los corderos.

DAMETAS

¡Ojo! Más despacio hay que echar eso en cara a los hombres; no lo olvides. Sé también los que a ti... (los

machos cabríos miraban de lado); sé también en qué ermita... (pero las ninfas se echaron a reír comprensivas).

MENALCAS

Eso sería cuando me vieron cortando con hoz asesina los árboles de Micón y sus vides nuevas.

DAMETAS

O aquí, junto a las viejas hayas, cuando partiste el arco de Dafnis y sus flechas; cuando viste, rencoroso Menalcas, que le habían hecho ese regalo al muchacho, estabas compungido, y si no le hubieras hecho algún daño, te habrías muerto.

MENALCAS

¿Qué no harán los amos, cuando se atreven a tales cosas los... ladrones? ¿No te vi yo, canalla, sorprender a escondidas al macho cabrío de Damón en medio de los continuos ladridos de Licisca? Y como yo gritase: «¿Para dónde tira ése ahora? ¡Títiro, recoge el ganado!», tú te escondías en el carrizal.

DAMETAS

¿Es que no me iba a entregar, vencido en el canto, el macho cabrío que había ganado mi flauta con sus canciones? Por si no lo sabes, aquel macho cabrío era mío; y el propio Damón me lo reconocía, pero decía que no podía dármelo.

MENALCAS

¿Tú con el canto? ¿Tú a él? ¿Has tenido tú alguna vez una flauta pegada con cera? ¿No eres tú, ignorante, el que acostumbraba a asesinar en las encrucijadas una pobre canción con tu pito desafinado? 25

DAMETAS

¿Quieres, pues, que tú y yo probemos por turno entre nosotros a ver lo que puede cada uno? Yo me juego esta vaquilla (por si acaso te niegas, viene dos veces al ordeño y amamanta a su ubre dos crías); tú di con qué prenda porfías conmigo. 28

MENALCAS

De la manada no me atrevería a apostar nada contigo; pues tengo en casa padre y una madrastra injusta; cada día cuentan dos veces el ganado los dos, y uno u otro los cabritos también. Pero esto, que tú mismo admitirás que es mucho más importante (puesto que te agrada cometer una locura) me lo voy a jugar: dos copas talladas de haya, obra del divino Alcimedonte. En ellas hay una vid retorcida, labrada con fácil torno, que viste sus racimos desparramados de pálida hiedra. En el centro hay dos figuras, Conón[8], y... ¿quién era el otro que diseñó con el compás el cielo entero a los pueblos, la época que debía guardar el segador o el labrador encorvado? Y todavía no he arrimado mis labios a ellas, sino que las tengo guardadas. 32

8. Célebre astrónomo, originario de la isla de Samos. El «otro» es posiblemente Eudoxo de Cnido, autor de unos *Fenómenos*.

DAMETAS

También a mí me hizo ese mismo Alcimedonte dos copas, y ciñó las asas en torno con cardo flexible; en el centro puso a Orfeo[9], y las selvas siguiéndole. Y todavía no he arrimado los labios a ellas, sino que las tengo guardadas. Si atiendes a mi vaquilla, no hay nada para alabar las copas.

MENALCAS

Hoy no te vas a escapar; acudiré dondequiera me cites. Únicamente oiga esto..., por ejemplo, este que aquí llega, Palemón. Haré que en lo sucesivo no retes a nadie en lo de la voz.

DAMETAS

¿Cómo? ¡Venga, a ver lo que sabes! Por mí no habrá demora alguna, ni huyo de nadie. Únicamente, vecino Palemón, pon la máxima atención en esto; no es cuestión baladí.

PALEMÓN

Cantad, ya que nos hemos sentado en la hierba blanda. Ahora todo campo, todo árbol ahora está por dar fruto; ahora echan hojas las selvas, ahora el año es muy hermoso. Empieza, Dametas; luego seguirás tú, Menalcas. Cantaréis por turno; por turno agrada a las Camenas[10].

9. Músico mítico, del que se hablará en la *Geórgica IV.*
10. Nombre itálico de las musas.

DAMETAS

Empezaré por Júpiter, Musas; Júpiter lo llena todo. Él vela por las tierras; él se cuida de mis cantos.

MENALCAS

A mí es Febo el que me ama; Febo tiene siempre en mi casa las ofrendas que le gustan: laureles y jacinto rojo suave.

DAMETAS

Galatea me tira con una manzana, ¡pícara chiquita!, y huye a los sauces y desea dejarse ver antes.

MENALCAS

Ah, pues a mí se me ofrece sin más mi pasión, Amintas, hasta el extremo que ya mis perros no conocen más a Delia.

DAMETAS

Un don ha venido al mundo para mi amor, pues he señalado yo mismo el sitio allá arriba donde las tórtolas han hecho un nido.

MENALCAS

Yo, lo que pude, cogí diez manzanas doradas de un árbol del bosque y se las mandé a mi niño; mañana le enviaré otras diez.

DAMETAS

Ah, ¡las veces y las cosas que ha hablado Galatea de mí! Llevad algunas de ellas a oídos de los dioses, vientos.

MENALCAS

¿De qué me sirve que no me desdeñes dentro de tu corazón, Amintas, si mientras tú persigues a los jabalíes, yo vigilo las redes?

DAMETAS

Mándame a Fílide, Iolas; es mi cumpleaños. Cuando sacrifique una novilla por mi cosecha, ven tú mismo.

MENALCAS

Quiero a Fílide más que a ninguna; pues lloró al marcharme, y dijo una y otra vez: «Adiós, adiós, hermoso Iolas»[11].

DAMETAS

Funesto es el lobo para los rediles; para el trigal granado las lluvias; para los árboles los vientos; para mí, la cólera de Amarílide.

MENALCAS

Dulce es el riego para los sembrados; el madroño, para los cabritos destetados; la mimbrera flexible, para la ca-

11. Menalcas, al responder a Dametas, hace como si fuera Iolas.

bra parida; para mí, sólo Amintas.

DAMETAS

A Polión le gusta mi musa, por muy campesina que sea. Piérides, apacentad una novilla para vuestro lector.

MENALCAS

Polión, a su vez, hace también versos modernos: apacentadle un toro que embista ya con los cuernos y escarbe la arena con las patas.

DAMETAS

Que el que te ame, Polión, llegue donde se alegra que tú hayas llegado: fluya miel para él, eche amomo el áspero zarzal.

MENALCAS

90

Que el que no odia a Bavio, guste de tus poemas, Mevio, y unza, asimismo, zorras, y ordeñe machos cabríos.

DAMETAS

Los que cogéis flores y fresas a ras de tierra: huid de aquí, muchachos; la culebra fría se esconde en la hierba.

MENALCAS

Cuidado, ovejas, no avancéis demasiado: no se puede uno fiar de la ribera. El mismo carnero se está secando

ahora las lanas.

DAMETAS

Títiro, aparta del río las cabras que están paciendo. Yo mismo, cuando haya lugar, las bañaré todas en la fuente.

MENALCAS

Recoged las ovejas, muchachos. Si el calor les corta la leche, como hace poco, en vano apretaremos sus ubres con las manos.

DAMETAS

Ay, ay, ¡qué flaco tengo el toro a pesar del yero alimenticio! El amor es la perdición del ganado y del caporal del ganado.

MENALCAS

Éstos, desde luego (y no es el amor la causa), apenas se tienen en los huesos. No sé qué mal de ojo hechiza mis tiernos corderos.

DAMETAS

Dime en qué lugar (y serás para mí el gran Apolo) el espacio celeste no abarca más de tres codos[12].

12. Se trata de un acertijo cuya solución es problemática.

MENALCAS

Di en qué lugar nacen las flores con nombres inscritos en ellas, y quédate con Fílide tú solo[13].

PALEMÓN

No está en mí dirimir tamaño litigio entre vosotros. Tú te mereces la vaquilla, y éste, y quienquiera que tema los amores dulces o sufra los amargos. Cortad ya el riego, muchachos; los prados han bebido bastante.

13. Es el jacinto en el que se creía ver las letras AI: la primera, inicial de Áyax; la segunda, de *yácinthos*. Ahora bien, Áyax y Jacinto eran hijos de reyes.

BUCÓLICA IV

Musas de Sicilia, cantemos algo más grande. No a todos gustan los vergeles y los tamarindos humildes. Si cantamos a las selvas, sean las selvas dignas de un cónsul.

4 Ya ha llegado la última edad que anunció la profecía de Cumas[14]. La gran hilera de los siglos empieza de nuevo. Ya vuelve también la virgen, el reino de Saturno vuelve. Ya se nos envía una nueva raza del alto cielo. Únicamente, a ese niño que nace, con quien terminará por fin la edad de hierro y surgirá la edad de oro para todo el mundo, tú, casta Lucina, ampáralo: ya reina tu Apolo. Justamente en tu consulado, el tuyo, Polión, llegará tal gloria del tiempo y empezarán a marchar los grandes meses. Bajo tu guía, si alguna huella de nuestro pasado queda, se borrará, librando a las tierras de su miedo eterno. Él tendrá la vida de los dioses y verá a los héroes mezclados entre los dioses, y él, a su vez, será visto por ellos. Y gobernará el orbe pacificado por las virtudes de su padre.

14. Donde vivía la Sibila, profetisa de Apolo.

Ahora bien, como primeros regalillos, niño, la tierra 18
sin ninguna labranza derramará por doquier para ti
hiedras errantes, así como bácar[15], y colocasias enreda-
das con cardos risueños. Las cabras volverán a casa so-
las con las ubres hinchadas de leche, y las vacas no te-
merán a los grandes leones; por sí sola la cuna
derramará para ti blandas flores. Morirá también la
serpiente; la hierba que engaña con el veneno morirá
también; por todas partes nacerá el amomo asirio.

Mas así que puedas leer las glorias de los héroes y las 26
gestas de tu padre, y saber qué es el valor, poco a poco
irá amarilleando el campo con la blanda espiga, de los
zarzales bravíos colgará el racimo rojizo y las duras en-
cinas destilarán el rocío de la miel.

Sin embargo, subsistirán unas pocas huellas del ye- 31
rro primitivo, que manden tentar a Tetis[16] con los bar-
cos, ceñir plazas con murallas, hender surcos en la tie-
rra. Habrá entonces un segundo Tifis[17] y una segunda
«Argó» que transporte a los héroes elegidos; habrá
también otras guerras segundas y otra vez se enviará a
Troya un gran Aquiles.

Luego, cuando ya la edad robusta te haga un hom- 37
bre, el propio pasajero renunciará al mar, y el pino na-
val[18] no cambiará mercancías. Toda tierra dará de
todo. El suelo no sufrirá a los rastrillos, ni la viña las
hoces; el forzudo labrador desuncirá entonces también

15. Planta de difícil identificación; tal vez, el nardo. La colocasia es el haba egipcia.
16. Nereida o ninfa del mar, madre de Aquiles. Por metonimia, significa aquí el mar.
17. Piloto de la nave «Argó», que, al mando de Jasón, transportó a los argonautas en busca del vellocino de oro.
18. El barco (de pino).

los toros del yugo. La lana no aprenderá a fingir colores variados, sino que el propio carnero, en los prados, cambiará sus vellones ora con púrpura suavemente roja, ora con amarillo azafrán; de su grado el color escarlata teñirá a los corderos en el pasto. «Aprisa, hilad tales siglos», dijeron a sus husos las Parcas[19], de acuerdo con la voluntad inmutable de los hados.

48 Entra en los grandes oficios (ya llega el momento), oh vástago querido de los dioses, magna semilla de Júpiter. Mira el mundo que te hace señal con el peso de su bóveda, y las tierras, los trechos del mar, el cielo profundo; mira cómo todo se alegra con el siglo que está al llegar. ¡Ojalá me reste para entonces la última parte de una vida larga y el aliento suficiente para decir tus hazañas! No ha de vencerme a cantar ni Orfeo de Tracia, ni Lino[20], aunque al uno le asista la madre, y al otro el padre, a Orfeo, Calíope, a Lino, el hermoso Apolo. Incluso si Pan compitiese conmigo ante el juicio de la Arcadia, Pan incluso confesaría que ha sido vencido ante el juicio de la Arcadia.

60 Empieza, niño pequeño, a conocer a tu madre riéndole (a tu madre diez meses trajeron largos hastíos); empieza, niño pequeño: al que no le han reído los padres, no lo convida a su mesa el dios ni la diosa a su lecho[21].

19. Las Parcas hilaban el destino de los hombres. Eran tres hermanas: Clotó, Atropo y Láquesis.

20. Poetas míticos de la edad de oro.

21. Honores que se le hacen a los héroes, como a Hércules en la *Odisea* (libro XI), donde aparece en los banquetes de los dioses y compartiendo el lecho de la diosa Hebe.

BUCÓLICA V

MENALCAS

Mopso, puesto que nos hemos juntado los dos y tú eres bueno soplando el caramillo ligero y yo recitando versos, ¿qué hacemos que no nos hemos sentado ya, aquí, entre los olmos y los avellanos?

MOPSO

Tú eres mayor; es justo que te obedezca, Menalcas, tanto si entramos en las sombras vacilantes que mueven los céfiros[22], como si lo hacemos mejor en la gruta. Mira cómo la parra silvestre ha adornado con racimos ralos la gruta.

MENALCAS

Sólo Amintas compite en nuestros montes contigo. 8

22. Viento del oeste.

MOPSO

¿Pues qué? Hasta a Febo pretendería ése vencerlo cantando.

MENALCAS

Empieza tú primero, Mopso, si tienes qué decir, bien del fuego de Fílide, o las loas de Alcón, o escarnios de Codro. Empieza. Títiro guardará a los cabritos mientras pacen.

MOPSO

No, voy a ensayar los versos que grabé hace poco en la corteza verde de un haya, y que marqué a trechos con música. Tú invita después a Amintas a que compita.

MENALCAS

19 Cuanto el sauce flexible le cede al pálido olivo, cuanto la valeriana humilde a los rosales purpúreos, tanto, a mi entender, le cede Amintas a tu persona. Pero ya no más, muchacho. Hemos entrado en la gruta.

MOPSO

20 Las ninfas lloraban a Dafnis, víctima de cruel muerte (vosotros, avellanos y ríos, sois testigos de las ninfas), cuando su madre, abrazada al cuerpo lastimoso de su hijo, llama crueles a los dioses y a los astros. Durante aquellos días, Dafnis, nadie llevó sus bueyes del pasto a los arroyos frescos; ninguna bestia cató el agua del

río ni tocó una brizna de hierba. Tu muerte, Dafnis, la lloraron también los leones púnicos: eso cuentan los montes salvajes y las selvas. Dafnis nos enseñó a uncir tigres armenios al carro, Dafnis trajo los tíasos de Baco[23] y nos hizo entretejer lanzas flexibles[24] con hojas blandas. Como la vid es la gala de los árboles; los racimos, de la vid; los toros, de la manada; las mieses, de los terrenos feraces, tú eres toda la gala de los tuyos. Desde que los hados se te han llevado, la misma Pales[25], el mismo Apolo, dejaron los campos. En los surcos en que echamos tantas veces los granos gruesos de cebada, nacen la cizaña estéril y las avenas locas. En vez de la violeta tierna, en vez del narciso purpúreo, surge el cardo y el espino de púas pinchosas. Cubrid de hojas la tierra, haced sombra a las fuentes, pastores (Dafnis nos encarga que le hagamos esto); levantad una tumba y escribid sobre la tumba estos versos:

Yo Dafnis, el de las selvas, de aquí a las estrellas conocido, guardián de hermoso ganado, pero yo más hermoso.

MENALCAS

Tu canción ha sido para nosotros, divino poeta, igual 45
que el sueño en la hierba para el cansado, igual que saciar la sed con el calor en el agua dulce que brinca en el arroyo. Y no sólo igualas al maestro con la flauta, sino también con la voz. Muchacho afortunado, tú serás

23. Las danzas y ritual báquico.
24. Se trata de los tirsos, envueltos en viña y hiedra.
25. Diosa de los ganados.

ahora el segundo después de él. Con todo, yo te diré a mi vez mis versos, comoquiera que sea, y levantaré hasta las estrellas a tu Dafnis. Alzaré a Dafnis a las estrellas: a mí también me quiso Dafnis.

MOPSO

53 ¿Acaso hay para nosotros algo más grande que un regalo como ése? Por sí mismo el muchacho era digno de ser cantado, y ya hace tiempo Estimicón nos encareció esos versos tuyos.

MENALCAS

56 Resplandeciente, mira arrobado Dafnis el umbral inusitado del Olimpo, y ve a sus pies las nubes y las estrellas. Así es como un goce alegre posee a las selvas y demás campos, a Pan, a los pastores y a las niñas Dríades[26]. Ni el lobo trama una emboscada al ganado, ni hay redes que maquinen engaño a los ciervos: al bueno de Dafnis gusta la paz. Los mismos montes con sus arboledas lanzan gritos de alegría a las estrellas; las mismas peñas, las mismas zarzas se hacen eco de sus canciones: «¡Un dios, él es un dios, Menalcas!». Así seas bueno y próspero para los tuyos. He aquí cuatro altares: estas dos aras son para ti, Dafnis; los otros dos altares, para Febo[27]. Cada año te pondré dos copas espumantes de leche fresca y dos crateras de aceite espeso; y, de manera principal, alegrando el banquete con mucho vino, ante el hogar, si hace frío, a la sombra, si son las

26. Ninfas de los bosques.
27. Como gran dios, Febo (Apolo) tiene altares grandes; Dafnis, como héroe campesino, dos aras pequeñas.

mieses, escanciaré en mis copas el licor de Ariusio[28], un néctar sorprendente. Cantarán para mí Dametas y Egón, de Licto[29]. Alfesibeo remedará a los sátiros danzando. Ésta será siempre tu fiesta, tanto al cumplir con nuestra promesa anual a las ninfas como al hacer la lustración de los campos. En tanto que gusten al jabalí las cimas del monte y a los peces los ríos; en tanto que las abejas pazcan el tomillo, las cigarras el rocío, siempre permanecerá tu honor, tu nombre y tus alabanzas. Igual que a Baco y a Ceres, cada año te harán promesas los agricultores: tú también los obligarás con esas promesas.

MOPSO

¿Qué regalos, qué regalos voy a hacerte por una can- 81
ción como ésa? Pues no me gusta a mí tanto el silbido del austro que llega ni las costas batidas por el oleaje ni los ríos que discurren por los valles pedregosos.

MENALCAS

Antes te voy a regalar esta caña quebradiza; ella me enseñó «Coridón se abrasaba de amor por el hermoso Alexis»; ella me enseñó también «¿De quién es el ganado? ¿De Melibeo, acaso?».

MOPSO

Ah, pues toma tú este cayado, que, aunque me lo pidió 88
muchas veces, no se llevó Antígenes (y entonces era digno de ser amado), tan bonito con sus nudos simétricos y su cobre, Menalcas.

28. En Quíos, isla famosa por sus vinos.
29. Ciudad cretense.

BUCÓLICA VI

Ella se dignó la primera jugar con el verso siracusano[30], nuestra Talía[31], y no se sonrojó de habitar los bosques. Cuando cantaba batallas y reyes, el Cintio[32] me pellizcó la oreja, y me avisó: «Al pastor, Títiro, le va bien apacentar ovejas gordas, pero hacer un poema menudo». Ahora yo (pues tendrás de sobra quienes deseen, Varo, cantar tus glorias y escribir guerras amargas) ensayaré un son de musas del campo en mi flauta ligera. No canto lo que se me ha prohibido. Pero si alguien leyere incluso esto, si alguien, cautivo de amor, lo leyere, te cantarán, Varo, nuestros tamarindos, te cantará todo el bosque. Y no hay página que más agrade a Febo que la que encabeza el nombre de Varo.

13 ¡Adelante, Piérides! Los jóvenes Cromis y Mnasilo vieron en una cueva a Sileno postrado en el sueño, con

30. Teócrito, a imitación del cual escribe las *Bucólicas* Virgilio, era de Siracusa.

31. Musa campesina originariamente. Más tarde lo fue de la comedia.

32. Apolo, nacido en el monte Cinto, en la isla de Delos.

las venas hinchadas, como siempre, por el vino de ayer. Lejos, solamente yacía la guirnalda que se le había escurrido de la cabeza, y el jarro pesado colgaba del asa gastada. Yéndose a él (pues muchas veces el viejo se había burlado de ambos con la esperanza de una canción) con la misma guirnalda le echan un lazo. Se une a su compañía y socorre a los timoratos Egle, Egle, la más bella de las náyades; y cuando abre los ojos, le pinta la frente y las sienes con moras sangrantes. Él, riéndose de la trampa, les dice: «¿Para qué me echáis un lazo? Soltadme, muchachos; bastante es que parezca que habéis podido. Oíd las canciones que queréis; canciones, a vosotros; para ésta, habrá otra recompensa». Y al punto comienza. Entonces es cuando podías ver danzar rítmicamente los faunos y las fieras, entonces, balancear sus copas las envaradas encinas. No halla tanto contento la roca del Parnaso con Febo, ni es tanta la admiración del Ródope y del Ísmaro[33] por Orfeo.

Pues cantaba sobre cómo se habían unido en el gran 31
vacío las semillas de las tierras, del aire y del mar, así como del fuego claro; cómo se han amalgamado de estos principios todos los elementos e incluso el tierno globo del mundo; cómo, luego, empezó el suelo a endurecerse, a encerrar a Nereo[34] en el mar y a tomar poco a poco forma de cosas; cómo se pasman las tierras de que el sol reciente luzca ya más alto y de que, remontándose las nubes, caigan las lluvias, mientras los bosques empiezan a ir levantándose, mientras unas que otras alimañas vagan por montes que no las conocen.

33. El Parnaso, monte de la Fócide, junto a Delfos, es la morada de Apolo y de las Musas. El Ródope y el Ísmaro son montañas de Tracia.
34. Uno de los más antiguos dioses del mar.

41 Luego canta las piedras que arrojó Pirra[35], el reinado de Saturno, los pájaros del Cáucaso y el robo de Prometeo. A esto añade en qué fuente se quedó Hilas[36] y los gritos de los marineros, con que toda la costa sonaba «Hilas, Hilas». Y a la que fuera feliz, si no hubiera habido jamás vacadas, Pasífae[37], la consuela del amor por el toro blanco como la nieve. ¡Ay, muchacha desgraciada, qué locura se apoderó de ti! Las hijas de Preto[38] atronaron los campos con falsos mugidos, pero sin embargo ninguna llegó a tener cópula torpe con bestias, por más que temiese el arado en su cuello y buscara a menudo cuernos en la frente lisa. ¡Ay, muchacha desgraciada! Ahora tú vagas por los montes. Él, con el flanco del color de la nieve recostado en blanco jacinto, rumia hierbas pálidas bajo la encina negra, o persigue alguna novilla de la gran vacada. «Cerrad, ninfas, ninfas del Dicte[39], cerrad ya el soto del bosque, por si acaso se ofrecen en alguna parte a mis ojos las huellas errabundas del toro; quizá, cautivado por la hierba verde o siguiendo al ganado, algunas vacas lo atraigan hasta el establo de Gortina»[40].

35. Acontecimientos del tiempo originario del mundo. Los hombres habrían nacido de las piedras que arrojaron la pareja Deucalión y Pirra. Luego, vino la edad de oro con el reinado de Saturno; más tarde, Prometeo robaría el fuego del cielo para descubrírselo a los hombres, por lo que fue encadenado en el Cáucaso, donde un buitre comía todos los días de su hígado. A pesar de ser uno solo, Virgilio habla de «pájaros».
36. Uno de los argonautas.
37. Hija de Minos, rey de Creta, tuvo relaciones con un toro, de las que nació el Minotauro.
38. Rey de Argos. Sus hijas creían haberse convertido en novillas.
39. Monte de Creta.
40. Ciudad de Creta.

Después, canta la muchacha que se maravilló de las 61
manzanas de las Hespérides[41]; luego reviste a las de Faetón[42] con el musgo de corteza amarga y las hace crecer del suelo como alisos esbeltos.

Después, canta a Galo, vagando cerca de las corrien- 64
tes del Permeso[43]; cómo una de las hermanas le condujo a los montes de Aonia[44], y cómo todo el coro de Febo se levantó ante él, un hombre; cómo Lino[45], pastor de canto divino, con el pelo adornado de flores y apio amargo, le dijo: «Este caramillo (venga, tómalo) te dan las musas, el que antes dieron al viejo de Ascra[46] y con el cual solía él cantando hacer bajar a los olmos del monte. Canta con él el origen del bosque grineo[47], para que no haya otro del que Apolo se gloríe más».

¿Qué he de deciros de Escila, la de Niso[48], a la que 74
se le achaca que, con sus ingles blancas ceñidas de monstruos ladradores, dejó malparadas las naves duliquias[49], y, en los profundos remolinos, destrozó, ay,

41. Atalanta. Veloz corredora, retaba a correr a sus pretendientes, a quienes mataba al vencerlos. En la carrera con Hipómanes, éste le arrojó manzanas del jardín de las Hespérides (ubicado en occidente), que retardaron a la novia.
42. Las hermanas de Faetón, muerto al conducir el carro del sol. Sus hermanas le lloraron hasta convertirse en alisos.
43. Río de Beocia.
44. Beocia.
45. Véase nota 20.
46. Hesíodo, que escribió *Los trabajos y los días,* obra que sirve de modelo a Virgilio para sus *Geórgicas.* Hesíodo nació en Ascra, Beocia.
47. Ciudad de Asia Menor; poseía un santuario de Apolo.
48. Rey de Mégara, a quien su hija Escila arrancó un pelo rojo, del que dependía la suerte de la ciudad. Convertido en águila perseguía sin tregua a su hija, transformada en abubilla.
49. Duliquio es una isla cercana a Itaca. «Naves duliquias» vale por «naves de Ulises».

con sus perros de mar a los asustados marineros? ¿Para qué decir cómo contó la metamorfosis de los miembros de Tereo[50], los manjares, los regalos que le preparó Filomela, cómo se dirigió corriendo a los yermos, y aquellas alas con las que antes voló sobre su tejado la desgraciada?

82 Todo lo que Apolo había ensayado antaño y oyó dichoso el Eurotas[51], y mandó aprender a sus laureles, lo canta él (el eco de los valles lo envía a las estrellas), hasta que Véspero obligó a encerrar las ovejas en los rediles y volverlas a contar, así que dejó el Olimpo contra el deseo de éste.

50. Tereo, de Tracia, casó con Progne, con la que tuvo un hijo, Itis. Enamorado de su cuñada Filomela, Progne sirvió a su marido a su propio hijo. Fueron transformados, Progne en ruiseñor; Filomela en golondrina; Tereo en abubilla.

51. Río de Esparta.

BUCÓLICA VII

Por casualidad, Dafnis se hallaba sentado bajo una encina susurrante, y Coridón y Tirsis habían juntado sus rebaños en uno, Tirsis sus ovejas, Coridón sus cabrillas hinchadas de leche, los dos en la flor de la edad, los dos arcadios y dispuestos a cantar a la par así como por turno.

Hacia aquí se me había ido, mientras cubro los tiernos mirtos del frío, el mismísimo señor del ganado, el macho cabrío; entonces veo a Dafnis. Cuando me ve a su vez, dice: «Ven aprisa aquí, Melibeo; tu macho cabrío y tus chivos están a salvo, y si puedes pararte un rato, descansa a la sombra. Tus novillos vendrán solos por el prado a beber aquí. Aquí reteje el Mincio[52] las riberas verdes con tierna caña y zumban los enjambres de la encina sagrada». 6

¿Qué iba a hacer? No tenía a Alcipe ni a Fílide para encerrar en casa los corderos destetados, y había una porfía importante entre Coridón y Tirsis. En fin, pospuse mis ocupaciones serias al juego de ellos. Así que 14

52. Río de la Galia traspadana.

ambos empezaron a competir por turno de versos. Las musas querían recordarlos por turno. Éstos profería Coridón, los otros Tirsis, por orden.

CORIDÓN

Ninfas del Libetro[53], mis amores, o bien regaladme una canción igual a la de mi Codro (éste hace en verso cosas muy cercanas a Febo), o bien, si no podemos todos, aquí, del pino sagrado colgará mi flauta sonora.

TIRSIS

Pastores de Arcadia, adornad con hiedra al poeta que nace, para que le reviente de envidia el bazo a Codro. O si le alaba más de lo debido, ceñid su frente de salvia, no sea que su mala lengua dañe al poeta en ciernes.

CORIDÓN

Esta cabeza de jabalí hirsuto te ofrenda, Delia[54], el pequeño Micón, y los cuernos arbóreos de un ciervo de larga vida. Si este deporte se me asegura, te alzarás de pie en estatua de mármol liso, con tus pantorrillas enfundadas en un coturno de púrpura.

TIRSIS

Una jarra de leche y estas hogazas es lo que puedes esperar cada año, Priapo[55]: eres guarda de un jardín de pobre. De momento, de acuerdo con mi situación, te he

53. Fuente del Helicón (Beocia), montaña de las Musas.
54. Diana, nacida como su hermano Apolo en la isla de Delos.
55. Hijo de Venus y Baco, dios de los jardines y de la fuerza engendradora.

figurado en mármol; ahora que, si una camada acrecienta el rebaño, has de ser de oro.

CORIDÓN

Galatea, la de Nereo, más dulce para mí que el tomillo del Hibla, más blanca que los cisnes, más hermosa que la hiedra blanca, así que los toros regresen de pastar a los pesebres, si sientes algún cuidado de tu Coridón, vente. 37

TIRSIS

Ah, pues yo, así te parezca más amargo que las plantas sardas, más áspero que el acebo, más vil que el alga echada fuera, si este día no es ya para mí más largo que un año entero. Id a casa, que habéis pastado, si tenéis alguna vergüenza, iros, novillos. 41

CORIDÓN

Fuentes musgosas, hierba más blanda que el sueño y madroño verde que os cubre con rala sombra, guardad al ganado del calor: ya llega el verano tórrido, ya se hinchan las yemas en el sarmiento correoso. 45

TIRSIS

Aquí hay un hogar y teas resinosas, aquí, fuego abundante siempre, y pilares ennegrecidos por el continuo hollín. Aquí nos preocupamos tanto del frío como el lobo del número de ovejas o los ríos crecidos de su ribera. 49

CORIDÓN

Enebros y castaños erizados se alzan; tiradas están por todas partes las frutas, cada una bajo su árbol. Ahora todo sonríe; mas si el bello Alexis se va de estos montes, hasta los ríos verías secos.

TIRSIS

El campo está seco; la hierba muere de sed por el aire viciado. Líbero[56] ha negado la sombra de los pámpanos a los collados: con la llegada de mi Fílide todo el bosque reverdecerá y Júpiter[57] descenderá con lluvia abundante y alegre.

CORIDÓN

El álamo es gratísimo al Alcida[58], la vid a Iaco[59]; el mirto a la hermosa Venus, y el laurel que es lo suyo, a Febo. Fílide quiere avellanos: mientras Fílide los quiera, ni el mirto ni el laurel de Febo vencerán a los avellanos.

TIRSIS

El fresno es el más hermoso de las selvas, el pino de los jardines, el álamo de los arroyos, el abeto de las montañas altas. Pero si vinieras a verme más a menudo, Líci-

56. Dios itálico de la vid, correspondiente al griego Baco.
57. En cuanto dios de las tempestades; es una metonimia.
58. Hércules, hijo de Alceo.
59. Otro nombre de Baco, dios del vino.

des bello, cedería ante ti el fresno en las selvas, el pino en los jardines.

MELIBEO

De esto me acuerdo, y que Tirsis vencido porfiaba en vano. Desde entonces Coridón es Coridón para nosotros. 69

BUCÓLICA VIII

El canto de los pastores Damón y Alfesibeo, ante cuya porfía la novilla quedó admirada, olvidándose de la hierba; por cuya canción los linces quedaron pasmados y los ríos cambiaron sus cursos y se detuvieron; el canto de Damón y Alfesibeo voy a narrar.

6 Tú, sea que remontes ya los roquedales del gran Timavo[60], sea que costees la orilla del mar ilírico (¿llegará alguna vez el día ese en que me sea dado cantar tus hazañas? Sí, ¿me será dado llevar por toda la redondez de la tierra tus versos dignos ellos solos del coturno de Sófocles? Tú eres su principio; contigo terminarán), recibe el poema comenzado a instigación tuya, y deja que esta hiedra se te enrede en torno a las sienes entre los laureles del vencedor.

14 Apenas la sombra fría de la noche había dejado el cielo, cuando el rocío en la hierba tierna es más grato al ganado; apoyado en un bastón de olivo alisado, Damón empezó así:

60. Río que separa Istria y Dalmacia.

«Nace, y tráete delante, Estrella de la mañana, el día 17
nutricio, mientras me quejo frustrado por el amor no correspondido de mi amada Nisa, y al morir hablo a los dioses (aunque el tenerlos por testigos nada me aprovechó) en mi última hora.

»Comienza conmigo, flauta mía, los versos menalios[61].

»El Ménalo tiene siempre su bosque melodioso y sus 22
pinos parlantes; él siempre escucha los amores de los pastores, y a Pan, el primero que posibilitó el arte de las cañas.

»Comienza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

»Nisa la dan a Mopso: ¿qué no tendremos que espe- 26
rar los enamorados? Ya los grifos se unirán a las yeguas, y en la próxima generación los gamos asustadizos vendrán a beber junto con los perros.

»Comienza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

»Mopso, talla antorchas nuevas: se te llevan la esposa. Reparte nueces, marido: por ti deja Véspero el Eta[62].

»Comienza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

»Oh tú, unida a un hombre digno, que desdeñas a 32
todos, que detestas mi flauta, que detestas mis cabrillas, mi ceño encrespado, mi barba crecida, que crees que ningún dios se cuida de las cosas humanas.

»Comienza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

»En mi jardín te vi de pequeña (yo era vuestro guía) 37
cogiendo con tu madre manzanas llenas de rocío; por entonces, ya había entrado yo en el año que sigue al onceno; ya podía tocar desde el suelo las frágiles ramas: te vi y me perdí, y un mal extravío me arruinó.

61. El Ménalo es una montaña de Arcadia, cuna de la canción pastoril.
62. Es decir, es la tarde. Véspero, el lucero de la tarde, sube del monte Eta al cielo.

»Comienza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

43 »Ahora sé lo que es el amor; en duras breñas, el Tmaro o el Ródope o los remotos garamantes[63] lo crían, un niño que no es de nuestra raza ni de nuestra sangre.

»Comienza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

47 »El cruel amor enseñó a la madre a manchar sus manos con la sangre de los hijos. Tú también fuiste cruel, madre. ¿Fue la madre más cruel o más malvado aquel niño? Malvado fue el niño, tú también fuiste cruel, madre.

»Comienza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

52 »Ahora que incluso el lobo huya de las ovejas; que las duras encinas echen manzanas doradas, que el aliso florezca con el narciso, que los tamarindos suden por la corteza ámbares pegajosos, que los búhos compitan con los cisnes; que Títiro sea Orfeo, Orfeo en las selvas, Arión[64] entre los delfines.

»Comienza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

58 »Hágase todo aunque sea alta mar. Vivid, selvas: yo me voy a tirar de cabeza al agua desde la atalaya de un monte elevado. Ten este regalo, el último, de un moribundo.

»Deja mi flauta, deja ya los versos menalios».

62 Esto Damón. Decid vosotras, Piérides, lo que repuso Alfesibeo: todos no podemos todo.

ALFESIBEO

64 «Saca el agua y ciñe este altar con una cinta blanda; quema verbenas grasientas e incienso macho, que voy a probar con ritos mágicos a desviarle el sano jui-

63. El Tmaro es una montaña del Epiro; sobre el Ródope, véase nota 23. Los garamantes son africanos de la región de Fez.

64. Cantor mítico al que la tripulación del barco en que navegaba arrojó al mar, donde le recogió un delfín que él encantó con sus canciones.

cio a mi amante. Aquí no falta nada a no ser los ensalmos.

»Traedme de la ciudad a casa, traedme a Dafnis, ensalmos míos.

»Los ensalmos pueden incluso hacer bajar la luna del 69
cielo. Con ensalmos Circe transformó los compañeros de Ulises[65]. Por encantamiento revienta en los prados la culebra fría.

»Traedme de la ciudad a casa, traedme a Dafnis, ensalmos míos.

»Primero ciño tres veces en torno a ti estos hilos de 73
tres colores diferentes, y llevo tres veces tu imagen alrededor de este altar: el dios[66] se complace del número impar.

»Traedme de la ciudad a casa, traedme a Dafnis, ensalmos míos.

»Ata tres veces cada uno de los tres colores, Amarílide. 77
Solamente átalos, Amarílide, y di: "Ato los lazos de Venus".

»Traedme de la ciudad a casa, traedme a Dafnis, ensalmos míos.

»Como este barro se endurece y esta cara se derrite 80
con uno y el mismo fuego, así Dafnis con mi amor. Derrama el afrecho y quema en la brea laureles frágiles. El malvado de Dafnis me abrasa; yo, este laurel en Dafnis.

»Traedme de la ciudad a casa, traedme a Dafnis, ensalmos míos.

»Que posea a Dafnis el amor, como a la vaquilla can- 85
sada de buscar el becerro por bosques y florestas profundas que se echa perdida a la vera de la corriente de

65. Convirtiéndolos en cerdos.
66. Hécate, diosa infernal.

un arroyo entre ovas verdes, y no se acuerda de recogerse en la noche avanzada; que un amor así lo posea, y no me cuide yo de curarle.

»Traedme de la ciudad a casa, traedme a Dafnis, ensalmos míos.

»Estos despojos me dejó una vez aquel pérfido, sus prendas queridas; ahora, bajo el mismo umbral, te los confío a ti, tierra: estas prendas me deben a Dafnis.

»Traedme de la ciudad a casa, traedme a Dafnis, ensalmos míos.

95 »Estas hierbas y estos venenos cogidos en el Ponto, me los dio Meris mismo (nacen muy abundantes en el Ponto). Con éstas he visto muchas veces a Meris convertirse en lobo y esconderse en los bosques, sacar muchas veces las almas de los sepulcros profundos y cambiar a otro sitio las mieses sembradas.

»Traedme de la ciudad a casa, traedme a Dafnis, ensalmos míos.

101 »Saca fuera las cenizas, Amarílide; tíralas a la corriente del arroyo, tras tu cabeza, y no mires atrás. Con éstas voy a atacar a Dafnis. A él no le importan los dioses, no le importan los ensalmos.

»Traedme de la ciudad a casa, traedme a Dafnis, ensalmos míos.

105 »Mira: la ceniza, al tardar en sacarla, espontáneamente y por sí sola ha prendido con llama trémula en el altar. Sea para bien. No sé qué pasa exactamente; Hílax está ladrando en el umbral. ¿Me lo creo? ¿O es que los que aman se inventan ellos solos sus sueños?

»Basta: Dafnis viene de la ciudad; ya basta, ensalmos.»

BUCÓLICA IX

LÍCIDAS

¿A dónde diriges tus pasos, Meris? ¿A la ciudad, adonde lleva el camino?

MERIS

Ah, Lícidas, haber vivido para que un extranjero (cosa que nunca había temido) adueñado de mi campillo, diga: «Esto es mío; emigrad los viejos colonos.» Ahora, vencidos, amargados, pues la fortuna lo cambia todo, le enviamos estos cabritos (¡que mal le aproveche!).

LÍCIDAS

En verdad yo había oído, por el contrario, que desde donde se levantan los cerros para ir rebajando su altura en suave pendiente hasta el agua y las viejas hayas, con las copas ahora destrozadas, todo lo había salvado con sus versos vuestro Menalcas.

MERIS

11 Oíste bien, y hubo ese rumor; pero mis versos, Lícidas, valen tanto entre las armas de Marte como las palomas caonias[67], según dicen, al llegar el águila. Porque si la corneja, desde el hueco de una encina, a mi izquierda, no me hubiese avisado que atajara como fuese el nuevo pleito, no estaría vivo ni éste, tu Meris, ni el propio Menalcas.

LÍCIDAS

17 Ay, ¿puede caber en alguien tan gran delito? Ay, ¿arrebatarnos por poco tus consuelos junto contigo, Menalcas? ¿Quién cantaría a las ninfas? ¿Quién cubriría el suelo de hierbas floridas o revestiría las fuentes de sombra verde? O la canción que ha poco te cogí sin que me vieras, cuando te ibas en pos de Amarílide, delicia nuestra: «Títiro, mientras vuelvo (el camino es corto) apacienta las cabras, y así que pasten llévalas a beber, Títiro, y mientras las llevas, procura no cruzarte con el macho cabrío, que embiste con los cuernos».

MERIS

26 O mejor, esta que cantaba a Varo, y que todavía no había terminado: «Varo, tu nombre, sólo con que Mantua me sobreviva, Mantua, ay, demasiado vecina de la desgraciada Cremona, los cisnes lo exaltarán cantando a las estrellas».

67. Caonia, región del Epiro, famosa por sus encinas.

LÍCIDAS

Ojalá rehúyan tus enjambres los tejos de Cirno[68]; ojalá, hartas de codeso, hinchen tus vacas las ubres. Comienza, si sabes algo. También a mí me hicieron poeta las Piérides; yo también tengo canciones. A mí también los pastores me dicen inspirado; pero yo no les creo. Pues todavía me parece que no digo nada digno de Vario[69] ni de Cinna, sino que grazno como un ganso entre los cisnes melodiosos. 30

MERIS

En eso estoy precisamente, y en silencio conmigo mismo le doy vueltas, a ver si soy capaz de acordarme; y no es un poema desconocido: «Ven aquí, Galatea: ¿qué juego es ese en las olas? Aquí hay una primavera purpúrea; aquí derrama la tierra sus flores variopintas al borde de los ríos; aquí, el álamo blanco se levanta ante la gruta y las vides flexibles tejen sombrajos. Ven aquí; deja que las olas furiosas batan la costa». 37

LÍCIDAS

¿Y eso que te había oído cantar solo en la noche serena? Recuerdo la música; si tuviese la letra... «Dafnis, ¿por qué miras nacer las viejas estrellas? He aquí que ha salido la estrella de César, el de Dione[70], estrella con la que 44

68. Nombre griego de la isla de Córcega.
69. Lucio Vario Rufo pasaba por maestro del género épico en Roma, y compuso además tragedias. Gayo Helvio Cinna, amigo de Catulo, escribió la epopeya alejandrina *Zmyrna*.
70. Madre de Venus, de quien la familia Julia se jactaba de venir.

gozan las mieses de sus granos y las uvas toman color en los collados soleados. Dafnis, injerta tus perales: tus nietos recogerán los frutos.»

MERIS

Todo se lleva la edad, incluso la memoria. Recuerdo que muchas veces de niño cantaba a lo largo del día hasta la puesta del sol. ¡Tantos poemas que he olvidado ahora! Y hasta la voz abandona a Meris al presente: los lobos vieron a Meris primero[71]. Mas con todo, Menalcas te cantará más de una vez esos versos.

LÍCIDAS

Con tus excusas das largas a mis amores. Ahora se calla toda la llanura tendida ante ti, y todas las brisas, mira, con su murmullo de viento se han echado. Desde aquí nos queda todavía medio camino; pues empieza a ir viéndose la tumba de Biánor. Aquí, donde los agricultores arrancan el follaje tupido, aquí, Meris, cantemos. Deja aquí los cabritos, ya llegaremos a la ciudad. O si tememos que antes traiga lluvia la noche, vale, sigamos adelante cantando (el camino fastidia menos). Para que vayamos cantando yo te aliviaré de este haz.

MERIS

Ya no más, muchacho; hagamos lo que urge ahora. Mejor cantaremos las canciones cuando venga él mismo.

71. Según Plinio el Viejo se creía que si un lobo ve primero a la persona, ésta pierde la voz.

BUCÓLICA X

Concédeme este esfuerzo final, Aretusa[72]: tengo que decir unos pocos versos a mi Galo, pero tales que los lea la propia Licóride: ¿quién niega versos a Galo? Así, cuando te deslices bajo las olas sicilianas[73], ojalá que la amarga Dióride no mezcle su agua contigo. Empieza: digamos los amores cuitados de Galo, mientras las cabras chatas repelan las ramas tiernas. No cantamos a sordos: los bosques responden a todo.

¿Qué bosques, qué sotos os retuvieron, Náyades ni- 9
ñas, cuando Galo se moría de un amor no correspondido? Pues ni las cimas del Parnaso[74] ni tampoco las del Pindo[75] os demoraron, ni Aganipe de Aonia[76]. Incluso

72. Ninfa, hija de Nereo y Dóride, y nombre de una fuente en Siracusa.
73. El poeta sigue invocando a Aretusa. Los antiguos creían que el agua de esta fuente corría bajo el mar desde el río Alfeo en Pisa (Grecia). Dóride representa el mar.
74. Véase nota 33.
75. Montaña situada entre Tesalia y el Epiro.
76. Fuente de Beocia (antigua Aonia) consagrada a las musas.

los laureles, incluso los tamarindos lloraron por él. Por él, acostado bajo una roca solitaria, lloró también el Ménalo[77] con su pinar, y las peñas del fresco Liceo[78]. A su alrededor andan las ovejas (ellas no nos desdeñan; no las desdeñes tú tampoco, divino poeta. También el bello Adonis apacentó ovejas en la orilla de los ríos); también llegó el mayoral; llegaron los tardos porqueros; llegó Menalcas, empapado por la bellota de invierno[79]. Todos preguntan: «¿De dónde ese amor?». Vino Apolo: «Galo», le dice, «¿por qué estás tan loco? Licóride, tu cuita, se ha ido con otro a través de las nieves y los campamentos huraños». Vino también Silvano con su agreste adorno en la cabeza, agitando férulas floridas y altos lirios. Vino Pan, el dios de la Arcadia, a quien vimos con nuestros propios ojos, rojo de minio y sangrientas bayas de yeblo. «Tiene que haber un límite», dice, «el amor no se cuida de eso; el cruel Amor no se harta de lágrimas ni la hierba de riego, ni las abejas de codeso ni las cabras de follaje».

31 Mas él, triste, dijo: «Con todo, arcadios, cantaréis esto a vuestros montes; arcadios, sabios únicos en cantar. ¡Oh cuán muellemente descansarían entonces mis huesos, si vuestra flauta cantara alguna vez mis amores! Ojalá hubiera sido yo uno de vosotros, o guarda de vuestro rebaño o vendimiador de la uva madura. De seguro que si tuviese a Fílide o a Amintas, o cualquier amor que fuese (pues ¿qué si al moreno Amintas? Negras son las violetas y los jacintos también son negros), se echaría conmigo entre los sauces debajo de la vid correosa. Fílide me cogería guirnaldas, Amintas cantaría.

77. Véase nota 61.
78. Montaña de Arcadia.
79. En invierno, las bellotas se conservaban en el agua.

»Aquí hay fuentes frescas, aquí, Licóride, prados blandos; aquí está el bosque; aquí moriría contigo de pura vejez. Ahora un amor insensato me tiene a las armas del duro Marte, en medio de los tiros y la hueste enemiga. Tú, lejos de la patria (ojalá no pudiese creérmelo) ves, ay, dura, las nieves de los Alpes y las heladas del Rin, sola sin mí. ¡Que los fríos, ay, no te dañen! ¡Ay, que el áspero hielo no corte tus tiernas plantas!

»Ea, voy a cantar los poemas en verso calcídico[80] que tengo guardados, al son de la flauta del pastor siciliano. Tengo resuelto pasar mejor sufrimientos en los bosques, entre las yacijas de las fieras, y grabar mis amores en los árboles tiernos; éstos crecerán; vosotros creceréis, mis amores.

»En tanto, recorreré el Ménalo[81], mezclado con las ninfas, o bien cazaré jabalíes violentos; no han de impedirme fríos ningunos rodear con los perros los sotos partenios[82]. Ya me estoy viendo ir por rocas y bosques zumbantes; me agrada tirar con el cuerno parto las flechas cidonias[83]. ¡Como si esto fuera remedio de mi locura, o si supiera ese dios[84] ablandarse con las desgracias de los hombres! Ya no me gustan tampoco las Hamadríades[85], ni los cantos mismos; desapareced vosotros también, bosques. Al dios no pueden hacerle cambiar mis esfuerzos, ni aunque bebamos del Hebro

80. A la manera del poeta Euforión, natural de la Cálcide o Calcídica.
81. Véase nota 61.
82. El Partenio es un monte de la Arcadia.
83. Cidón es una ciudad de Creta, cuyos cañaverales servían para fabricar flechas. Los partos eran arqueros famosos; «el cuerno» vale por «arco de cuerno».
84. El amor.
85. Véase nota 26.

en mitad del frío, ni aunque afrontemos las nieves sitonias[86] en un invierno lluvioso, ni aunque, cuando el olmo se muere de sed en lo profundo del tronco, careemos las ovejas de los etíopes bajo la constelación del Cangrejo. Todo vence el amor: cedamos nosotros también al amor».

Baste con esto lo que ha cantado vuestro poeta, divinas Piérides, mientras tejía sentado un cestillo de malvavisco fino. Vosotras haréis más grandes estos versos para Galo; Galo, por quien el amor crece tanto en mí hora por hora, cuanto se estira el aliso verde en primavera.

En pie: la sombra suele ser mala para los que cantan; la sombra del enebro es mala; las sombras dañan también a las mieses. Tirad para casa, que llega el Lucero, tirad, ya hartas, cabrillas.

86. Referencia a Tracia, donde fluye este río Hebro (hoy, Maritza).

GEÓRGICAS

LIBRO PRIMERO

Qué hace a las mieses lozanas, bajo qué astro conviene,
Mecenas, revolver las tierras y unir las vides a los olmos[1], qué cuidados requieren los bueyes, qué atenciones la cría del ganado, cuánta pericia las abejas ahorrativas, desde aquí voy a ponerme a cantar.

Vosotros, oh clarísimas luces del mundo, que guiáis por el cielo el curso del año, Líbero[2] y Ceres[3] nutricia, si por vuestro don la tierra trocó la bellota caonia[4] por la espiga granada y mezcló los sorbos del Aqueloo[5] con las uvas que descubristeis; y vosotros, Faunos[6] deidades protectoras de los campesinos, Faunos y jóvenes Dríades[7], echad a caminar al unísono: vuestros dones

1. Véase *Bucólicas*, nota 7.
2. Véase *Bucólicas*, nota 56.
3. Diosa de los cereales.
4. Véase *Bucólicas*, nota 67.
5. Viejo río de Etolia. Parece que en su vecindad se plantaron las primeras vides.
6. Viejas divinidades itálicas semianimalescas.
7. Véase *Bucólicas*, nota 26.

canto. Y tú, oh Neptuno[8], por quien la tierra, golpeada por tu gran tridente, echó el primer caballo relinchando; y tú, habitante de los bosques[9], para quien trescientos novillos blancos como la nieve repelan los sabrosos zarzales de Cea. Tú mismo, Pan, guardián de las ovejas, dejando el bosque paterno y los serrijones del Liceo, si tu Ménalo te preocupa, asísteme con tu favor, oh dios del Tegeo[10]; y tú, Minerva, descubridora del olivo, y tú, muchacho[11] inventor del corvo arado; y tú, Silvano, que llevas un tierno ciprés con su raíz; y vosotros, dioses y diosas todos, cuyo afán es velar por las labranzas, que nutrís las plantas que germinan sin ninguna semilla, y que del cielo enviáis a los sembrados generosa lluvia.

24 Y tú sobre todo, del que no se sabe en qué círculos de los dioses vas a habitar en su día. ¿Querrás, César, visitar las ciudades y cuidar de las tierras, y te recibirá el grandioso universo como dador de las mieses y señor de las estaciones, ciñendo las sienes con el mirto de tu madre?[12]. ¿O vas a venir como el dios del inmenso mar, y los marineros adorarán sólo tu deidad, será esclava tuya la remota Tule[13] y Tetis[14] te comprará por yerno a cambio de todas sus olas? ¿O vas a añadirte cual nueva estrella a los meses lentos, por donde se abre un lugar

8. Dios del mar. Hizo brotar en Tesalia el primer caballo de la tierra.
9. Aristeo, el boyero, del que se hablará en el libro IV. Cea es una isla de las Cícladas en el mar Egeo.
10. Véase *Bucólicas*, nota 78.
11. Se llamaba Triptólemo.
12. Venus, que como madre de Eneas, se halla en el origen de la familia de César Augusto. El mirto o arrayán está dedicado a ella.
13. La Gran Bretaña, o, en particular, alguna de las islas Shetland.
14. Véase *Bucólicas*, nota 16.

entre Erígone y las Pinzas[15] que la siguen (el propio Escorpión ardoroso contrae ya los brazos por ti, y ha dejado más parte del cielo que la correspondiente)? Sea lo que hayas de ser (pues ni por rey te espera el Tártaro, ni de ser su rey te entre tan mal deseo, aunque Grecia admire los campos Elíseos y Prosérpina[16] no se cuide de seguir a su madre cuando ésta la buscó) dame un rumbo fácil y favorece mi audaz empresa; ven aquí a apiadarte conmigo de los campesinos ignorantes del camino, y acostúmbrate desde ahora a ser invocado en las plegarias.

Con la nueva primavera, cuando el agua helada se 43
funde en los montes nevados y el terrón cascado se desmenuza con el céfiro[17], ya entonces, a mi juicio, empiece a gemir el toro con el arado hundido y a relumbrar la reja gastada en el surco. La tierra que responde, en fin, a los deseos del agricultor avaro es la que ha sentido dos veces el sol, dos veces los fríos; su inmensa cosecha revienta los graneros.

Y antes de hender con el hierro el llano desconocido, 50
téngase cuidado de conocer con antelación los vientos, el comportamiento diverso del cielo, los métodos patrios y las características de las comarcas, lo que cada región produce y lo que cada una rechaza. Aquí se dan mejor los cereales, allí las uvas; en otra parte verdean los árboles frutales y los pastos naturales. ¿No ves cómo el Tmolo[18] envía sus perfumes de azafrán, la India el

15. Corresponden a los signos del Zodiaco Virgo y Libra, respectivamente.
16. Hija de Ceres, fue raptada por Plutón, rey de los Infiernos. Cuando su madre fue a buscarla, prefirió permanecer con su raptador y esposo.
17. Véase *Bucólicas*, nota 22.
18. Montaña de Lidia, en Asia Menor.

marfil, los blandos sabeos[19] sus inciensos, los desnudos cálibes, en cambio, el hierro, y el Ponto el fétido ungüento del castor, el Epiro las palmas de las yeguas de la Élide?[20]. Estas leyes y convenios eternos impuso la naturaleza en lugares definidos, desde el momento que Deucalión[21] arrojó piedras al orbe vacío, de donde nacieron los hombres, duro linaje. Así que, ¡venga!, que los fuertes toros remuevan el suelo grueso de la tierra ya desde los primeros meses del año, y que el verano polvoriento cueza con sus soles arrebatados los terrones inertes. Pero si la tierra no fuere fecunda, bastará arañarla con un surco liviano hacia la salida de Arturo[22]; en aquel caso, para que las hierbas no perjudiquen a los cereales lozanos; en éste, para que la escasa humedad no abandone a la arena estéril.

71 Asimismo, dejarás que descansen los barbechos un año sí y otro no, y que el campo se endurezca sin producir, en abandono. O bien, con el cambio de estación, sembrarás rubio candeal allí de donde antes cogiste abundantes legumbres de vaina temblorosa[23] o los frutos de la arveja diminuta, y los frágiles tallos, selva resonante, del altramuz amargo. Pues quema al campo la cosecha de lino, lo quema la de avena, lo queman las adormideras empapadas en el sueño de Lete[24]. Pero, sin embargo, con el cambio de cosecha, la labor es fácil; basta con no sentir melindres de atiborrar los suelos se-

19. Pueblo de la Arabia Feliz.
20. Entiéndase: «las yeguas (famosas) que ganan en las carreras de la Élide (Grecia)».
21. Véase *Bucólicas*, nota 35.
22. Esta constelación sale hacia el 5 de septiembre.
23. El haba.
24. Río infernal del olvido.

quizos con estiércol grueso, ni de echar la sucia ceniza por los campos exhaustos. También de este modo, cambiando las cosechas, descansan los labrantíos, y entretanto algún beneficio da la tierra sin arar.

Muchas veces ha dado resultado también prender 84
fuego a los campos estériles y quemar el rastrojo ligero con llamas crepitantes, ya porque con ello las tierras conciben fuerzas ocultas y alimentos sustanciosos, ya porque por medio del fuego se les quema todo vicio y expulsan la humedad inútil, ya porque ese calor entreabre más vías y respiraderos cegados, por donde llega la savia a las nuevas plantas, ya porque endurece más el suelo y contrae los veneros abiertos para que no la perjudique la lluvia fina ni la queme la potencia excesivamente intensa del sol rabioso.

Mucho favorece los campos también el que desme- 94
nuza los terrenos improductivos con rastrillos y los repasa con zarzos de mimbre: la rubia Ceres no le contempla en vano desde el Alto Olimpo. Y el que rompe de nuevo las crestas que forma al surcar, llevando el arado transversalmente[25], y trabaja ininterrumpidamente la tierra y manda sobre el campo.

Pedid solsticios húmedos e inviernos serenos, agri- 100
cultores: con el polvo invernal los trigos son lozanísimos, lozano el campo; por él, sin ninguna clase de cultivo, se vanagloria tanto Misia[26] y el propio Gángaro admira sus cosechas.

¿Qué voy a decir de aquel que cuando ha echado la 104
semilla sigue pegado a la tierra y allana los montones

25. Aunque puede entenderse también «que vuelve sobre el mismo surco», he traducido teniendo en cuenta lo que he visto hacer en los campos andaluces.
26. País del NO de Asia Menor. El Gárgaro es un monte del mismo.

de arena demasiado gruesa, y luego mete el agua por las acequias que la llevan a los sembrados, y cuando el campo abrasado se retuerce con el trigo moribundo, he ahí que desvía desde la altura el agua de un canal en pendiente? Ésta al caer forma un murmullo ronco entre las piedras lisas y alivia con sus cascadas los campos resecos. ¿Qué decir del que, para que la caña no se doble con el peso de las espigas, despunta el trigal lozano con la planta tierna, tan pronto como el sembrado iguala los surcos? ¿Y del que deseca con arena esponjosa el agua recogida en una charca? En especial si se desborda un río crecido durante los meses inseguros y cubre todo extensamente con un sedimento de barro, por lo que se desprende un vapor cálido de las profundas lagunas.

118 Y con todo, cuando los hombres y los bueyes han sufrido removiendo la tierra, todavía dañan lo suyo el ganso malicioso, las grullas estrimonias[27] y la chicoria de hebras amargas; y la sombra es nociva. El propio padre[28] quiso que la vía de la agricultura no fuese fácil; fue el primero en remover los campos con técnica, aguzando el corazón de los hombres con sobresaltos, y no consintió que su reino languideciera en un letargo pesado.

125 Antes de Júpiter ni un colono roturaba los campos. Ni siquiera era lícito marcar el campo o dividirlo con mojones. Ponían sus ganancias en común, y la tierra misma, sin pedírselo nadie, les ofrecía todo con entera libertad. Júpiter dotó de perverso veneno a las serpientes negras, dispuso que los lobos fueran depredadores, y

27. Del río Estrimón en Tracia.
28. Júpiter.

que el mar se agitase; desprendió la miel de las hojas, ocultó el fuego y eliminó el vino que corría a raudales por doquier, para que la experiencia con la reflexión desentrañase progresivamente las diferentes técnicas, buscase la planta cereal en los surcos y extrajese el fuego escondido en las venas del pedernal. Los ríos sintieron entonces por primera vez los álamos ahuecados[29]; entonces contó el marinero y puso nombre a las estrellas: Pléyades, Híades, Osa brillante de Licaón[30]. Entonces se inventó cazar alimañas a lazo, sorprenderlas con la liga y batir grandes sotos con perros. Y el uno ya azota el ancho río con la red, buscando el fondo; el otro saca del mar el hilo mojado. Entonces se descubrieron la dureza del hierro y la hoja de la sierra afilada (pues los primitivos hendían la leña deleznable con cuñas); entonces llegaron las diferentes técnicas. El trabajo infatigable lo venció todo, y la penuria que urgía en las circunstancias difíciles.

Ceres fue la primera en enseñar a los hombres a re- 147
mover la tierra con el hierro, cuando ya escaseaban las bellotas y los madroños de la sagrada selva, y Dodona[31] negaba el alimento. Pronto el mal se sumó a los cereales, de forma que el nefasto tizón se comía los tallos y el cardo estéril se erizaba en los campos. Se pierden las cosechas; las invade una selva áspera, lampazos y abrojos, y en medio de los cultivos relucientes campean la desgraciada cizaña y las avenas locas. Conque si no combates continuamente la hierba con los rastrillos y

29. Embarcaciones hechas con la madera de este árbol.
30. Las Pléyades marcaban el inicio de la época para navegar; las Híades, su final. La Osa es la Osa Mayor, en que quedó convertida por Júpiter Calisto, la hija de Licaón, rey de Arcadia.
31. Diosa de los encinares.

espantas los pájaros con ruidos, ni rebajas con la hoz la sombra que oscurece el campo, y si no atraes la lluvia con tus rezos, ay, decepcionado contemplarás el gran montón de otro, y aliviarás tu hambre sacudiendo la encina en los bosques.

160 Hay que hablar también de las armas de que disponen los duros campesinos, sin las cuales no puede sembrarse ni alzarse las cosechas. En primer lugar, la reja y la pesada robustez del arado corvo; las carretas de lento rodar de la madre eleusina[32], los trillos, traíllas y rastrillos de peso descompasado. Además, el instrumento barato de Céleo[33], hecho con varetas: los cañizos de madera de madroño y la criba mística de Iaco[34]. Todo esto te acordarás de tenerlo previsto y dispuesto mucho antes, si te aguarda la gloria merecida del divino campo.

169 Como primera providencia se curva en los bosques y doma con mucha energía en arco un olmo que adopta la forma del corvo arado. A su base se fija el timón de ocho pies, las dos orejas y el dental con el doble espaldar. Antes se corta también un tilo para el yugo y un haya alta, la mancera, que vuelve por abajo la máquina desde atrás. El humo pone a prueba la solidez de la madera, colgándola sobre el fuego.

176 Puedo contarte muchos consejos de los antiguos, si no rehúyes ni te cansa conocer cuidados triviales.

La era, en especial, hay que igualarla con un gran rodillo, revolverla con la mano y darle solidez con la arci-

32. Ceres, por su santuario en Eleusis (Grecia).

33. Hermano de Triptólemo (véase nota 11), primer sacerdote de Ceres en Eleusis.

34. Representó un papel en las procesiones de Eleusis, en las que la criba tenía función sagrada.

lla pegajosa, para que no broten las hierbas ni se cuartee vencida por la sequedad, y, en fin, para que no se rían de ti los más variados contratiempos. Muchas veces un pequeño ratón pone su casa bajo la tierra y hace su granero, o los ciegos topos cavan su guarida. Se encuentra también en los agujeros el sapo o los numerosos bichos que cría la tierra; el gorgojo saquea un gran montón de trigo, y la hormiga, que teme por su vejez menesterosa.

Fíjate también cuando el almendro se cubre en los 187
bosques de flores infinitas y se doblan sus ramas olorosas: si cuaja el fruto, el trigo correrá igual suerte y con los grandes calores llegará una gran trilla; si, en cambio, la exuberancia del follaje da mucha sombra, la era trillará inútilmente tallos ricos en paja.

Por cierto que he visto a muchos sembradores tratar 193
las semillas primero con sal mineral y bañarlas en alpechín negro para que el fruto sea más grande en las vainas engañosas y se ablande rápidamente aunque sea con poco fuego. He visto simientes, largamente seleccionadas y probadas con mucho trabajo, degenerar, a pesar de todo, si el hombre, con esfuerzo, no triaba a mano cada año, las más grandes una a una. Todo está así condenado a ir de mal en peor y a retroceder y desmoronarse, no de otro modo como el que a duras penas impulsa a remo una barca remontando un río, y si por azar afloja los brazos la corriente la arrastra rápidamente río abajo.

Por lo demás, nosotros debemos observar la conste- 204
lación de Arturo[35], los días de las Cabrillas y la Hidra resplandeciente, tanto como los que viajan a su patria a

35. Véase nota 22.

través de los mares ventosos, y desafían el Ponto y el estrecho de Abido[36], criador de ostras.

Cuando Libra haga las horas del día y del sueño iguales, y ya divida el orbe por la mitad con la luz y las sombras, poned a trabajar a los toros, campesinos, sembrad la cebada en los campos hasta las primeras lluvias del invierno intratable. Es el momento también de ocultar en la tierra el grano del lino y la adormidera de Ceres[37] y de encorvarse sin pérdida de tiempo sobre los arados, mientras es posible con la tierra seca, mientras no descargan las nubes.

En primavera es la siembra de las habas; entonces a ti también te reciben los polvorientos surcos, alfalfa, y llega el cuidado anual del mijo, cuando el brillante Tauro de cuernos de oro abre el año y se pone el Can, que retrocede al salirle al paso el astro.

Ahora bien, si vas a trabajar la tierra con miras a la cosecha de trigo o de duro farro, y te vas a ocupar únicamente de las espigas, deben desaparecer de tu vista las orientales Atlántidas[38] y la estrella gnosia[39] de la ardiente Corona antes de que eches en los surcos las semillas debidas y te apresures a confiar la esperanza del año a la tierra recalcitrante. Muchos empezaron antes de la puesta de Maya[40], pero la cosecha esperada los defraudó con avenas locas.

36. El Ponto, es decir, el Ponto Euxino. Abido es el Helesponto, cuyas ricas ostras eran bien conocidas en la Antigüedad.
37. Así llamada porque con adormidera había aliviado su pena Ceres, cuando Plutón raptó a su hija Prosérpina (véase nota 16).
38. «Hijas de Atlas» son las Pléyades (véase nota 30), que se ponían hacia el 8 de noviembre.
39. La constelación debe el nombre a la corona de Ariadna, hija de Minos, rey de Creta, puesta en el cielo por Baco. La llama «gnosia» por cuanto Cnosos es una ciudad de Creta.
40. Una de las Pléyades.

En cambio, si siembras la arveja y el guisante común, 227
y no desdeñas cuidarte de la lenteja de Pelusio[41], el
Boyero al ponerse te enviará señales inequívocas: co-
mienza y prolonga la siembra hasta en medio de las
escarchas.

Por eso el áureo sol rige su revolución anual que se 231
divide en partes fijas a través de las doce constelaciones
del mundo[42]. El cielo abarca cinco zonas; una de ellas
siempre está enrojecida por el sol deslumbrante, y
abrasada siempre por su fuego; a su alrededor, a de-
recha e izquierda, se extienden las extremas, oscuras y
cuajadas de hielo y de lluvias sombrías. Entre éstas y la
central los dioses hicieron el regalo de dos a los míseros
mortales, y entre ambas pasa una vía por la que gira
sesgado el sistema estelar. El mundo, igual que se eleva
verticalmente hacia Escitia y las cimas rifeas[43], se depri-
me hundiéndose hacia los austros de Libia. Allí tene-
mos el polo siempre encima de nosotros; en cambio, el
otro, a nuestros pies, lo ven la negra Estige y los manes
profundos[44]. Aquí se desliza en un arco sinuoso, a ma-
nera de un río, el grandísimo dragón, alrededor y a tra-
vés de las dos Osas; las Osas, que temen bañarse en el
mar Océano. Allí, según dicen, una noche sin tiempo
guarda eterno silencio y se adensan las tinieblas en una
noche extensa, o bien regresa de nosotros la Aurora y

41. Ciudad de Egipto.
42. Es decir, los doce signos del Zodíaco.
43. Así se describen los polos Norte y Sur: el primero, como si fuera visible, se identifica con el País de los escitas (véase *Bucólicas*, nota 3). El segundo, invisible, con África.
44. La Estige es la laguna del mundo infernal, que normalmente se sitúa en el centro de la tierra, aunque aquí Virgilio la pone en el Sur. Los manes son el recuerdo y las almas de los muertos.

vuelve a llevar el día; y tan pronto como el sol naciente nos ha soplado con sus caballos jadeantes, allí el rojizo Véspero[45] enciende su luz tardía.

252 De aquí, a pesar de lo dudoso del cielo, podemos conocer por anticipado el tiempo, de aquí, la época de las mieses y la estación de la siembra; cuándo conviene batir con los remos el mar traicionero, cuándo botar las escuadras aparejadas o derribar el pino en los bosques a su tiempo. Y no espiamos en vano las salidas y las puestas de los astros y el año dividido uniformemente en cuatro estaciones distintas.

259 Si la lluvia fría en ocasiones contiene al agricultor, cabe preparar muchas cosas que luego, con el cielo sereno, tendría que hacer aprisa. El labrador pone en el yunque el diente duro de la reja embotada, fabrica tinajas con el tronco de los árboles, o forja marcas para el ganado o etiquetas para los montones de cereales. Otros aguzan estacas y bieldos de dos dientes y preparan lazos de Ameria[46] para la vid flexible. Ora téjase sin esfuerzo un canasto con varas de brezo. Tostad al fuego el trigo, o bien machacadlo con piedras. Pues las leyes divinas y humanas permiten ejercer algunas ocupaciones los días de fiesta también: ningún precepto religioso prohíbe guiar desde arriba acequias, poner una cerca al sembrado, ingeniar trampas para los pájaros, quemar las zarzas y bañar en un río saludable el rebaño de ovejas. Muchas veces el arriero carga con aceite o frutas baratas las costillas del lento pollino, y al volver acarrea de la ciudad una piedra molar o una masa de pez negra.

45. Véase *Bucólicas*, nota 62.
46. Localidad umbra, en que se fabricaban estos lazos.

La propia luna ha ordenado de una manera o de otra 276
algunos días, según su eficacia para el trabajo. Rehúye
la quinta; el pálido Orco[47] y las Euménides nacieron en-
tonces; la tierra engendró en un parto siniestro a Ceo y
Jápeto y al cruel Tifóeo[48] y a los hermanos[49] que se con-
juraron para remover el cielo. Tres veces intentaron, en
efecto, poner el Osa sobre el Pelión, y hacer rodar el
Osa al frondoso Olimpo; tres veces el padre demolió
con un rayo el amasijo de los montes. La decimoséptima
es buena para plantar la viña, para domar los bueyes
capturados y poner los lizos a la urdimbre; la novena
es mejor para fugarse; para robar, adversa.

Además, muchas ocupaciones se dan mejor con el 287
fresco de la noche, o cuando la estrella de la mañana
rocía las tierras al salir el sol. De noche se siegan mejor
los tallos ligeros, de noche, los prados resecos; de noche
no falta la humedad que suaviza. Alguno también vela
hasta tarde en invierno a la luz del fuego y talla antor-
chas a punta de cuchillo. Mientras tanto la esposa, ali-
viando el largo trabajo con el canto, recorre la tela con
el peine fino, o cuece en el fuego el licor del dulce mos-
to y despuma con hojas las oleadas de la caldera tem-
blorosa.

Pero, en fin, la rubicunda cosecha de Ceres se siega 297
en mitad del calor, y en mitad del calor trilla la era las

47. Es el dios de la muerte y da nombre al Infierno entre los romanos. Las Euménides o «Bienhechoras» es el nombre eufemístico de las terribles Furias infernales que son tres: Alectó, Megera y Tisífone.
48. Ceo y Jápeto, hijos de Urano y la Tierra, son los titanes que se rebelaron contra Júpiter. Tifóeo fue sepultado por éste bajo el Etna, como recuerda Góngora en su *Fábula de Polifemo y Galatea.*
49. Se trata de los gigantes Oto y Efialtes, que pretendieron escalar el cielo amontonando los tres montes que se citan a continuación.

mieses torradas. Ara desnudo, siembra desnudo: el invierno es indolente para el cultivador. Por regla general los agricultores disfrutan durante los fríos de lo que han cosechado, y contentos se dan recíprocos convites entre sí. El festivo invierno los reanima y disipa sus cuitas, igual que cuando las sufridas naves han tocado puerto por fin y los marineros contentos colocan coronas en las popas. Pero, sin embargo, entonces es el momento de arrancar las bellotas de la encina, las bayas del laurel, la oliva y los frutos sanguinos del mirto; es el momento de poner trampas a las grullas, redes a los ciervos, y de perseguir a las liebres orejudas; el momento de tirar a los gamos blandiendo la correa de estopa de la honda balear, cuando se amontona bien alta la nieve, cuando los ríos arrastran el hielo.

311 ¿Qué voy a decirte del clima, las constelaciones del otoño, y de lo que deben atender los hombres cuando los días son ya más cortos y el verano más suave, o cuando se echa encima la primavera lluviosa, cuando el trigal ya se eriza de espigas en los campos y los granos lechosos se hinchan en el verde tallo? Yo vi muchas veces que cuando el agricultor metía a los segadores en los rubios canteros y ya cogía la cebada de frágil tallo, se entablaba toda clase de combate entre los vientos, que arrancaban de cuajo la mies enteramente cargada de fruto, la volteaban por el aire, y así en negro remolino se llevaba volando el vendaval los tallos ligeros y las pajas. Muchas veces también llega del cielo un aluvión inmenso de agua y las nubes acumuladas en lo alto originan una horrible tempestad de negra lluvia. El firmamento elevado se desploma y con la fuerte lluvia destruye las siembras lozanas y las labores de los bueyes. Se llenan las zanjas, y los hundidos ríos crecen con fra-

gor y la llanura bulle de charcos arremolinados. El propio Padre, en medio de la noche de los nubarrones, lanza rayos con la derecha relampagueante, con cuya agitación tiembla gran parte de la tierra, huyen las alimañas y, entre las gentes, el temor abate por tierra el corazón de los hombres. Él cercena con sus dardos encendidos el Atos, el Ródope, el alto Ceraunio[50]. Redoblan los austros y la intensa lluvia. Con el fuerte viento ora gimen los bosques, ora la costa.

Temiendo esto, observa los meses y los astros del cielo: dónde se retira la estrella de Saturno, por qué órbita vaga en el cielo el fuego cilenio[51]. 335

En primer lugar, venera a los dioses y celebra la ceremonia anual de la gran Ceres[52], sacrificando en medio de las plantas lozanas, hacia la terminación del invierno, cuando ya es primavera serena. Entonces los corderos están gordos y los vinos muy suaves; entonces los sueños son dulces y las sombras de los montes tupidas. Toda la juventud del campo junta debe adorar a Ceres contigo; diluye tú en su honor panales de miel con leche y vino dulce. Marche tres veces por las cosechas nuevas la víctima propiciatoria, acompañada del coro entero de tus compañeros en fiesta, que a gritos llamarán a Ceres al interior de las casas. Y que nadie meta la hoz a las espigas maduras hasta que con las sienes ceñidas con una vareta retorcida de encina ejecute unos pa- 338

50. El Atos es una montaña de Macedonia; el Ródope, de la Tracia; el Ceraunio o Acroceraunio pertenece al Epiro.

51. Se trata, respectivamente, de los planetas Saturno, el más alejado del sol, y Mercurio, el más cercano. Este último debe su nombre al dios Mercurio que nadó en el monte Cileno.

52. Es la fiesta de la lustración del campo o *Ambarvallia* («En torno a los sembrados»), que tenía lugar en 29 de mayo.

sos improvisados en honor de Ceres, y le cante canciones.

351 Y para que pudiésemos aprender con señales inequívocas esto: los calores, las lluvias y los vientos que traen el frío, el propio Padre estableció lo que la luna podía advertirnos cada mes, con qué constelación amainan los austros, al ver varias veces qué cosa deben los agricultores mantener sus manadas más cerca de los establos.

356 Nada más levantarse el viento, o empiezan a hincharse revueltas las olas del mar y a oírse un murmullo seco en los altos montes, o a perturbarse las costas, resonando de lejos, y a acrecentarse el murmullo de los bosques. Ya entonces el agua respeta poco las corvas naos, en el instante que los rápidos cuervos marinos regresan volando del medio del mar y traen sus graznidos a la costa, y las gaviotas marinas juegan en tierra firme, y la garza abandona las lagunas conocidas y vuela por encima de la alta nube. Muchas veces verás también cuando el viento amenaza deslizarse de arriba abajo del cielo las estrellas y blanquear por detrás en la oscuridad de la noche largos regueros de llamas. Muchas veces verás revolotear la paja ligera y las hojas que se caen, o juguetear las plumas flotando en la superficie del agua.

370 Mas cuando relampaguea de la parte del atroz Bóreas, cuando truena la casa del Euro y del Céfiro[53], nadan todos los campos con las regueras llenas y todos los marineros recogen en el mar las velas húmedas. Jamás perjudicó la lluvia sin que se pudiera prever: o bien en

53. El bóreas, en latín *aquilón,* es el viento del Norte; el euro, es del Este; el céfiro, en latín *favonio,* del Oeste.

lo hondo de los valles han huido de ella al desatarse las voladoras grullas, o la novilla mirando al cielo con las narices abiertas barrunta la brisa o la golondrina parlanchina revolotea en torno a los lagos y las ranas cantan en el fango su antigua queja. También la hormiga saca más reiteradamente los huevos del fondo de su morada, trillando el angosto camino, y bebe el enorme arco iris[54], y, retirándose del pasto en gran batallón, el ejército de los cuervos grazna con sus densas alas. Puedes ver además cómo las variadas aves del mar (las que en las dulces riberas del Caístro[55] escarban de aquí para allá las praderas asianas) a porfía salpican sus espaldas de copioso rocío, y una y otra vez rizan la corriente con la cabeza, o corren hacia el agua y ansían bañarse en ella con insaciable afán.

Asimismo, la corneja impertinente invoca la lluvia a 388
voz en cuello, y se pasea sola en la arena seca. Ni siquiera las muchachas que cardan de noche los copos de lana dejan de advertir el mal tiempo, cuando ven chisporrotear el aceite en el candil de barro caliente, y desarrollarse hongos aceitosos.

E igualmente podrás prever a partir de la lluvia los 393
días claros y los cielos despejados, y reconocerlos por señales inequívocas. Pues entonces parece que las estrellas no tienen un brillo mortecino ni que salga la luna esclava de los rayos de su hermano[56] ni que sean impulsados por el cielo delgados vellones de lana[57]. Los

54. Los antiguos interpretaban el arco iris con la función propia de beber agua del mar o de los ríos, para descargarla después.
55. Río de Lidia, en Asia Menor, poblado de grullas y cisnes.
56. Es decir, como si la luna brillase con luz propia y no reflejando los rayos del sol, «su hermano».
57. Las nubes.

alciones, caros a Tetis[58], no despliegan las alas al sol templado en la playa; los sucios puercos no se acuerdan de mascar manojos de paja que trituran en la boca. Las nieblas, en cambio, buscan más las partes bajas y se recuestan en la llanura, y, aguardando el ocaso del sol desde el alto cumbrero, la lechuza ensaya inútilmente su canto de atardecer.

404 En lo alto, en el aire transparente, aparece Niso[59], y Escila recibe el castigo por un pelo rojizo. Por dondequiera que ella huye cortando el aire ligero con sus alas, he aquí que a través de la brisa la persigue con grandes chillidos su encarnizado enemigo, Niso; por donde Niso se eleva en la brisa, ella huye alocadamente, cortando el aire ligero con sus alas. A su vez los cuervos, con la garganta oprimida, repiten tres o cuatro veces sus nítidos graznidos, y con frecuencia, en sus altos escondrijos, más contentos de lo habitual por no sé qué clase de felicidad arman el guirigay entre ellos en el follaje. Les gusta al pasar la lluvia volver a ver a su pequeña descendencia y sus dulces nidos. Yo no creo que sea porque posean una naturaleza divina ni que la providencia les dote de una mayor perspicacia para las cosas. Sino que cuando el mal tiempo y la humedad variable del cielo cambiaron de rumbo, y Júpiter, empapado por los austros, condensa lo que antes era rarefacto y relaja lo que era condensado, se cambia el talante de su espíritu, y sus pechos conciben ahora otras pasiones, diferentes a cuando el viento impulsaba las nubes. De ahí esa sinfonía de los pájaros en los campos, el contento de los ganados y la euforia en la garganta de los cuervos.

58. Véase *Bucólicas*, nota 16.
59. Véase *Bucólicas*, nota 48.

Pero si prestas atención al sol arrebatado y a las lunas 424
que se suceden por orden, no te engañará la hora de mañana ni caerás en la trampa de la noche serena. Así que la luna recoge sus fuegos que vuelven, si encierra una niebla negra en sus cuernos oscuros, se está preparando una lluvia intensísima para agricultores y marineros. Pero si por su cara se extiende un rubor virginal, habrá viento; con el viento se ruboriza siempre la áurea Febe[60]. Mas si al cuarto nacimiento (pues éste es un aval infalible) marcha pura por el cielo y sin los cuernos remachados, ese día entero y los que sigan a ése hasta el final del mes estarán libres de lluvia y vientos, y los marineros puestos a salvo cumplirán en la playa con sus votos a Glauco, a Panopea y a Melicertes, hijo de Inó[61].

También el sol, tanto al salir como al esconderse[62] en 438
las aguas, proporcionará indicaciones; al sol acompañan señales inequívocas, tanto las que trae por la mañana como las que trae al salir las estrellas. Cuando salpique de manchas su salida y nacimiento, y desaparezca la mitad del disco, oculta en las nubes, debes sospechar que habrá lluvia; pues presiona desde lo alto el Noto[63], funesto para los árboles, los sembrados y la ganadería. O cuando al amanecer se dispersan sus rayos entre densos nubarrones, o cuando sale pálida la Aurora, dejando el lecho azafranado de Titono[64], ay,

60. La luna, como hermana del sol, o Febo.
61. Glauco es un dios marino; Panopea, una de las cincuenta Nereidas o ninfas marinas. Melicertes e Inó, su madre, se arrojaron al mar. Los romanos veneraban a Melicertes con el nombre de Portuno.
62. Los antiguos creían que el sol, al ponerse, se sumergía en el Océano.
63. Viento del sur; en latín, austro.
64. Hijo de Laomedonte y esposo de la Aurora.

mal va a defender el pámpano entonces a las uvas maduras: ¡tal es la cantidad de granizo erizado que brinca crepitando en los tejados!

450 Cuando ya se retira, después de recorrer el Olimpo, será del máximo provecho acordarse de esto también; pues muchas veces vemos que en su propia faz vagan diversos colores: el azul oscuro pronostica lluvia, el ígneo, los euros. Pero si empiezan a mezclarse manchas con el fuego rutilante, entonces verás que todo bulle de viento y nubarrones a un tiempo. Esa noche nadie me moverá a marchar ni a soltar amarras de la tierra. Por el contrario, si cuando trae el día y lo esconde después de traído, su disco es reluciente, es tonto que te asusten los nubarrones, y verás cómo las selvas se agitan con el aquilón claro.

461 En fin, qué nos acarrea el Véspero al atardecer, de dónde impulsa el viento a las nubes serenas, qué maquina el austro húmedo, son indicaciones que te proporcionará el sol. ¿Quién se atrevería a llamar falso al sol? Él muchas veces nos pone sobre aviso también de que se avecinan tumultos ciegos y traiciones, y que se están fraguando guerras encubiertas. Compadeciéndose también él de Roma a la muerte de César, cubrió su cabeza brillante con herrumbre oscura y las generaciones impías temieron una noche eterna[65]. A pesar de que en aquella ocasión también la tierra y la llanura del mar, las perras agoreras y las aves siniestras manifestaban sus presagios. ¡Cuántas veces vimos el Etna, haciendo olas con sus hornos reventados, borbollar en los

65. Tanto historiadores como poetas nos han transmitido las perturbaciones atmosféricas que tuvieron lugar el año del asesinato de Julio César (44 a.C.).

campos de los cíclopes y voltear globos de fuego y rocas derretidas! Germania escuchó el sonido de las armas a través del cielo entero; los Alpes temblaron con movimientos desacostumbrados. La gente oyó también una gran voz en medio de los sagrados bosques silenciosos, y a la luz dudosa del anochecer se vieron espectros pálidos en forma maravillosa, y, ¿se puede decir?, reses que hablaban. Los ríos se detienen, las tierras se agrietan y el marfil entristecido echa lágrimas en los templos, y el bronce rezuma. Se desbordó, arrollando las selvas con remolinos catastróficos, el rey de los ríos, el Erídano[66], y por todos los campos se llevó los ganados y los establos.

Y durante ese mismo tiempo no cesaron de aparecer 483
fibras amenazadoras en entrañas de mal agüero ni de manar sangre de los pozos, ni de escucharse de noche el eco de los aullidos de los lobos en las ciudades altas. En ninguna otra ocasión cayeron más rayos con el cielo sereno, ni tantas veces se encendieron cometas siniestros.

De modo que Filipos[67] vio otra vez enfrentarse entre 489
sí con armas iguales a las fuerzas militares romanas. Y los dioses no vieron inconveniente en que Ematia y las extensas llanuras del Hemo fuesen abonadas dos veces con nuestra sangre. Es claro que vendrá el día en que el agricultor, bregando en la tierra con el corvo arado, hallará en aquellos territorios las lanzas comidas por el cardenillo destructor, o con los rastrillos pesados golpeará los yelmos vacíos, y se pasmará de ver grandes huesos en las tumbas excavadas.

66. El río Po.

67. La batalla de Filipos en Tracia tuvo lugar en 42 a.C., durante la guerra civil entre Octavio y los republicanos. En 48 a.C., César y Pompeyo se habían enfrentado en Farsalia. Ematia y el Hemo pertenecen a la Macedonia romana.

498 Dioses patrios, Indígetes, y tú, Rómulo, y tú, madre Vesta, que guardas el Tíber etrusco y el Palatino romano, ¡no impedid que este joven[68] al menos socorra a nuestra generación diezmada! Ya antes hemos lavado con suficiente sangre nuestra los perjurios de la Troya de Laomedonte[69]. Tiempo ha que la mansión celeste te nos quiere quitar, César, quejándose de que atiendes los triunfos de los hombres[70]. Y es que entre éstos la justicia y la injusticia andan al revés: tantas guerras hay en el mundo, tantas son las caras del crimen. Al arado no se le concede el honor debido; las tierras de labor se convierten en eriales, al quitarles los cultivadores, y las corvas hoces se funden para hacer espadas duras. Por un lado promueve la guerra el Éufrates, por el otro la Germania; las ciudades vecinas sacan las armas rompiendo los convenios mutuos; en todo el orbe de las tierras se ensaña el impío Marte: como cuando las cuadrigas se lanzan desde las barreras, van ganando velocidad, y el auriga se deja llevar por los caballos tirando en vano de las bridas, y el carro no atiende a las riendas.

68. Octavio, que en el 38, cuando Virgilio escribía esta primera Geórgica, tenía veinticinco años.
69. Rey de Troya, que negó a Apolo y Poseidón el salario prometido por la construcción de las murallas. No se olvide que el troyano Eneas está en la base del pueblo romano.
70. Las guerras y los triunfos subsiguientes a las victorias.

LIBRO II

Hasta aquí los cultivos de los campos y las constelaciones del cielo. Ahora te cantaré a ti, Baco, y contigo también los retoños de la selva y el vástago del olivo de lento crecimiento. Ven aquí, oh padre Leneo[71]. Todo está aquí lleno de tus dones: por ti florece el campo preñado de pámpanos otoñales, la vendimia espuma a cubas llenas. Ven aquí, oh padre Leneo, y, descalzo de coturnos[72], tiñe conmigo tus piernas desnudas con el mosto nuevo.

En primer lugar, la naturaleza se muestra variada 9
en el desarrollo de los árboles. Pues unos, sin que los fuerce hombre alguno, salen ellos espontáneamente, y campean por extenso en las llanuras y los ríos sinuosos, como la mimbrera flexible y las retamas correosas, el chopo y los sauces blanquecinos de hojas plateadas. Otra parte, en cambio, nace de semillas depositadas,

71. Leneo es apelativo de Baco, como dios de la vid, derivado del nombre griego de la cuba de prensar las uvas: *lenós*.
72. Es un calzado alto que llegaba hasta las rodillas.

como los altos castaños y el roble, el más grande de los árboles del bosque, que echa su fronda para Júpiter, y las encinas que los griegos tienen por oráculos[73]. Otros poseen un ramaje muy denso que les brota desde la raíz, como los cerezos y los olmos. También el laurel del Parnaso se levanta chiquito bajo la inmensa sombra de la madre. Éstos son los primeros sistemas que ofreció la naturaleza, por los cuales verdea toda clase de selva, frutales y bosques sagrados.

22 Hay otros que la misma experiencia descubrió con método propio. Éste arrancó esquejes del cuerpo tierno de la madre y los depositó en los surcos; el otro entierra en el suelo cepas y troncos con la punta hendida en cuatro y varetas bien aguzadas. Otros árboles esperan el arco enterrado del mugrón y las plantas vivas con su propia tierra. Otros no precisan raíces y el podador no duda en confiar de nuevo a la tierra la punta de las ramas. Es más: después de cortar los troncos (causa maravilla decirlo), la raíz del olivo brota del leño seco. Y muchas veces vemos que las ramas de uno se convierten sin menoscabo en las de otro y que el peral transformándose produce manzanas de injerto y los cornejos pedregosos enrojecen en los ciruelos.

35 Por lo tanto, ¡ea, agricultores!, aprended los cultivos apropiados según sus especies; dulcificad con el cultivo los frutos silvestres, y que las tierras no estén baldías. ¡Qué gusto sembrar el Ísmaro con vid y cubrir de olivos el gran Taburno![74].

73. En Dodona, Epiro, los oráculos se obtenían escuchando el silbido de las hojas de la encina o el arrullo de las palomas entre su follaje.
74. El Ísmaro, montaña de Tracia, era famoso por las viñas. El Taburno es un macizo, de la Campania, en el sur de Italia.

Y tú, Mecenas, ornato mío, que con razón eres parte 39
mayor de mi fama, asísteme y acompaña a mi lado la labor que he emprendido, y dame velas, volando por el mar abierto. Yo no pretendo abarcarlo todo con mis versos, no; aunque tuviese cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro. Asísteme, y costea la primera ribera del litoral; la tierra está a nuestro alcance; no te voy a retener aquí con ficciones poéticas, circunloquios y largos exordios.

Los árboles que se alzan espontáneamente a las ribe- 47
ras de la luz, si bien infecundos, nacen lozanos y fuertes, como que el suelo posee poder natural. Pero incluso éstos, si alguien los injerta o los trasplanta y pone en hoyos mullidos perderán el carácter silvestre, y con el cultivo asiduo responderán sin tardanza a cualquier disciplina a que los sometas. Incluso lo hará el vástago estéril que sale de la raíz, si se lo dispone en hilera en terrenos desbrozados: de momento lo ensombrecen las altas frondas y las ramas de la madre, le quitan el fruto cuando crece y lo marchitan cuando está echándolo. Por su parte, el árbol que se ha levantado de semillas caídas se desarrolla lentamente para venir a hacer sombra a nuestros lejanos nietos; su fruta degenera olvidando el sabor primero, y la uva da racimos raquíticos que son botín para los pájaros.

Es de saber que en todos hay que poner esfuerzo; to- 61
dos hay que meterlos en hilera y domarlos con grandes costos. Pero los olivos responden mejor con troncos, las vides con el mugrón, los mirtos de Pafos[75] con

75. Según una característica muy especial de la poesía antigua se dice aquí «mirtos de Pafos» en un circunloquio algo complicado: el mirto está dedicado a Venus, diosa que en Pafos, ciudad de Chipre, poseía uno de sus santuarios más afamados.

la estaca dura. De esquejes nacen los duros avellanos, el gran fresno, el umbroso árbol de la corona de Hércules[76] y las bellotas del padre caonio[77]; así también nace la palmera espigada y el abeto que contemplará los avatares del mar.

69 Pero en el madroño espinoso se injerta un brote de nogal; y los plátanos estériles tienen buenas ramas de manzanos. El haya blanquea con la flor blanca del castaño, el olmo con la del peral y los cerdos parten bellotas bajo los olmos.

73 No es la misma cosa injertar y poner ojos. Pues en el sitio en que brotan las yemas del centro de la corteza rompiendo su delgada película se hace en el mismo nudo una incisión estrecha. Ahí meten el germen del otro árbol y lo enseñan a crecer en el meollo húmedo. O bien se cortan troncos sin nudos y con cuñas se abre un camino profundo hasta el núcleo; después se introducen pimpollos feraces. No pasa largo tiempo y un árbol enorme se estira hasta el cielo con ramas frondosas y se queda embobado de las hojas extrañas y de frutas que no son suyas.

83 Además, no hay una sola clase ni de olmos corpulentos ni de sauce o loto o cipreses ideos[78], ni las grasientas olivas nacen con la misma forma: las órcades, los radios y la pausia de pulpa amarga[79]. Lo mismo las man-

76. El álamo blanco, del que Hércules se hizo una corona al salir del Infierno, después de vencer a su terrible guardián, el Can Cérbero.

77. Júpiter, adorado en Dodona, ciudad del Epiro, del que Capnia era una parte famosa por las bellotas.

78. El ciprés se tenía por originario de Chipre, isla donde se halla la cadena montañosa del Ida.

79. Tres especies de olivas (se conocían hasta dieciséis): las primeras u ovaladas, y las segundas, alargadas, eran aceitunas de mesa; la *pausia* daba un aceite verdoso muy estimado.

zanas y los vergeles de Alcínoo[80]; tampoco es la misma púa la de las peras de Crustumio[81] o las peras sirias y las pesadas «volema»[82]. La vendimia que cuelga de nuestros árboles[83] no es la misma que la que coge Lesbos del sarmiento de Metimna[84]. Existen las viñas de Tasos[85], existen también las blancas de Mareótide[86], apropiadas las unas para tierras gruesas, las otras para tierras más ligeras; la «psithia», más indicada para el vino de uvas pasas, y el ligero «Lageo»[87], que en su momento atacará las piernas y amordazará la lengua; las purpúreas y las tempranas y tú, Rético, ¿cómo podría cantarte? Sin embargo, no te pongas a competir con las bodegas de Falerno[88]. Están también las viñas de Amineo, vinos muy firmes, a los que hacen reverencia el vino del Tmolo y el propio Faneo[89], rey de la vid; y el pequeño Argitis, con el que no puede rivalizar ninguna uva ni en la cantidad de jugo ni en los años que dura. No puedo pasarte en silencio a ti, Rodio, grato a los

80. Celebrados en el libro siete de la *Odisea*, eran ricos en manzanas u otros árboles frutales, que es lo que se quiere decir.
81. Crustumio o Crustumerio es una ciudad sabina; sus peras eran rojas; las sirias, en cambio, retintas.
82. Con esta palabra se designa una variedad de peras gruesas que llenaban el cuenco de la mano, en latín *vola*.
83. Son los que apoyaban las vides: olmos, etc.
84. Ciudad de la isla de Lesbos en el mar Egeo.
85. Isla del mar Egeo, frente a Tracia.
86. La laguna Mareótide está junto a Alejandría, en Egipto.
87. Tanto la uva *psithia* como el vino *Lageo* son desconocidos.
88. El «rético» se criaba en la Galia cisalpina. El Falerno era un vino famoso de la Campania.
89. Amineo es una localidad cercana a Nápoles; el Tmolo es una montaña de Lidia; Faneo es un promontorio de la isla de Quíos, cuyos vinos eran celebradísimos.

dioses y a los postres, ni a ti, Bumasto[90], de racimos hinchados. Pero las clases que hay y los nombres que tienen son innumerables; bien es verdad también que no merece la pena enumerarlos. Si alguien quisiera hacerlo es como si quisiera aprender el número de arenas que levanta el céfiro en el desierto africano, o conocer, cuando el Euro se abate con suma violencia sobre las embarcaciones, cuántas olas llegan a las costas del mar Jónico.

109 A decir verdad no todas las tierras pueden producir de todo. Los sauces se crían en las corrientes y los álamos en las charcas cenagosas; los olmos, que no dan fruto, en los montes rocosos. Las costas hacen la delicia de los arrayanes; la vid, en fin, prefiere los alcores despejados, los tejos, el viento del norte y los fríos. Fíjate también en el mundo domeñado por los pobladores más remotos: las moradas de los árabes orientales y los pintados gelonos[91]. Los árboles se han repartido sus patrias. Sólo la India produce negro ébano, sólo los sabeos la rama del incienso. ¿Para qué hablarte del bálsamo que rezuma de una madera olorosa, o de las bayas de la acacia de hoja perenne?[92]. ¿Para qué de los bosques etíopes blanqueados de blanda lana; de cómo los Seres peinan de las hojas los vellones finos?[93]. ¿Para qué

90. El vino Rodio se tomaba a los postres en honor de los dioses. *Bumasto* es una palabra griega que significa «ubre de vaca».

91. Habitaban en lo que hoy es Ucrania, y acostumbraban a tatuarse el cuerpo.

92. Hay un acanto herbáceo, del que no es cuestión aquí, sino del arbóreo o acacia.

93. «Los bosques de blanda lana» es una perífrasis para designar el algodón. Los Seres habitaban en China, de donde los romanos importaban la seda. Los romanos, por desconocimiento del gusano que la produce, creían que se cogía de los árboles.

de los bosques que posee la India más cercana al Océano, ese golfo del fin del mundo, donde jamás saeta alguna pudo superar con su tiro la altura de los árboles? Y su pueblo desde luego no es nada lento cuando coge la aljaba. La Media produce jugos amargos, el sabor persistente de la pera feliz[94]. Cuando las crueles madrastras inficionan las copas y mezclan hierbas y palabras maléficas ningún remedio hay más a mano que éste, que saca del cuerpo el veneno negro. El árbol, por su parte, es grande y de aspecto muy parecido al laurel, y si no echase un olor bien distinto sería un laurel; las hojas no las hace caer viento alguno; la flor es particularmente tenaz. Los medos tratan con ella el mal aliento de boca y curan a los viejos asmáticos.

Pero ni las selvas de los medos, tierra riquísima, ni el 136
hermoso Ganges o el Hermo, enturbiado por el oro, pueden rivalizar en alabanzas con Italia; ni Bactros ni los indos ni la Pancaya[95] toda, engrasada con sus arenas llenas de incienso. Esta tierra no la han arado toros que echan fuego por las narices para sembrar los dientes del dragón descomunal[96] ni la ha erizado una cosecha de guerreros con sus cascos y sus lanzas espesas, sino que la han cubierto trigales granados y el Másico, el vino de Baco. Olivares y ganados felices la pueblan. De aquí parte erguido por la llanura el caballo de guerra; de aquí, blancos rebaños y el toro, la víctima más grandio-

94. «La pera feliz», *felix malum* en latín, es el limón.
95. El Hermo es un río de Asia Menor. Bactros es capital de la Bactriana (actual Turquestán). La Pancaya se encontraba en Arabia.
96. Alusión a la prueba que el argonauta Jasón tuvo que sufrir en la Cólquide: sembrar la tierra con dientes del dragón utilizando dos toros que echaban fuego para que dieran una cosecha de hombres armados.

sa, bañados en tu sagrada corriente, Clitumno[97], guiaron los triunfos romanos a los templos de los dioses. Aquí reina una primavera eterna y un verano en meses que no son los propios. Dos veces quedan preñadas las ovejas, dos veces da su cosecha de fruta el árbol. Faltan en cambio las tigres rabiosas, la semilla cruel de los leones y el aconito[98] que sorprende a los desgraciados que lo cogen. No hay serpientes escamosas que arrastren sus descomunales sinuosidades por la tierra ni que se enrosquen en espiral con una longitud tan grande. Añade tantas ciudades extraordinarias y el esfuerzo de obras realizadas, tantas fortalezas erigidas con los brazos en peñascales abruptos y los ríos que se deslizan al pie de las murallas antiguas. ¿Tengo que nombrar los mares que nos bañan, el Superior y el Inferior?[99]. ¿O nuestros grandes lagos: tú, Lario, el más grande, y tú, Benaco[100], que te hinchas con el oleaje y el bramido de un mar? ¿O tengo que nombrar los puertos, el dique adosado al Lucrino[101], y cómo el mar se embravece con enorme fragor por donde el agua Julia resuena de lejos con la resaca y la marea del Tirreno penetra hasta las

97. Afluente del Tíber. Plinio aseguraba que ciertas aguas ponían blancos a los animales que se bañaban en ellas. El carro del triunfador iba tirado por dos caballos blancos, precedido de las víctimas: toros blancos por lo común.

98. «Centella», hierba venenosa.

99. Respectivamente, el mar Adriático y el mar Tirreno.

100. El Lario, así llamado también hoy, es el lago de Como; el Benaco, que es en realidad el más grande, el lago de Garda.

101. El Lucrino y el Averno eran dos lagos en la costa de Nápoles separados entre sí por una pequeña franja en la que se abrió un canal el año 37 a.C., constituyéndose el «puerto Julio». A su vez, la duna que separaba el Lucrino del mar fue reforzada por un dique con una entrada.

aguas del Averno? Esta tierra, asimismo, ha mostrado en sus venas ríos de plata y minas de cobre, y ha fluido en chorros de oro. Esta tierra ha dado una raza aguerrida de hombres, los marsos, la juventud sabelia, el lígur, avezado a la vida dura, y los volscos[102], armados de chuzos; ha dado los Decios, los Marios y los grandes Camilos, los Escipiones, endurecidos en la guerra, y a ti, César, el más grande, que ahora, vencedor ya en las riberas lejanas de Asia, apartas de las colinas de Roma al indo cobarde[103]. Yo te saludo, tierra de Saturno[104], gran madre de cereales, gran madre de hombres: en tu honor me entrego a cosas de antiguo fuste y arte, atreviéndome a abrir las fuentes sagradas, y canto por las ciudades de Roma el poema ascreo[105].

Ahora es el momento de exponer las cualidades de 177
las tierras: qué fuerza tiene cada cual, qué color, y cuál debe ser su naturaleza para que rinda. En primer lugar, las tierras difíciles y los cerros escabrosos donde hay arcilla menuda y guijarros en el terreno lleno de zarzas, gozan con la selva de Palas[106], el olivo de larga vida. De indicio sirve el acebuche que surge en gran cantidad en el mismo sitio y las aceitunas silvestres que cubren los campos. Por el contrario, la tierra gruesa y vivificada

102. Pueblos de los alrededores de Roma con los que ésta hubo de pelear duro al comienzo de su historia.
103. Después de su victoria en Actio (31 a.C.), César Augusto pasó dos años recomponiendo el imperio por Alejandría, Palestina y Siria, «las riberas lejanas de Asia». Con los indos no tuvo que vérselas realmente.
104. Expulsado del cielo por Júpiter, Saturno se refugió en el Lacio, donde enseñó la agricultura a sus habitantes.
105. Véase *Bucólicas*, nota 46.
106. Palas entre los griegos, Minerva entre los latinos, es la diosa de la sabiduría, y la que dio a los hombres el olivo.

por suave humedad, la llanura que abunda en hierba, fértil y lozana (como la que tantas veces vemos allá abajo, en el valle hundido entre dos montes, adonde se despeñan los ríos desde los altos pedregales arrastrando el limo fertilizador) y la que está expuesta al austro[107] y produce el helecho, odioso para los arados corvos, ésta te suministrará algún día viñas bien fuertes, viñas de mucho caldo; ésta es la fértil en uvas, ésta es la fértil en licor con el que hacemos las libaciones en páteras de oro, cuando el grasiento tirreno[108] infla su trompa de marfil junto al altar y ofrecemos en amplias bandejas las entrañas humeantes.

195 Pero si tu gusto es más bien criar ganado mayor y terneras, ovejas o cabras, que esterilizan los cultivos, encamínate a los montes lejanos del fecundo Tarento o a llanos como el que perdió la desgraciada Mantua[109], ese que cría en su río abundante en hierba cisnes blancos como la nieve. No faltarán a los rebaños fuentes transparentes, no les faltará forraje; y cuanto pazcan los ganados durante el largo día, otro tanto repondrá el helado rocío durante la corta noche.

203 En general, la tierra negra y crasa que levanta el arado, cuyo suelo está suelto (pues eso buscamos arándolo) es la mejor para los cereales (de ningún campo verás salir para casa más carretas con sus novillos lentos), o aquella cuya arboleda transportó el labrador irritado, derribando bosques improductivos durante muchos

107. Véase nota 63.

108. Para las ceremonias religiosas se hacían venir flautistas tirrenos o etruscos. «Grasiento» puede querer decir también «grueso».

109. En el 40 a.C. Augusto repartió a los veteranos de la guerra las tierras del valle del Po, en el cual se encontraba Mantua, ciudad natal de Virgilio.

años, y echando de raíz por tierra las antiguas moradas de los pájaros que abandonaron los nidos y buscaron las alturas. El llano sin cultivar, en cambio, se ha puesto resplandeciente al meterle la reja. Pues desde luego el cascajo reseco de un campo lleno de montículos apenas si suministra humildes jaras y romero a las abejas; y la toba áspera y la greda comida por las culebras de agua negras indican que ningún otro campo ofrece tan dulce alimento a las serpientes ni les proporciona escondrijos tan sinuosos.

La tierra que exhala una niebla sutil y humos rápi- 217
dos, embebe la humedad y la echa fuera cuando quiere, que siempre está cubierta con su propia hierba verde y no ataca al hierro con el orín ni el cardenillo corrosivo, ésa entretejerá tus olmos con vides lozanas; ésa es rica en aceite; esa tierra comprobarás cuando la cultives que es apropiada para el ganado y dócil a la reja corva. Tal es la que ara la rica Capua y la franja vecina al monte Vesubio y el Clanio, nada justo con la desierta Acerras[110].

Ahora te voy a decir de qué manera puedes conocer 226
cada una. Puesto a investigar si la tierra es suelta o más espesa de lo normal (dado que la una favorece a los cereales, la otra a la vid: la más espesa a Ceres, la más suelta a Lieo)[111] primero elegirás un lugar a ojo y ordenarás abrir un pozo profundo en suelo firme; vuelves a echar de nuevo toda la tierra y con los pies allanas la superficie de la arena. Si falta, es un suelo suelto, y resultará más fértil para el ganado y las viñas nutricias; pero

110. Clanio era el río que inundaba en muchas ocasiones a la ciudad de Acerras.
111. Otro nombre de Baco, dios de la vid y del vino.

si la tierra se niega a volver a su lugar y sobra después de llenar el agujero, es un suelo espeso: dispónte a esperar terrones desafiantes y surcos gruesos, y ara la tierra con bueyes capaces.

238 Por su parte, la tierra salada, que llaman amarga (ésta no es fértil para los cereales y no se ablanda con la labranza ni le conserva la casta al vino ni a las frutas el nombre) responderá a la siguiente prueba: tú agarra de los techos ahumados los cestos de mimbre espeso y las coladeras para prensar; apisona a fondo en ellos aquel suelo malo con agua dulce de la fuente. Naturalmente toda el agua se abrirá paso y saldrán gotas grandes entre los mimbres. Pues bien: su sabor manifiesto servirá de indicio y su amargor hará torcer la boca a los probadores, horripilados por el sabor.

248 Asimismo, qué tierra es gruesa, lo aprendemos sencillamente del siguiente modo: jamás se desprende cuando la revolvemos con las manos, antes bien, al manosearla se pega a los dedos como si fuera pez.

251 Una tierra húmeda hace crecer hierbas desmesuradas y ella misma es más exuberante de lo conveniente. Ay, que no tenga yo esa tierra demasiado fértil, ni se muestre tan fuerte al nacer las espigas.

254 La que es pesada se traiciona silenciosamente con el propio peso, así como la que es ligera. Es fácil para la vista reconocer la que es negra, y cualquier otro color. Pero descubrir el frío criminal es difícil; solamente los abetos y los tejos nocivos o las hiedras negras descubren a veces sus huellas.

259 Teniendo en cuenta estas indicaciones, acuérdate de cocer[112] bien la tierra antes y de cavar hoyos en los

112. Es decir, dejarla expuesta al sol después de arada.

grandes montes; de exponer al aquilón los terrones levantados mucho antes de plantar la alegre especie de la vid. El mejor terreno es el de suelo quebradizo; de ello se encargan los vientos y las frías escarchas y el robusto viñador que remueve y suelta las fanegadas. Ahora bien, aquellos hombres a los que no se les escapa detalle alguno, buscan con antelación un lugar donde preparar la plantera de vides semejante a aquel donde serán llevadas después para ponerlas en hilera, al objeto de que las cepas no extrañen el cambio súbito de la madre[113]. Y todavía más: señalan en la corteza la orientación que tenían de modo a restituirles la manera como estaba cada planta, el lado por el que recibían el calor del sur y por donde daban la espalda al polo Norte. Tanta importancia tienen las costumbres adquiridas de joven.

Investiga primero si es mejor poner la vid en cerros 273
o en llano. Si acotas el terreno en una llanura rica, siembra espeso; dada su fortaleza, la vid no es menos productiva aunque esté espesa. Pero si eliges un suelo con montículos y cerros empinados, abre las hileras. En cualquier caso, las calles que forman las viñas deben ser exactamente perpendiculares entre sí: como ocurre habitualmente cuando en una vasta guerra la legión despliega a lo largo sus batallones y la formación queda inmóvil en la llanura abierta y sus líneas organizadas, y toda la tierra hace oleadas a lo ancho con el bronce resplandeciente y aún no traban el combate horroroso, sino que Marte vaga dudoso entre ambos frentes. El conjunto debe cuadrar con número igual de calles no sólo para que su contemplación sirva de vano

113. A saber, la tierra.

alimento al espíritu, sino porque de otro modo la tierra no dará igual fuerza a todas las plantas y las ramas no podrán extenderse en el espacio libre[114].

288 Quizá te preguntes también por la profundidad de los hoyos. Yo me atrevería a confiar una cepa incluso a una zanja superficial. Los árboles se plantan más hondos y se adhieren más a la tierra, en especial la encina, que cuanto tiende con la copa a las brisas del cielo, otro tanto con la raíz hacia el Tártaro[115]. Así que no la arrancan ni tempestades ni soplos de viento ni lluvias; permanece inmóvil y vence la sucesión de nietos y engulléndolas perdura a través de muchas generaciones de hombres. Mientras, va extendiendo a lo ancho a un lado y a otro sus ramas, sus brazos fuertes, y ella en el centro proyecta una sombra inmensa.

298 Que tus viñedos no estén orientados al sol poniente; no siembres avellanos entre las vides; no eches mano de los flagelos más altos ni desgajes esquejes de la copa del árbol (tan grande es su amor por la tierra). No dañes las plantas jóvenes con el cuchillo embotado; no plantes troncos de olivos silvestres[116]. Pues muchas veces cae una chispa de fuego por negligencia de los pastores, que al principio pasa desapercibida bajo la corteza grasienta, cobra fuerza, y, trepando a las hojas altas, levanta al cielo un gran fragor; luego el fuego sigue triunfante por las ramas, domina en la copa alta, envuelve con las llamas todo el bosque y bombea hasta el cielo nubes

114. Esta disposición cuadriculada se conocía en latín con el nombre de *quincunx*, y a ella hacen referencia los tratadistas latinos del campo: Varrón, Columela, Plinio el Viejo.

115. Parte del mundo subterráneo o infierno de los antiguos, que a veces por extensión designaba todo el lugar.

116. El original dice: «troncos silvestres de olivos».

negras de humo grasiento como la pez, en especial si desde lo alto se abate sobre las selvas una tempestad y el viento favorable multiplica el incendio. Cuando esto ocurre, las viñas se pierden de raíz y si se las corta no pueden levantarse ni reverdecer como antes de lo hondo de la tierra. El acebuche improductivo campea con sus hojas amargas.

No tengas a nadie por tan avisado e influyente que te 315
convenza para remover la tierra endurecida por el soplo del Bóreas[117]. El invierno contrae los campos con el hielo y cuando se ponen las cepas no deja que la raíz helada agarre en la tierra. La siembra de las vides es mejor cuando llega con la primavera bermeja el ave blanca[118], odiosa a las culebras alargadas, o en los primeros fríos del otoño, cuando el sol arrebatado no toca todavía al invierno con los caballos y ya se ha ido el verano.

La primavera es la que presta el follaje a los bosques, a 323
las selvas. En primavera se esponjan las tierras y reclaman las semillas de la reproducción. Entonces el Éter, padre omnipotente, desciende con sus lluvias fecundantes al regazo de su esposa fértil, y unida a su gran cuerpo su grandeza, nutre toda clase de frutos. Entonces resuenan las ramas inaccesibles con los pájaros cantores y los ganados vuelven en busca de Venus en sus días fijos. El campo nutricio está con preñez y los sembrados abren sus senos a las tibias brisas del céfiro; todo abunda en tierna humedad. Los gérmenes se atreven a confiarse con seguridad a los soles nuevos y el pámpano no teme

117. Viento del noroeste.
118. La cigüeña, que los antiguos tomaban como mensajera de la primavera.

que se levanten los austros ni que los grandes aquilones traigan la lluvia por el cielo, sino que echa las yemas y despliega todo su follaje. Yo creo que en los primeros orígenes de la creación del mundo no eran otros los días que brillaron ni de un tenor diferente. Aquello era la primavera, el gran orbe conservaba la primavera y los euros se ahorraban sus soplos invernales, cuando las primeras bestias bebieron la luz y la progenie terrenal de los hombres sacó la cabeza de los duros campos y se enviaron las fieras a las selvas y las estrellas al cielo. Y los tiernos seres no hubieran podido soportar esta fatiga, si no se sucediese un reposo tan grande entre el frío y el calor y la clemencia del cielo no acogiese a las tierras.

346 Por lo demás, cualquier retoño que quieras plantar en los campos, abónalo con estiércol concentrado y acuérdate de meterlo bien en la tierra. Incrústale piedra absorbente o conchas ásperas, pues las aguas se escurrirán por ellas y penetrará un hilillo de aire y las plantas cogerán fuerza. Y se ha visto gente que agobiaba las plantas con un peñasco o una losa grande y pesada. Ello sirve de defensa contra las lluvias desatadas y cuando la canícula asfixiante agrieta los campos sedientos.

354 Sembradas las plantas, resta aporcar las cepas una y otra vez y blandir los duros azadones, o trabajar el suelo metiéndole la reja, y dirigir los novillos recalcitrantes entre los mismos viñedos. Luego, preparar cañas lisas, listones de varas peladas, estacas de fresno y horcas resistentes para que se acostumbren a apoyarse en esos soportes, a desafiar los vientos y a trepar por las enramadas hasta lo alto de los olmos.

362 Y mientras se desarrollan sus frondas nuevas en la primera edad, hay que tener cuidado con su fragilidad; y mientras se alza en las brisas el sarmiento feliz, lanza-

do a rienda suelta por el aire libre, no se puede aún atentar contra la vid con el filo de la podadera; antes bien, se deben arrancar y entresacar las hojas retorciéndolas con las manos. Luego, cuando sobresalgan después de abrazar a los olmos con fuertes troncos, recórtales las hojas, poda sus brazos. Antes sienten horror del hierro; ejerce ahora por fin un duro poder y encauza las ramas desparramadas.

Se debe montar también una cerca y apartar toda 371
clase de ganado, en especial mientras la fronda es tierna y no prevé sus avatares. Aparte de los inviernos rigurosos y del sol opresivo juegan con ella continuamente los uros de la selva y los corzos perseverantes, y es pasto de ovejas y de novillas glotonas. Y no perjudican tanto a las vides los fríos cuajados de escarcha nevada ni el verano que se asienta pesadamente en los peñascales áridos como los rebaños y el veneno de su diente duro, y la cicatriz que se señala en el tronco mordido. No es por otro desaguisado por el que en todos los altares se sacrifica a Baco un macho cabrío, y juegos antiguos suben a la escena[119]. Por aldeas y encrucijadas los hijos de Teseo[120] propusieron premios para el talento, y entre sorbos saltaron dichosos en los prados blandos encima de odres engrasados. Y asimismo los campesinos ausonios[121], el pueblo que salió de Troya, se divierten con versos desaliñados[122] y burlas licenciosas;

119. Referencia al origen de la tragedia y la comedia: la primera deriva su nombre de *tragos*, «macho cabrío» en griego; la segunda procede realmente de *comos*, «carnaval», aunque Virgilio parece pensar en *come*, «aldea».

120. Es decir, los atenienses.

121. Los labradores de Italia, también llamada Ausonia.

122. Llamados «versos fesceninos». Debe tratarse de la fiesta denominada *Liberalia*, que tenía lugar el 17 de marzo.

se ponen máscaras horribles de corteza ahuecadas, y te invocan a ti, Baco, en canciones desenfadadas, y en tu honor cuelgan de lo alto del pino amuletos bamboleantes. Así, toda la vid madura con fruto generoso; se llenan los valles hundidos y las gargantas profundas, y todo lugar adonde el dios ha dirigido su venerable cabeza. De modo que entonaremos ritualmente con los himnos de nuestros padres el honor debido a Baco, y le traeremos fuentes y tortas de harina. El cabrito sagrado, traído por los cuernos, montará guardia junto al altar y torraremos sus vísceras grasientas en los asadores de avellano.

397 Hay también otro trabajo en el cuidado de las vides en el que nunca se ha insistido suficientemente, y es que cada año se debe levantar todo el suelo tres o cuatro veces, romper sin descanso los terrones con el mocho de la azada y podar de hojas toda la plantación. El trabajo de los agricultores se repite periódicamente, y el año gira sobre sí mismo volviendo sobre sus huellas. Y cuando la viña se ha despojado de las últimas frondas y el frío aquilón ha arrebatado el honor a las selvas, desde ese instante el campesino diligente extiende sus cuitas al año venidero y persigue con el diente corvo de Saturno[123] la vid que queda, repelándola y dándole forma con la podadera. Sé el primero en cavar la tierra, el primero en acarrear y quemar los sarmientos, el primero en llevar bajo techado las estacas; haz la recolección el último. Dos veces cae la sombra sobre las vides, dos veces recubren las hierbas a la plantación con densos zarzales: duro es uno y otro trabajo. Alaba las fincas grandes; cultiva la peque-

123. La podadera.

ña[124]. También se cortan en la selva los ásperos mimbres del espino y las cañas en las riberas de los ríos. El sauce silvestre requiere nuestro cuidado y ocupación. Ya están atadas las vides, ya se desentienden de la podadera las plantas, ya canta el viñador en la otra punta que ha terminado con las hileras. Mas con todo no puede dejar en paz la tierra y debe levantar polvo[125] y empezar a temer la lluvia para las uvas maduras.

Los olivos, en cambio, no requieren ningún cuidado; 420
ni esperan la hoz corva ni las azadas tenaces una vez que han agarrado en las vesanas y han sufrido las brisas. La misma tierra proporciona humedad a los árboles cuando se la abre con el diente corvo[126]; abierta con la reja, proporciona una buena cosecha. Por ello, cultiva el olivo aceitoso, agradable a la paz.

También los árboles frutales tan pronto como sienten 426
el vigor de sus troncos y poseen fuerzas propias se estiran rápidamente por su impulso hacia las estrellas y no precisan nuestro concurso. Del mismo modo se cargan de fruto entretanto los bosques y los escondrijos naturales de los pájaros enrojecen con bayas sangrientas. Se repelan los codesos[127]; la alta selva suministra teas que alimentan fuegos nocturnos y difunden sus luces. ¿Y dudan los hombres en sembrar y dispensar a la tierra sus cuidados?

¿Por qué tratar los más grandes? Los sauces y las hu- 434
mildes retamas proporcionan follaje al ganado o sombra a los pastores, una cerca para los sembrados y pastos

124. Adagio antiguo para indicar que las fincas grandes dan más trabajo que las pequeñas.
125. Se creía que el polvo favorecía la maduración de los racimos.
126. Posiblemente, el pico, especie de rastrillo de uno o dos dientes de hierro.
127. Entiéndase: por el ganado.

para la miel. Gusta también contemplar el Citoro[128] con el vaivén del boj, y los bosques sagrados de la pez naricia[129]; gusta ver campos no sujetos a las azadas ni a ninguna atención humana. Hasta las selvas estériles de la cima del Cáucaso, que los euros furiosos arrastran y zarandean incesantemente, dan cada una sus frutos. Dan madera útil: pinos para las embarcaciones, cedros y cipreses para las casas. De ahí[130] han pulimentado los agricultores radios para sus ruedas; de ahí han puesto ruedas macizas a las carretas y anchas quillas a los barcos. Los sauces son ricos en mimbres, los olmos en follaje; en cambio, el mirto y el cornejo de varetas resistentes son buenos para la guerra; los tejos se doblan en arcos de Itura[131]. Asimismo los tilos lisos o el boj que se raspa con el buril son moldeables y se dejan ahuecar con la punta del cuchillo. Asimismo el aliso ligero enviado por el Po flota sobre el agua arremolinada; asimismo las abejas esconden sus enjambres en las cortezas huecas y en el interior de una encina enferma[132]. ¿Qué cosa igualmente digna de recuerdo nos han reportado los dones de Baco? Baco ha dado incluso motivos para ser culpable. Él domeñó con la muerte a los centauros enfurecidos, Roeto, Folo e Hileo, que amenazaban a los lápitas con una cratera grande[133].

128. Montaña de Paflagonia.
129. O: «los bosques del (monte) Naricio (en la Lócride) (productor) de pez».
130. De selvas como ésas.
131. Región de Palestina donde había arqueros famosos. Por otra parte lanzas y flechas se fabricaban de mirto y cornejo.
132. Por lo cual se pudre el tronco, dejando una cavidad.
133. Baco vale por vino. En las bodas de Pirítoo e Hipodamía los centauros se emborracharon, entablándose una pelea con los otros invitados, los lápitas, que dieron muerte a varios de aquéllos, como especifica Virgilio.

¡Oh afortunados en demasía los agricultores, si conocieran sus bienes! Para ellos, lejos de la discordia de las armas, la misma tierra, más que justa, derrama por el suelo fácil alimento. Si no tienen una alta mansión de puertas soberbias que vomita por todos los rincones una marca ingente de salutadores matinales[134], ni se quedan boquiabiertos ante las jambas variadas de hermoso carey[135] o los vestidos con filigranas de oro y los bronces de Efira[136], ni tiñen la lana blanca con veneno asirio[137] ni usan el aceite transparente desvirtuándolo con la canela, no les falta, en cambio, una paz despreocupada y una vida que no sabe de engaños, rica en recursos variados; no les falta el ocio en sus amplios territorios, las cuevas y los lagos naturales; los valles frescos y el mugido de las vacas, y los sueños blandos bajo un árbol. Allí están los sotos y las huras de las fieras, y una juventud sufridora del trabajo y acostumbrada a las estrecheces; sacrificios a los dioses y respeto por los padres. Al marchar de las tierras, entre ellos dejó la justicia sus últimas huellas.

En cuanto a mí, lo primero y antes que nada, que las dulces Musas, cuya religión practico, víctima de su gran amor[138], me den acogida y me señalen los caminos del cielo y las estrellas, los diferentes eclipses del sol y las fatigas de la luna[139]; de dónde proviene el temblor

134. En las primeras horas de la mañana los clientes y patrocinados venían a saludar a sus señores en sus casas.
135. Con incrustaciones de carey.
136. Corinto.
137. Púrpura fenicia, propiamente hablando.
138. El poeta, como Horacio, se considera «sacerdote de las Musas».
139. Sin duda, los eclipses también. Virgilio apunta aquí a la poesía cosmológica que tantos representantes tuvo en Grecia, y de la que tenía el gran modelo latino de Lucrecio.

de tierra, cuál es la fuerza que hincha los mares profundos cuando rompen sus barreras y por qué descansan de nuevo sobre sí mismos[140]; por qué los soles del invierno se apresuran tanto a bañarse en el Océano, o qué demora alarga las noches lentas. Mas si la sangre fría que circula por mi corazón[141] me impide acceder a esta parte de la naturaleza, hagan mi delicia los campos y los ríos que riegan los valles; pueda yo amar sin gloria las aguas y las selvas. Ah, ¿dónde están las llanuras y el Esperquío[142], y el Taígeto celebrado con bacanales por las vírgenes lacedemonias? Ah, ¿quién podría trasladarme a los valles helados del Hemo y protegerme con la sombra formidable de sus enramadas? ¡Afortunado el que ha podido conocer las causas de los fenómenos y ha aherrojado a sus pies todos los temores, el destino inexorable y el estrépito del Aqueronte codicioso![143]. ¡Dichoso también aquel que conoce a los dioses del campo, Pan y el viejo Sileno y las ninfas, sus hermanas! A él no le conmueven las fasces populares[144] ni la púrpura de los reyes o la discordia que arrastra a los hermanos desleales[145] ni el daco que desciende por el Danubio alzado en conspiración, ni los asuntos de Roma, ni los reinos llamados a perecer. Éste no sufre con la compasión por el pobre ni con la envidia del que tiene.

140. No se trata de la marea, sino de perturbaciones más graves e insólitas; maremotos, tal vez.
141. Empédocles de Agrigento, entre otros, situaba el alma y la inspiración en la sangre que pasa por el corazón.
142. Río de Tesalia. El Taígeto es una cadena montañosa de la Arcadia. El Hermo es un monte de los Balcanes.
143. La referencia puede ser a Lucrecio o Pitágoras.
144. El poder que confiere el pueblo.
145. Posiblemente se refiere a las guerras civiles. Los dacos se pusieron de parte de Antonio contra Augusto.

Echa mano de los frutos que las ramas o los propios campos le ofrecen benévola y voluntariamente, y no conoce las leyes de hierro, la locura del foro ni los archivos públicos.

Otros provocan con remos los mares ciegos y se aba- 503
lanzan a las espadas; se meten en los umbrales y las cortes de los reyes. Éste lleva a la perdición a una ciudad y a sus desgraciados penates, con tal de beber en rubíes y dormir en púrpura de Sarra[146]; otro esconde riquezas y duerme sobre el oro que ha enterrado. Éste se queda estupefacto en los *Rostra;* a aquél, boquiabierto, le sobrecogió el aplauso de los bancos, el doble aplauso de la plebe y de los padres[147]. Disfrutan manchándose con la sangre de los hermanos y cambian con el destierro sus casas y dulces umbrales, y buscan una patria ubicada bajo otro sol. El labrador separa la tierra con el arado corvo: de ahí le viene el trabajo del año, de ahí sustenta a su patria y a sus nietos, de ahí, sus manadas de bueyes y los novillos que le rinden. No hay descanso en tanto que el año no sobreabunda en frutos o crías del ganado o manojos de trigo, y la cosecha sobrecarga los surcos y excede a los graneros. Ha llegado el invierno: la baya sicionia[148] es triturada en las prensas; los cerdos regresan satisfechos de bellotas; las selvas dan madroños. El otoño deja caer sus productos variados, y en lo alto, entre peñascos soleados, la vid madura suavemente. Entretanto sus dulces hijos se cuelgan

146. Antiguo nombre de Tiro, productora de púrpura. Los *Rostra* eran el lugar donde se ejercitaba la oratoria.
147. Los políticos con éxito recibían en los teatros el cálido aplauso del pueblo y de la gente importante («padres»).
148. La aceituna, por cuanto Sicíone, ciudad de Acaya, era rica en olivares.

de él para besarle, su casa honrada guarda el pudor; las vacas llevan colgando sus ubres con la leche y en la hierba lozana los cabritos cebados pelean entre ellos enfrentando los cuernos. Él, por su parte, celebra los días de fiesta y, tumbado en la hierba donde está el fuego en medio y los compañeros ponen la corona a la cratera, te invoca a ti, Leneo[149], con sus libaciones, y reta a los caporales del ganado a tirar con el dardo veloz a un olmo y les hace desnudar sus cuerpos endurecidos para la competición agreste.

532 Esta vida llevaron antaño los viejos sabinos, esta vida Remo y su hermano. Así creció la esforzada Etruria, y Roma, desde luego, se convirtió en lo más hermoso que existe y para ser una rodeó con un muro sus siete colinas. También antes que el rey dicteo[150] llevase el cetro y antes de que una raza impía se diese un banquete con los novillos muertos[151], el áureo Saturno hacía esta vida en la tierra. No habían oído aún soplar en las trompetas ni chisporrotear aún las espadas puestas sobre los duros yunques.

541 Pero hemos recorrido una distancia inmensa y ya es hora de quitar el yugo del cuello humeante de los caballos.

149. Véase nota 70.

150. Júpiter, nacido en Dicte (Creta), quien sustituyó como dios supremo a Saturno, su padre.

151. La generación de bronce, la primera que mató y comió los novillos de labranza. «Áureo», en cuanto que era la edad de oro.

LIBRO III

A ti también, gran Pales, y a ti, famoso pastor del Anfriso, os cantaremos, y a vosotros, selvas y ríos del Liceo[152]. Todos los demás temas, cuyo canto habría podido ocupar a las mentes ociosas, están ya trillados. ¿Quién no sabe del duro Euristeo[153] o de los altares del maldito Busiris?[154]. ¿Quién no ha hablado del joven Hilas y de la Delos de Letona, Hipodamía y Pélope[155], famoso por su hombro de marfil y hábil con los caballos? Debo tantear el camino por el que pueda yo también alzarme del suelo y revolotear victorioso en boca de los hombres.

Yo seré el primero, si vivo lo suficiente, en traer conmigo las musas a la patria, de vuelta del monte ao-

152. Sobre Pales, véase *Bucólicas*, nota 25. El pastor del Anfriso es Apolo, dios de los pastores. Sobre el Liceo, véase *Bucólicas*, nota 78.
153. Rey de Argos, impuso los doce trabajos a Hércules.
154. Rey de Egipto que inmolaba los extranjeros a Júpiter.
155. Enomao, rey de Pisa en la Élide, prometió su hija Hipodamía como premio para el vencedor en la carrera de caballos, que ganó Pélope. Sobre Hilas, véase *Bucólicas*, nota 36.

nio[156]. Seré el primero en llevarte, Mantua, las palmas idumeas[157], y en tu campo verde levantaré un templo de mármol junto al agua, donde el gran Mincio vagabundea con lentos meandros y festona las riberas con caña tierna. En el centro estará César, que presidirá el templo. En su honor, victorioso yo y adornado con la púrpura tiria, haré correr cien cuadrigas al borde de la corriente. Toda Grecia, abandonando el Alfeo y los bosques sagrados de Molorco[158], la pondré a competir en carreras y en el cesto sanguinario. Yo mismo repartiré los premios, adornando mi cabeza con las hojas de una rama de olivo. Ya ahora me produce placer guiar solemnes procesiones a los santuarios y ver los novillos sacrificados, o ver, por ejemplo, cómo la escena desaparece, mientras giran los frentes, y cómo los britanos levantan los telones de púrpura en los que están bordados[159]. En las hojas de la puerta representaré en oro y marfil macizo la batalla de los gangáridas y las armas del victorioso Quirino[160]; en otra parte, el Nilo con su marejada de guerras y su gran corriente, y las columnas

156. El Helicón, en Beocia (antigua Aonia), de donde era Hesíodo, al que Virgilio quiere imitar.

157. Idumea, país de Palestina, famoso por sus palmeras.

158. El río Alfeo en la Élide simboliza los Juegos Olímpicos. Molorco era pastor de Nemea, donde tenían lugar otros juegos famosos. «Cesto» vale por boxeo.

159. Particularidades del teatro antiguo: 1.ª) Una tela pintada en el fondo se abría como una cortina y quitaba de la vista su decoración. 2.ª) A ambos lados del escenario se instalaban prismas triangulares *(periactos)* que al girar ofrecían tres escenas sucesivas diferentes *(frontes,* en latín). 3.ª) Al terminar la representación el telón subía, en vez de caer; como estaba pintado o bordado con figuras, parecía que éstas lo levantaban.

160. Augusto.

erigidas con el bronce de las naves[161]. Añadiré las ciudades vencidas del Asia, el Nifates[162] derrotado, el parto que confía en la huida y en tirar flechas de espaldas, los dos trofeos arrebatados por la mano a enemigos distantes y las naciones de una y otra costa sobre las que se triunfó dos veces. Se levantarán también los mármoles de Paros, estatuas que respiran: la descendencia de Asáraco y los grandes nombres del pueblo proveniente de Júpiter, el padre Tros[163] y el Cintio[164], fundador de Troya. El odio miserable sentirá pavor ante las Furias y las aguas siniestras del Cocito, las serpientes retorcidas de Ixión, la rueda descomunal y la piedra invencible[165].

Entretanto iremos tras los bosques y breñas no ho- 40
lladas de las Dríades[166], encargo tuyo nada cómodo, Mecenas. Sin ti mi mente no emprende nada profundo. ¡Ea, venga, déjate de tardanzas indolentes! Nos llama con ingente griterío el Citerón y los perros del Taígeto y Epidauro[167], domadora de caballos, y su voz retumba

161. Tras la victoria de Actio (31 a.C.) se fundieron las quillas de bronce de las naves enemigas y se erigieron en el Capitolio cuatro columnas que subsistían todavía en el siglo IV.
162. Parte del monte Tauro en Armenia.
163. Genealogía troyana de donde procede Augusto: Júpiter, Dárdano, Erictonio, Tros, Asáraco, Capis, Anquises, Eneas. El «Cintio» es Apolo, por cuanto venerado en el monte Cinto de Delos.
164. Véase *Bucólicas*, nota 32.
165. El Cocito es el río del Infierno. Ixión era un gigante atado a una rueda con serpientes. El de la «piedra invencible» es Sísifo, condenado a subir una piedra hasta la cima de un monte, de donde volvía a caer.
166. Véase *Bucólicas*, nota 26.
167. El Citerón es una cadena montañosa entre el Ática y Beocia, abundante en animales salvajes. El Taígeto es un monte de Lacedemonia, cuyos perros (llamados «espartanos») eran buenos para cazar. Epidauro, en la Argólida, criaba famosos caballos.

duplicada con el asentimiento de los bosques. Más adelante, empero, me pondré a cantar las batallas ardientes de César y a relatar su nombre en la fama a lo largo de todos los años que median entre César y Titono[168], su ancestro remoto.

49 Bien sea que uno críe caballos, lleno de arrobo por los premios de la palma olímpica[169], o novillos robustos para el arado, debe seleccionar cuidadosamente los ejemplares de madre. La mejor estampa es la de la vaca malencarada, de cabeza fea, cuello gordo, y con una papada que le cuelga de la barba a las manos. Además, el flanco es largo y desmesurado, tiene todo grande, incluso las pezuñas, y orejas llenas de pelo bajo cuernos retorcidos hacia dentro. Tampoco me desagradaría la que se distingue por sus manchas blancas, se sacude el yugo, embiste a veces con los cuernos y tiene una pinta más parecida a la del toro; posee una gran alzada y al andar barre sus huellas con la punta de la cola.

60 La edad de tolerar a Lucina y los himeneos reglamentarios[170] cesa antes de los diez años, comienza a partir de los cuatro. Antes y después no vale para parir ni es fuerte para el arado. Entretanto, mientras los rebaños derrochan juventud lozana, suelta los machos, sé el primero en enviar a Venus a las reses y en asegurarte la descendencia criando unas de otras. Los mejores días de la vida escapan los primeros a los desgraciados mortales. Sobrevienen las enfermedades, la amarga vejez, las penalidades y, sin piedad, nos arrebata la muerte inflexible. Siempre habrá ejemplares que preferirías

168. Esposo de la Aurora.
169. Es decir, caballos de carrera que puedan vencer en las Olimpiadas.
170. «Himeneo» vale como amor o cópula sexual. Lucina es la diosa de los alumbramientos.

cambiar; renuévalos, pues, continuamente y para no echarlos en falta cuando los hayas perdido anticípate y selecciona cada año sementales para la manada.

La misma selección conviene también para el ganado equino. Únicamente, en aquellos que decidas reservar para la conservación de la especie, ya desde jóvenes debes empeñarte con singular esfuerzo. Desde el primer momento, el potro de buena casta camina más erguido por los campos y baja las manos elegantemente. Es el primero que se atreve a emprender la marcha, desafiar los ríos amenazadores, aventurarse a un puente desconocido. No se espanta de los ruidos vanos. Posee una cerviz altiva, cabeza fina, breve el vientre y el lomo grueso, y el pecho animoso hace gala de sus músculos. Son buenos los bayos y los grises; el peor color es el blanco y el castaño oscuro. Además, si acaso resuenan armas a lo lejos, no sabe parar en un sitio, agita las orejas, le tiembla el cuerpo y relincha echando el fuego almacenado por las narices. La crin es espesa y cuando la sacude recae sobre el flanco derecho. El espinazo se hunde entre dos surcos a lo largo del lomo; la pezuña cava la tierra y resuena sordamente con su cuerno compacto. Tal era Cílaro, domado por las riendas de Pólux de Amiclas[171], y los que mencionan los poetas griegos, los caballos de la biga de Marte y los del carro del gran Aquiles[172]. Tal es también el mismo Saturno cuando a toda velocidad suelta la crin sobre su cerviz de caballo a la llegada de su esposa, llenando al huir de agudos relinchos el alto Pelión[173]. 72

171. En cuanto Pólux era hijo de Tíndaro, rey de Amiclas, en Laconia.
172. Eran Janto y Balio, citados en la *Ilíada* de Homero.
173. Saturno tuvo amores con Filira en el monte Pelión, de Tesalia, y se transformó en caballo cuando llegó su esposa Rea.

95 Incluso un caballo como éste, cuando flaquea agobiado por la enfermedad o ya demasiado flojo por los años, escóndelo en casa y no perdones la torpeza de su vejez. Viejo como es resulta frío con Venus y en vano prolonga el esfuerzo estéril, y si alguna vez llega al combate, igual que un gran fuego sin fuerzas en medio del rastrojo, se excita inútilmente. De modo que anotarás cuidadosamente sus ánimos y su edad; después, sus restantes cualidades, la ascendencia de sus padres, y el dolor en la derrota y el orgullo en la victoria que cada uno siente. ¿No ves cuando los carros en competición desenfrenada cogen el llano y se lanzan desparramados de la barrera, cuando los jóvenes se hallan tensos por la esperanza y el miedo agita y encoge sus corazones palpitantes? Ellos insisten haciendo restallar el látigo y aflojan las riendas echados adelante; la rueda vuela recalentada por la velocidad. Ora parecen ir pegados a tierra, ora subir a lo alto por el aire libre y alzarse con el viento. No hay tardanza ni descanso: una nube de arena amarillenta se levanta, se humedecen con la espuma y el resoplido de los que les siguen. ¡Tan grande es el deseo de gloria, tanto les preocupa la victoria!

113 Erictonio fue el primero que se atrevió a unir cuatro caballos a un carro y alzarse vencedor por velocidad sobre sus ruedas. Los lápitas peletronios, montados sobre el lomo, les pusieron frenos y obligaron a caracolear; también obligaron al caballero en armas a trotar y a correr a galope tendido. Tanto trabajo da uno como otro[174]; con igual interés buscan los caporales el caballo joven, de ánimo ardiente y con coraje en la carrera, por

174. Esto es: el caballo de carga, del que se ha tratado al comienzo, y el de carrera, del que se está hablando ahora.

más que aquél[175] haya puesto en fuga muchas veces a los enemigos y se jacte de tener por patria al Epiro o a la valerosa Micenas[176], y su ascendencia entronque con el origen mismo de Neptuno[177].

Después de atender a estos detalles, no cesan cuando 123
llega el momento y se toman toda clase de cuidados para que engorde con carnes prietas el que eligieron como guía y semental de la cuadra. Siegan para él hierbas en flor y le suministran agua de los ríos y piensos cereales, para que pueda soportar su blanda misión y los hijos no recuerden con su debilidad los ayunos de los padres. Al restante ganado[178], en cambio, lo dejan enflaquecer a propósito y, cuando el placer conocido reclama ya las primeras uniones, le niegan el pasto y lo apartan de las fuentes. También con frecuencia lo hacen correr y lo agotan bajo el sol, cuando la era gime con las mieses duramente machacadas y se asentan las pajas ligeras al soplo del céfiro. Hacen esto para que el uso del campo genital no se embote con la exuberancia excesiva ni bloquee los cursos, esterilizándolos, sino que por el contrario la hembra coja sedienta a Venus y la introduzca bien dentro.

A su vez, empieza a perderse la atención por los pa- 138
dres y le sucede la de las madres. Cuando van por ahí durante los meses de gestación[179] nadie debe permitir

175. Posiblemente, el de carga, pero el sentido de este párrafo no resulta satisfactorio.
176. Zonas de cría caballar.
177. Véase nota 8.
178. Que, como se verá más adelante, son las hembras.
179. El original *exactis mensibus* significaría a primera vista «con los meses cumplidos», lo cual no parece demasiado lógico en este contexto. Por ello me permito entender no «pasados los meses», sino «conforme van pasando los meses».

que tiren del yugo de carretas pesadas ni que salven un sendero de un brinco ni que retocen por los prados con frenética huida ni que se bañen en ríos que puedan arrastrarlas. Las llevan a pacer en las florestas despejadas, y junto a ríos remansados donde hay musgo, riberas que verdean con la hierba, cavernas que las protegen, y sombra que proyectan las cornisas.

146 Por los bosques sagrados del Sílaro y el Alburno[180], que verdea de encinas, hay un insecto muy común, cuyo nombre latino es *asilo* y que los griegos tradujeron con el término «oestro»[181], molesto, de zumbido desagradable, ante el que huyen despavoridos por las selvas todos los ganados. El cielo se hace eco de los mugidos enloquecedores, las selvas y la ribera del seco Tanagro[182]. Con este monstruo ejercitó antaño su horrible cólera Juno al maquinar la perdición de la novilla de Ínaco[183]. También éste (pues ataca con más rabia en mitad de los calores) debes apartarlo de las hembras preñadas. Apacentarás el ganado nada más salir el sol o cuando los astros traen la noche.

157 Después del parto toda la atención se traslada a los becerros. Inmediatamente les graban a fuego las marcas y los nombres de su casta, distinguiendo los que deseen dejar para la cría del ganado o reservar consagrados a los altares, o para que hiendan la tierra y remuevan el campo erizado de terrones polvorientos.

162 Las demás reses pacen en los pastos verdes: las que acondiciones para dedicarlas a las labores del campo,

180. El río Sílaro discurre entre la Campania y la Lucania. El Alburno es una montaña de esta última región.

181. Se trata del tábano.

182. Afluente del Sílaro.

183. Ío, hija de Ínaco, transformada en vaca por Juno y azotada por el tábano.

adáptalas desde novillas y persevera en el camino de la doma, mientras sus ánimos juveniles son dóciles y su edad es moldeable. Y primero átales al cuello dogales flojos de mimbre delgado; luego, cuando hayan habituado su cuello libre a la servidumbre, unce por parejas con collares propiamente dichos a los novillos adaptados y oblígalos a llevar el mismo paso. Luego, una y otra vez deben arrastrar por tierra carros vacíos que señalen sus huellas sólo en el polvo. Más adelante el eje de haya brillante gemirá bajo un peso considerable y el timón de bronce arrastrará los círculos estañados. De momento, arrancarás para los jóvenes aún no domados no sólo forraje, hojas raquíticas de los sauces o la ova de las charcas, sino cereales sembrados exprofeso. Las vacas paridas no han de llenarte como hacían nuestros padres los cubos nevados del ordeño, antes bien, consumirán sus ubres enteras en los dulces hijos.

Pero si es más tu afición por las guerras y los escua- 179
drones gallardos, por deslizarte con ruedas junto al río Alfeo de Pisa[184] o llevar volando los carros en el bosque sagrado de Júpiter, la primera tarea del caballo es ver el coraje y las armas de los batalladores, aguantar el toque de trompeta, tolerar el chirrido de una rueda en movimiento y escuchar en el establo los frenos tintineantes; luego, ir gozando progresivamente de las loas acariciadoras de su amo y tomar gusto al chasquido del golpecito en el cuello. Y esto debe afrontarlo nada más ser separado de la ubre de la madre y entregar su cabeza a los tirones alternativos de los cabestros suaves, mientras no tiene fuerzas y tiembla, mientras ignora lo que es la vida. Pero cuando cumplidos los tres años llegue

184. Véase *Bucólicas*, nota 73.

el cuarto verano, inmediatamente debe comenzar a afianzarse en las vueltas y a hacer resonar sus pasos estudiados; debe curvar alternativamente sus manos, y adoptar la figura del que se esfuerza. Luego ha de competir con las brisas en la carrera; volando por las llanuras abiertas como libre de riendas apenas si dejará las huellas en la superficie de la arena. Igual que cuando el aquilón se abate recio desde las riberas de los hiperbóreos[185] y dispersa los temporales de Escitia y las nubes bochornosas. Entonces los trigales altos, las llanuras, se mecen y encrespan con los soplos suaves; las selvas forman un murmullo en la cima y las olas alargadas se apresuran hacia la costa. El viento vuela barriendo en su huida los campos y los mares al mismo tiempo. Este caballo llegará sudando a las metas eleas[186], a través del espacio inmenso de la llanura y echará espuma ensangrentada por la boca, o más bien tirará de los carruajes belgas[187] con su dúctil cuello. Sólo entonces, cuando están domados, permite que sus corpachones engorden con piensos de grano grueso, pues antes de la doma tomarán muchos humos y si los coges se negarán a aguantar el látigo correoso y a obedecer a los duros frenos dentados.

209 Pero ninguna industria reafirma más sus fuerzas como apartarlos de Venus y de los aguijones del amor ciego, tanto si se dedica uno a criar bueyes como si prefiere criar caballos. Por ello se llevan a los toros lejos, a pastar solitarios, detrás de un monte interpuesto, al otro lado de un río ancho; o bien los mantienen ence-

185. Mítico país del norte. Sobre Escitia, véase *Bucólicas*, nota 3.
186. En la Élide, Grecia, tenían lugar las Olimpiadas.
187. Especie de tartanas con dos ruedas.

rrados dentro junto a los pesebres repletos. Pues la hembra les mina las fuerzas poco a poco y los abrasa con su presencia, y con sus dulces arrumacos no les deja en modo alguno acordarse de bosques ni de pastos, y muchas veces obliga a sus gallardos cortejantes a pelearse a cornadas. Pace en el gran Sila[188] una novilla hermosa. Los toros entablan el combate con mucha energía; las heridas menudean en uno y otro; la sangre negra baña sus cuerpos, hacen fuerza y aprietan enfrentando los cuernos con enormes bramidos. Repiten el eco los bosques y el largo Olimpo[189]. No es costumbre de los que se pelean compartir el mismo establo, sino que uno, el vencido, se marcha lejos y vive desterrado en parajes desconocidos, lamentando de continuo su ignominia y los golpes del engreído vencedor, así como los amores que perdió sin vengarse; dirigiendo su mirada al establo ha partido del reino de sus antepasados. De modo que ensaya sus fuerzas con todo cuidado; se tumba ligeramente en una yacija pelada entre las duras breñas, alimentándose de hojas espinosas y carrizos pinchosos. Se pone a prueba y aprende a atacar con los cuernos cargando contra el tronco de un árbol; bate los vientos a golpes y preludia el combate esparciendo arena. Después, cuando ha cobrado vigor y recuperado las fuerzas, levanta el campamento y se dirige precipitadamente contra el enemigo que se había olvidado de él. Como cuando una ola comienza a blanquear en medio del mar, arrastra su curva a lo largo desde lo profundo y rodando hasta la tierra retumba vastamente en los escollos y se abate tan alta como el ta-

188. Montaña de los Abruzzos.
189. El cielo.

lud mismo; mientras, abajo, el agua hierve en remolinos y arroja a lo alto arena negra.

242 Hasta tal extremo toda especie de la tierra, humana y animal, toda especie marina, los ganados y los pintados pajarillos, se despeñan en el fuego de la pasión: el amor es igual para todos. No es otra la época en que la leona, olvidándose de sus cachorros, vaga más rabiosa por los campos; ni los feos osos producen tantas muertes y estragos por doquier en las selvas. Entonces es cruel el jabalí, la tigre es entonces malísima. ¡Ay, mal se camina entonces por los campos desérticos de Libia! ¿No ves cómo el temblor recorre el cuerpo entero de los caballos sólo con que la brisa les haya traído el olor conocido? Entonces no los retiene el freno ni el látigo cruel de sus amos, ni las peñas ni las cañadas hundidas, ni los ríos que se interponen y socavan montañas que arrastran en sus aguas. Hasta el verraco sabino se desmanda, aguza los dientes, excava la tierra con la pata, frota las costillas en un árbol y por uno y otro lado endurece sus lomos para las heridas. ¿Qué decir del joven en cuyos huesos el duro amor promueve un gran fuego? Con seguridad, nada a deshora en la noche ciega por estrechos que turban las tempestades desencadenadas; por encima de él truena la gran puerta del cielo y las aguas que baten los escollos lo llaman. Y no pueden hacerle volver sus desgraciados padres ni la muchacha que morirá después de cruel muerte[190]. ¿Qué decir de los linces moteados de Baco y de la raza violenta de los lobos y de los perros? ¿Qué decir de las peleas que tienen los ciervos nada belicosos?

190. Alusión a la fábula de Leandro y Heró. Él atravesó el estrecho del Helesponto, pero sucumbió al llegar a la costa; ella, que le aguardaba, murió a continuación.

Pero es que el furor de las yeguas es más significativo 266
que el de los demás. La propia Venus les dio su frenesí por la época en que los cuatro corceles de Potnias devoraron con sus mandíbulas los miembros de Glauco[191]. El amor las guía al otro lado del Gárgaro y del Ascanio[192] resonante; franquean las montañas y pasan a nado los ríos. Tan pronto como la llama se mete en sus médulas ansiosas (más en primavera, porque el calor retorna a los huesos), todas ellas se plantan en las altas breñas con la cara vuelta al céfiro y reciben las brisas ligeras, y muchas veces, sin coito alguno, preñadas por el viento (causa maravilla decirlo), escapan huyendo entre peñas, picachos y valles encajonados, no hacia tu nacimiento, euro, ni hacia el nacimiento del sol, sino hacia el bóreas y el coro[193] o hacia donde nace el austro tan sombrío, que oscurece el cielo con la lluvia fría. En tal ocasión, justamente, mana de sus ingles un líquido viscoso, que los pastores llaman con nombre apropiado hipómanes. Muchas veces lo recogen las madrastras perversas, lo mezclan con hierbas y añaden fórmulas mágicas.

Pero entretanto huye el tiempo, huye sin retorno, 284
mientras recorremos cada detalle, cautivados por nuestra querencia.

Con esto es suficiente para el ganado mayor. Nos 286
queda dedicarnos a la otra mitad: la brega de los rebaños lanudos y de las cabras greñudas. Esto es laborioso;

191. Glauco, hijo de Sísifo, poseía potrancas de Potnias (ciudad de Beocia) que comieron a su dueño al verse privadas del amor.
192. Río de Asia Menor. El Gárgaro es una cima del monte Ida en aquella región.
193. Viento del noroeste. Esta fábula de las yeguas tiene su origen en Aristóteles.

esperad sacar gloria de aquí, valerosos campesinos. Y no siento duda alguna respecto a lo difícil que es dominar este asunto con palabras, y añadir este honor a un tema minúsculo. Pero es que el dulce amor me arrastra por los picos desérticos del Parnaso[194]. Me gusta ir por las cimas donde ningún predecesor dejó el sendero que lleva en suave pendiente a Castalia[195]. Ahora, venerable Pales[196], ahora hay que dejarse oír con gran voz.

295 Para empezar, aconsejo que las ovejas mordisqueen la hierba en los rediles acondicionados en tanto que vuelve el verano rico en follaje; que se eche en el suelo duro una cama de paja y manojos de helechos, para que el hielo y el frío no perjudiquen al ganado blando ni le produzcan roña o la horrible gota. Pasando de aquí, ordeno que se sirvan a las cabras madroños con sus hojas y se les suministre agua corriente y fresca; que se orienten los rediles al mediodía, de espalda a los vientos y cara al sol del invierno, cuando ya se pone el frío Acuario y cubre de rocío el fin de año[197].

306 Estas cabras también debemos atenderlas nosotros con cuidado nada liviano. Y no será menor su utilidad aunque se truequen a alto precio los vellones de Mileto[198] teñidos al fuego con la púrpura tiria. Su descendencia es más numerosa, la cantidad de su leche es grande. Cuanto más rebosen de espuma los cubos al escurrir las ubres, tantos más ríos alegres correrán de

194. Véase *Bucólicas*, nota 33.
195. La fuente Castalia, que inspiraba a los poetas, se encontraba al NE de Delfos, cerca del Parnaso.
196. Véase *Bucólicas*, nota 25.
197. Acuario se pone en febrero; el antiguo año romano empezaba en marzo.
198. Ciudad de Asia Menor.

sus pezones apretados. Entretanto, no pelan menos las barbas y barbillas canosas del macho de Cínipe[199] y sus cerdas enmarañadas, para utilidad de los cuarteles e indumentaria de los pobres marineros. Por cierto que pacen en las selvas y cimas del Liceo[200] entre zarzales espinosos y malezas que suelen darse en zonas escarpadas. Ellas solas regresan bajo el techo que no olvidan, llevando a sus crías, y les cuesta franquear el umbral con la ubre hinchada. Por lo tanto, cuanto menos necesitan ellas el cuidado de los hombres, con mayor interés debes apartarlas del hielo y borrascas de nieve; has de traerles abundante alimento, pastos y varetas, y no debes cerrarles el henil en todo el invierno.

Mas cuando el verano alegre, a la llamada de los cé- 322
firos, envíe uno y otro rebaño a los riscos y a los pastos, pateemos los campos frescos con la luz de la estrella del alba, mientras amanece el día, los ribazos blanquean y el rocío, tan grato al ganado, está en la hierba tierna. Luego, cuando la hora cuarta del día haga ganas de beber y las chicharras quejumbrosas revienten con su cantinela los matorrales, ordenaré que los rebaños beban el agua que corre por canales de madera de encina junto a pozos y albercas. Pero con el calor del mediodía debes buscar un valle sombreado, donde la gran encina de Júpiter, de viejo tronco, extienda sus ramas enormes, o donde se recorte un bosque de sagrada sombra, oscurecido por abundantes quejigos. A continuación, debes darles otra vez un poco de agua y apacentarlos de nuevo a la puesta del sol, cuando el fresco del lucero suaviza la atmósfera, la luna refresca con su rocío las

199. Río de Libia, en cuyas riberas pacían buenas cabras.
200. Véase *Bucólicas*, nota 78.

cañadas, y las riberas resuenan con el alción, las zarzas con el jilguero.

339 ¿Para qué voy a seguir contándote en mis versos sobre los pastores de Libia, sus pastizales y sus alduares, donde habitan en tiendas aisladas? Frecuentemente los rebaños pacen día y noche y un mes entero sin interrupción, y recorren desiertos distantes sin ningún emplazamiento fijo: tan grande es la llanura que se extiende. El ganadero africano lleva todo consigo, su techo, su hogar, las armas, el perro de Amiclas[201] y la aljaba cretense. Igual que cuando el aguerrido romano con las armas de su patria emprende el camino bajo la pesada mochila y antes de que el enemigo lo espere levanta el campamento y forma filas.

349 No, en cambio[202], en donde las tribus escíticas, las aguas meóticas[203] y el Danubio turbio, que arrastra arenas amarillentas. Ni en donde el Ródope[204] se alarga hacia la mitad del polo y regresa. Por aquí mantienen a los ganados encerrados en los establos y no se ve hierba alguna en el campo ni follaje en los árboles. Por el contrario, se extiende una tierra desfigurada por montones de nieve y capas de hielo que alcanza siete codos. Siempre es invierno; siempre están los coros[205] soplando con fríos; el sol no disipa nunca las sombras que hacen palidecer, ni cuando sube montado en sus caballos

201. Se trata de los reputados perros espartanos.
202. Esto es: las costumbres que se describen a continuación son bien diferentes a las africanas.
203. O «laguna meótica» en Escitia (véase *Bucólicas,* nota 3) designa el mar de Azov.
204. Esta cadena montañosa de Tracia se alarga de sur a norte («mitad del polo»); luego desciende hacia el mar («regresa»).
205. Véase nota 193.

al alto firmamento, ni cuando se precipita su carro y lo lava en el agua roja del Océano. En la corriente de los ríos se cuajan costras de repente y el agua ya soporta en su superficie las ruedas con aros de hierro, anfitriona como era antes de los barcos, ahora de las carretas espaciosas. El bronce revienta por doquier, las ropas se quedan rígidas puestas, el vino, líquido como es, se corta con el hacha; lagunas enteras se convierten en hielo compacto y los carámbanos se erizan y endurecen en las barbas desgreñadas. Entretanto, no deja de nevar por todo el cielo; perecen los ganados; los bueyes con su corpulencia se quedan inmóviles, rodeados de heladas, y en manadas apiñadas los ciervos se quedan alelados bajo la masa incesante de la que apenas sobresale la punta de los cuernos. No hay que soltar perros para cazarlos ni ponerles redes, ni asustarlos con el espantajo de plumas rojizas[206], sino que cuando empujan en vano con el pecho la montaña que los obstaculiza los degüellan espada en mano, los abaten mientras braman desesperadamente, y se los traen con grandes gritos de alegría. Los habitantes viven despreocupadamente inactivos en cuevas excavadas bien hondo en la tierra, haciendo rodar hasta el hogar y echando al fuego los robles que han almacenado, y olmos enteros. Aquí pasan la noche[207] jugando, y beben entusiasmados un licor de cebada y serbas agrias fermentadas que hace las veces del vino. Así es la vida de esta raza desenfrenada de hombres, situada en el Septentrión hiperbóreo[208],

206. Una cuerda con plumas rojas servía para encauzar a los ciervos hacia la trampa.
207. La noche polar.
208. Los hiperbóreos, pueblo fabuloso; se creía que vivían en el norte. De ahí que, invirtiendo los términos, se llame al norte «hiperbóreo».

que se halla azotada por el viento euro del Rifeo[209], y cubre sus cuerpos con pieles amarillentas de animales.

384 Si quieres ocuparte de la producción de lana, aleja en primer lugar los matojos ásperos, los lampazos y cizañas; rehúye los pastos lozanos y elige de inmediato los rebaños de lanas blancas y blandas. El carnero, por muy blanco que sea, sólo con que tenga la lengua negra bajo el paladar húmedo, recházalo, no sea que salpique de manchas chiquitas los vellones de los recentales, y búscate otro por el campo rebosante. Así, con un regalo de lana blanca como la nieve, Pan, dios de la Arcadia, si nos merece crédito la historia, te cautivó y te sorprendió, Luna, llamándote a lo profundo del bosque; y tú no desdeñaste su llamada[210].

394 Ahora bien, quien se incline por la leche, ha de acarrear a los pesebres con sus propias manos alfalfa, abundante loto y hierbas saladas. Con éstas desean beber más e hinchan más sus ubres, y la leche tiene un ligero sabor a sal[211]. Muchos apartan a los cabritos de sus madres nada más nacer y les colocan en el hocico bozales de alambre. La leche que han ordeñado al despuntar el día o en horas diurnas la cuajan de noche; el ordeño de la noche o de la puesta del sol lo venden al amanecer en cántaras (el pastor se acerca a la ciudad) o espolvorean la cuajada con un poco de sal y la guardan para el invierno.

404 Y no sea tu última atención la de los perros; al contrario, nutre a la vez los veloces lebreles de Esparta y el

209. Cadena montañosa de Escitia.

210. Pan, enamorado de la Luna, la conquistó transformándose en un carnero de lana blanca.

211. En Andalucía hemos visto colocar grandes bolas de sal en los pesebres de las vacas lecheras.

incisivo moloso. Con su vigilancia no temerás al ladrón nocturno de los establos ni las incursiones de los lobos, ni a los iberos indómitos que atacan por la espalda[212]. También perseguirás muchas veces a la carrera a los onagros asustadizos; con los perros cazarás la liebre, con los perros, los gamos; muchas veces levantarás de sus abrevaderos silvestres a los jabalíes y los correrás en medio de ladridos, y a través de montes altos empujarás a gritos hasta las redes un ciervo gigantesco.

Aprende también a encender en los establos cedro 414
oloroso y a espantar a las serpientes nocivas con perfume de gálbano. Muchas veces o se ha escondido debajo de los pesebres inamovibles una víbora, peligrosa si la tocas, que huye asustada de la luz, o se ha aplastado en el suelo una culebra (amarga ruina de los bueyes), habituada a ponerse a la sombra bajo techado y a destilar su veneno a las reses. Toma en tu mano una piedra, toma un garrote, pastor, y aplástala cuando se alce amenazadora silbando e hinchando el cuello. Ya huye y esconde bien hondo la cabeza temerosa, mientras los anillos centrales y las roscas del final de la cola se aflojan y el último arco arrastra sus pliegues lentos.

Existe también en las serranías de Calabria esa ser- 425
piente peligrosa[213] que levanta el pecho y enrosca el lomo cubierto de escamas, y que tiene el largo vientre manchado con pintas grandes. Mientras hay ríos que broten de las fuentes y mientras la tierra está empapada por una primavera húmeda y austros lluviosos, habita en las charcas y, ahí, en sus riberas, llena sin consideración su panza negra de peces y ranas parlanchinas.

212. Sinónimo de bandidos, en este caso.
213. Es el *chersydrus*, o serpiente anfibia.

Cuando la laguna se seca y la tierra se agrieta del calor, salta a lo seco y torciendo sus ojos llameantes se desata por los campos, exasperada por la sed y aterrorizada por el calor. No me gustaría a mí entonces descabezar un sueño blando a cielo raso ni tumbarme por la hierba en la espalda de un monte, cuando acaba de dejar la camisa, resplandeciente de juventud, y se desenrosca empinada al sol, dejando en la madriguera sus hijos o sus huevos, y su boca chispea con la lengua partida en tres[214].

440 Voy a enseñarte también las causas y síntomas de las enfermedades. La roña espantable ataca a las ovejas cuando la lluvia fría y el invierno erizado de hielo blanquecino se les han metido bien dentro, hasta lo vivo, o cuando el sudor al no bañarlas se les ha pegado si están esquiladas y las zarzas rasposas han arañado sus cuerpos. Por esta razón los mayorales bañan toda clase de ganado en agua corriente y al carnero se lo sumerge en una cascada con los vellones empapados y se lo deja ir flotando río abajo. O bien cuando han sido esquilados frotan su cuerpo con el alpechín amargo, mezclándole espuma de plata[215], azufre natural, pez del Ida y cera blanda, cebolla albarrana, heléboro fuerte y betún negro. Sin embargo, ningún esfuerzo corre mejor fortuna que si uno es capaz de recortar los labios de la úlcera. El mal se nutre y vive por estar oculto, mientras el pastor rehúsa acercar sus manos salvadoras a la herida o se sienta pidiendo a los dioses que le vaya todo bien. Es más: cuando el dolor alucinante penetra al fondo de los huesos de las ovejas y la fiebre reseca devora el cuerpo, es bueno alejar

214. En realidad, la lengua de la serpiente es bífida.
215. *Lithárgyros* o protóxido de plomo.

los accesos abrasadores pinchando la vena que estalla de sangre en la zona más baja de la pata, como acostumbran a hacer los bisaltas[216] y el gelón aguerrido cuando huye en dirección al Ródope y a los desiertos de los getas y bebe leche cuajada con sangre de caballo.

Cuando veas de lejos una oveja que se recoge demasiadas veces a la sombra agradable o que mordisquea con pocas ganas la punta de las matas y va la última, o que cuando pace se echa en medio del llano y lo abandona sola entrada la noche, inmediatamente debes atajar con el hierro su mal, antes de que el contagio devastador se filtre en la grey desprevenida. No se desencadena tan frecuentemente en el mar la tromba que trae la tempestad como se multiplican las pestes del ganado. Y las enfermedades no arrasan una cabeza aislada sino todo el pastoreo veraniego de golpe, el rebaño y su descendencia a la vez, y toda la especie hasta el último. Se enterará el que visite incluso ahora después de tanto tiempo los Alpes aéreos, los fortines en los montículos del Nórico[217] y los campos del Timavo yápige, reinos de pastores abandonados, cañadas desérticas a todo lo ancho y largo. 464

En una ocasión se desató aquí por contaminación atmosférica un estado del tiempo deplorable que arreció en pleno calor del otoño y llevó a la muerte toda clase de ganados, toda clase de alimañas, corrompió las lagunas y contagió de su podredumbre los pastizales[218]. 478

216. Habitantes de Tracia. Los getas habitaban cerca del Danubio, en la región que hoy se llama Moldavia.

217. El Nórico estaba al sur del Danubio. El Timavo es un río que desemboca en el Adriático cerca de Venecia. Se le llama yápige por la cercanía de este pueblo.

218. Virgilio describe aquí una peste como hace Lucrecio en el libro VI de su obra *Sobre el ser de las cosas*, y Tucídides en el II de su *Guerra del Peloponeso:* la famosa peste de Atenas.

El camino de la muerte no era uno solo, sino que cuando una sed de fuego penetraba todas las venas y reducía los pobres miembros, de nuevo fluía el líquido abundantemente y encogía todos los huesos en sí mismos, pues que se desmoronaban trozo a trozo con la enfermedad. Muchas veces en medio del sacrificio a los dioses la víctima que estaba de pie junto al altar, mientras se le ceñía la banda de lana con sus flecos blancos como la nieve, cayó moribunda entre los indecisos oficiantes. O si el sacerdote había sacrificado antes con el hierro a alguna, ni los altares ardían al echarles sus fibras ni el augur podía dar la respuesta que se le pedía. Los cuchillos que se le clavan por debajo apenas se tiñen de sangre y la superficie de la arena se colorea de una viscosidad anémica. Así es que los becerros mueren por doquier en los pastos lozanos y rinden sus dulces vidas junto a los pesebres rebosantes. Así es que les entra la rabia a los perros zalameros y una tos fatigosa convulsiona a los cerdos enfermos, asfixiándolos con sus gargantas hinchadas. El caballo victorioso, sin gusto por su afición y olvidado de la hierba, languidece, rehúye las fuentes y golpea sin cesar la tierra con la pata: sus orejas están caídas; en ellas brota un sudor caprichoso que cuando van a morir es frío; su piel se reseca y, dura al tacto, hace resistencia al palparla. Éstos son los síntomas que tienen los días que preceden su fin. Pero si durante su curso el mal comienza a recrudecerse, entonces es cuando arden los ojos, sacan la respiración de lo hondo (en ocasiones, pesada y quejumbrosa) y distienden la parte baja de los ijares con un hipo prolongado; por la nariz les sale sangre negra y la lengua, áspera, oprime la garganta obturada. Resultaba útil echarles por un cuerno encajado el licor de

Leneo[219] (ésta parecía la única salvación de los que estaban muriéndose). Pero pronto esto mismo era su perdición: reanimados por la furia se enardecían y, ya con la debilidad de la muerte (¡que los dioses den cosas mejores a los piadosos y semejante error a los enemigos!), ellos mismos con los dientes descarnados desgarraban sus miembros y los hacían jirones.

Pero he aquí que el toro, exhalando humo bajo el 515
duro arado, cae y vomita por la boca sangre mezclada con espuma y da sus últimos gemidos. Anda triste el labrador a desuncir al novillo apenado por la muerte del hermano, y en medio de la faena deja clavado el arado. No pueden mover su ánimo las sombras de los bosques altos ni los prados acogedores ni el río que entre guijarros se dirige al llano fluyendo más trasparente que el ámbar. Antes bien, se enervan sus flancos hasta el fondo, el mareo se apodera de sus ojos inertes y el cuello cuelga a tierra por el peso que tira de él. ¿De qué les sirve el trabajo y el servicio que han rendido? ¿De qué haber removido tierras pesadas con la reja? Y sin embargo no les dañaron el másico, don de Baco, ni un festín abundante. Pacen sólo forraje, se alimentan de hierba; su bebida son las fuentes cristalinas y los ríos de corriente agitada, y la preocupación no interrumpe sus sueños saludables.

No fue sino en esta ocasión cuando, según dicen, 531
buscaron[220] por aquellas regiones bueyes para el culto de Juno, y los uros inapropiados guiaron los carros a

219. Es decir, echarles vino (Leneo es el nombre de Baco, dios del vino) por un cuerno horadado, encajado en la boca.
220. «Buscaron» pero no hallaron: la zona es la del Nórico, de que se ha venido hablando.

los altos santuarios donde se ofrendaba. Así es que la gente remueve penosamente la tierra con rastrillos, entierra las simientes con las propias uñas y tira por los montes altos de las carretas chirriantes estirando el cuello.

537 El lobo no busca la emboscada en torno a los apriscos ni merodea de noche cerca de los rebaños; una preocupación más acuciante lo subyuga. Los gamos asustadizos y los ciervos huidizos vagan ahora entre los perros alrededor de las casas. Además, la prole del mar inmenso, la especie toda de los nadadores, como cadáveres de náufragos, el oleaje baña en un rincón de la playa. Las focas, desnaturalizadas, huyen por los ríos. Muere la víbora, vanamente defendida por sus escondrijos tortuosos, y las culebras de agua, con las escamas erizadas de espanto. El aire es malo hasta para las aves que cayendo de cabeza dejan la vida bajo una nube alta.

548 Por lo demás, ya no vale cambiar de pastos, y los remedios hallados son nocivos. Renuncian los entendidos, Quirón, hijo de Fílira, y Melampo, hijo de Amitaón[221]. Se desata también la pálida Tisífone[222], saliendo a la luz de las tinieblas estigias. Por delante carea las enfermedades y el miedo, y al levantarse cada día saca más alta su cabeza codiciosa. Con el balido de las ovejas y los incesantes mugidos retumban los ríos, las riberas áridas y las laderas de los cerros. Y ya produce la Furia estragos a mansalva y amontona en los propios establos los cadáveres deshechos por la horrible podredumbre, hasta que aprenden a cubrirlos con tierra y enterrarlos en zanjas. Pues la piel no tiene utilidad y

221. Quirón conocía plantas medicinales. Melampo era un adivino.
222. Una de las Furias infernales.

nadie puede limpiar la carne con agua ni vencerla al fuego; ni siquiera pueden raspar los vellones recomidos por la enfermedad y la corrupción, ni tocar el tejido hecho polvo. Es más, si uno probaba estos vestidos malditos, pústulas inflamadas y sudor nauseabundo invadían los miembros fétidos, y no tenía que esperar mucho tiempo para que el fuego sagrado[223] devorase su cuerpo infecto.

223. Se trata de la erisipela gangrenosa.

LIBRO IV

A continuación voy a tratar de la miel aérea, regalo del cielo[224]: mira también esta parte, Mecenas. Voy a hablarte del maravilloso espectáculo de cosas minúsculas: jefes esforzados, costumbres pormenorizadas de la raza entera, sus afanes, poblaciones y combates. De asunto menudo es la tarea, mas no es menuda la gloria, si le dejan a uno las divinidades hostiles y le escucha Apolo al invocarlo.

8 En primer lugar, hay que buscar un emplazamiento fijo para las abejas, donde no tengan entrada los vientos (pues los vientos impiden llevar a casa el alimento) y las ovejas y los cabritos retozones no brinquen entre las flores, ni la novilla vague por la llanura sacudiendo el rocío y quebrando las plantas que crecen. Hay que alejar también de las sabrosas colmenas los lagartos de lomos pintados y llenos de escamas, los abejarucos y demás pájaros, y a Progne[225], que se ha señalado el pe-

224. Según Aristóteles, la miel era un rocío celestial que recogían las abejas.
225. Véase *Bucólicas*, nota 50.

cho con las manos ensangrentadas. Pues llevan la devastación por todas partes y se llevan a las abejas en el pico volando, dulce comida para sus nidos despiadados. En cambio, debe haber cerca fuentes cristalinas, charcas que verdean de musgo y un riachuelo estrecho perdido entre la hierba. El vestíbulo debe sombrearlo una palmera o un acebuche grande, de modo que cuando los nuevos reyes guíen los enjambres en la primavera como es lo suyo, y ande jugueteando la juventud salida de los panales, una ribera vecina les invite a apartarse del calor y las retenga un árbol en su camino con la hospitalidad de su follaje. En medio del agua, tanto si está quieta como si corre, echa de través troncos de sauce y piedras grandes, para que haya bastantes puentes en que puedan posarse y extender las alas al sol del verano, si acaso el viento euro ha salpicado a las retrasadas o las ha zambullido furiosamente en el agua. Que florezcan alrededor jaras verdes, serpollos de intensa fragancia y buena cantidad de ajedrea de olor pesado; que los violares beban de la fuente que los riega.

En cuanto a las colmenas, tanto si están hechas pegando corchos ahuecados o entretejiendo varetas de mimbre flexible, deben tener entradas angostas, pues el invierno encoge la miel con su frío y el calor a su vez la pone líquida. Uno y otro inconveniente debe temerse con las abejas. No sin propósito obturan ellas a porfía en sus casas las rendijas minúsculas con cera, rellenan los bordes con resina y jugo de las flores, y con estos mismos objetivos recogen y guardan el gluten, más viscoso que la liga y que la pez del Ida frigio[226]. Muchas veces también, si es verdad lo que dicen, han excavado un escondrijo y han abrigado 33

226. El monte Ida, en Frigia (Asia Menor).

su hogar bajo tierra, y se las ha hallado muy hondo en el hueco de una piedra pómez o en el agujero de un árbol carcomido. Sin embargo, para darles calor, impregna las rendijas de su guarida con barro alisado y echa por encima algunas ramas. No permitas tejos demasiado cerca de su casa; no hagas enrojecer cangrejos al fuego; no te fíes de una charca profunda ni de un lugar donde haya fuerte olor a cieno o donde las rocas huecas resuenan con las sacudidas y el eco repite la voz que llega.

51 Por lo demás, cuando el áureo sol ha ahuyentado al invierno y lo ha metido bajo tierra, y ha abierto el cielo con la luz del verano, ellas recorren al instante los cerros y las selvas, succionan flores purpúreas y beben ligeramente de la superficie de los ríos. Así es como dichosas por no sé qué dulzor crían su descendencia y sus nidos, así es como forman con arte la cera fresca y crean la miel pegajosa.

58 Luego, cuando veas que el escuadrón ha partido ya de la colmena y navega a través del aire puro del verano hacia las estrellas del cielo y quedes sorprendido de ver una nube oscura arrastrada por el viento, fíjate bien: siempre buscan el agua dulce y la protección del follaje. Difunde aquí los olores que te aconsejo: toronjil majado y la planta vulgar de la borraja; promueve un cascabeleo y agita a su alrededor los címbalos de la Madre[227]. Ellas solas se posarán en el emplazamiento que has acondicionado; ellas solas se meterán según su costumbre en lo más hondo de las celdas, su cuna.

67 Pero si salen para pelear[228] (pues muchas veces surge la discordia entre dos reyes y se arma un gran revuelo:

227. La Gran Madre o Cíbele, cuyos sacerdotes tocaban el cimbal.
228. La apódosis o segunda parte de esta oración condicional aparece sólo detrás de un largo paréntesis que narra los combates de las abejas.

pronto cabe presagiar de lejos la pasión de la multitud y cómo sus corazones se agitan con la guerra. Pues el conocido toque marcial del ronco bronce instiga a los rezagados y se oye una voz que imita el deje quebrado de las trompetas. A continuación se reúnen llenas de excitación, chispean sus alas, afilan sus dardos con la trompa y preparan sus músculos. En torno a su rey y de los propios reales se apiñan, y retan al enemigo con grandes gritos. Así que cuando hallan un día claro de primavera y un campo abierto, se abalanzan por las puertas. Se produce el encuentro; en lo alto del aire se origina un zumbido, se amontonan mezclándose en un gran círculo y van cayendo de cabeza. No cae más apiñado el granizo desde el aire ni llueve tantas bellotas la encina sacudida. En medio de las filas los propios reyes con sus alas vistosas agitan un gran espíritu en su pecho minúsculo, esforzándose por no ceder hasta que el vencedor inexorable obliga a unos o a otros a dar la espalda y huir), estos arranques de pasión, estos combates tan grandes, con arrojarles un poco de polvo se calman y eliminan.

Pero cuando hayas sacado a ambos caudillos del 88
campo de batalla, condena a muerte el que te haya parecido peor, para que no sea un estorbo superfluo; deja que el mejor reine solo en la corte. Uno de los dos (pues hay dos clases) tendrá el brillo de manchas recamadas en oro: éste es el mejor, distinguiéndose por su cara y el resplandor de sus escamas rutilantes; el otro, escuálido por la inacción, arrastra innoblemente su vientre dilatado. Igual que la pinta de los reyes es diferente lo son también los individuos del pueblo. Pues algunas son feas y peludas como el escupitajo que el caminante acalorado arroja de la boca seca cuando llega de atravesar

una intensa polvareda. Otras brillan y resplandecen de claridad con su cuerpo encendido en gotas de oro simétricas. Ésta es la clase superior; de ellas sacarás en épocas fijas del año la miel dulce, y no tan dulce como transparente y apropiada para rebajar el sabor fuerte de Baco.

103 Mas cuando los enjambres vuelan a la ventura, juguetean en el cielo, desprecian los panales y abandonan sus casas al frío, debes reprimir ese espíritu inestable y su juego inútil. Y no supone gran esfuerzo reprimirlo: arráncales las alas a los reyes; si ellos vacilan, ninguna osará emprender el camino a lo alto ni levantar el campamento. Invítenlas jardines que huelan a la flor de azafrán y guárdelas con su guadaña de sauce el guardián de los ladrones y de las aves, Priapo, el protector del Helesponto[229]. El que se encargue de tales tareas y no otro debe traer tomillo y pinos de los montes altos y sembrarlos por todos los alrededores de la colmena; él, y no otro, debe encallecer sus manos con el trabajo duro; él, y no otro, clavar esquejes fértiles en la tierra y regarlos con lluvias benéficas.

116 A propósito: si no estuviese ya recogiendo velas, al término final de mis trabajos, y dándome prisa a enfilar proa a tierra, tal vez cantaría también qué atenciones y cultivos hacen hermosos los vergeles lozanos, cantaría las rosaledas de Pesto[230], que florecen dos veces, y de qué manera las endivias se alegran con los riachuelos en que beben y las riberas verdes con el apio, y cómo el pepino retorcido entre la hierba engorda su

229. Un espantajo con una hoz de madera que espantaba a los pájaros, representando al dios Priapo, principalmente honrado en el Helesponto.

230. En la costa de la Campania.

vientre. Tampoco pasaría en silencio el narciso que echa hojas tarde, ni el tallo del cardo flexible, ni las hiedras pálidas ni los arrayanes que gustan de las costas.

Es que me acuerdo de haber visto al pie de las torres 125
de la ciudadela ebalia[231], por donde el negro Galeso humedece los amarillentos cultivos, un viejo de Córico[232], que poseía unas pocas yugadas de terreno abandonado, un suelo que no rendía con los novillos, ni era apropiado para las ovejas ni bueno para Baco. Éste, sin embargo, plantando entre las breñas alguna que otra verdura y por los alrededores lirios blancos y adormideras comestibles, se hacía la ilusión de igualar las riquezas de los reyes y al regresar a casa entrada la noche atiborraba su mesa de manjares que no había comprado. Era el primero en coger la rosa en primavera y en otoño las frutas. Y cuando el invierno triste hacía todavía estallar de frío las rocas y frenaba con el hielo el curso de las aguas, él ya estaba recortando las hojas del blando jacinto, maldiciendo el retraso del verano y la tardanza de los céfiros. De modo que era también el más abundoso en abejas productivas y número de enjambres y el primero en sacar la miel espumosa de los panales escurridos. Tenía tilos y pinos riquísimos, y toda la fruta de que se había ataviado el fértil árbol con la flor nueva esa misma tenía madura en otoño. Él también trasplantó a las hileras olmos crecidos, el peral bien duro, endrinos que echaban ya prunas y el plátano que ya proporcionaba sombras a los bebedores. Pero yo, constreñido por la estrechez de espacio,

231. Tarento, fundada por espartanos, uno de cuyos reyes antiguos fue Ébalo.
232. Ciudad de Cilicia.

paso de largo y dejo este tema a otros para que lo traten después de mí[233].

149 Pues ahora voy a describir la naturaleza que Júpiter puso en las abejas, el favor por el que siguieron los acordes melodiosos de los curetes y el retumbar de sus bronces y alimentaron al rey del cielo en la cueva de Dicte[234]. Sólo ellas tienen hijos en común, comparten viviendas de ciudad y pasan la vida bajo leyes grandiosas. Sólo ellas conocen una patria y un lugar fijo, y, acordándose del invierno que ha de venir, realizan su trabajo en el verano y almacenan lo afanado para uso común. Pues unas velan por la alimentación y, según el pacto establecido, se emplean en los campos; otras, dentro de los confines de sus casas, echan los primeros cimientos de los panales con la lágrima del narciso y la goma viscosa del corcho; luego van pegando la cera tenaz. Otras echan fuera las crías crecidas, esperanza de la raza. Otras amontonan miel purísima y atiborran las celdillas con néctar transparente. Hay algunas a las que ha caído en suerte la guardia de las puertas, y vigilan por turno las aguas y nubes del cielo, o relevan de la carga a las que llegan, o, formadas en pelotón, rechazan de la colmena a los zánganos, animalillos improductivos. Bullen de actividad, y la miel huele con la fragancia del tomillo. Y como cuando los cíclopes fabrican aprisa los rayos con el mineral dúctil, unos cogen y sueltan el aire en los fuelles de piel de toro, otros mojan en el

233. Columela lo trataría más tarde en verso (libro X de su obra sobre el campo).

234. Como Saturno se comía a sus hijos por temor a ser destronado, a Júpiter lo escondieron al nacer en una cueva de Creta, donde los sacerdotes curetes tocaban los címbalos para que Saturno no oyese sus llantos, y las abejas lo alimentaron con miel.

barreño los bronces chirriantes. La cueva gime con los yunques que tiene encima; a porfía levantan rítmicamente los brazos con gran fuerza y dan vuelta al hierro con la tenaza agarradora. No de otro modo (si se me permite comparar lo chico con lo grande) el deseo innato de tener urge a las abejas cecropias[235], cada cual en su puesto. Las viejas tienen a su cargo la ciudad, construir los panales y diseñar las artísticas casas. Por su parte, las jóvenes, avanzada la noche, regresan cansadas con las patas llenas de tomillo. Liban también por todas partes madroños, sauces verdes, jara, azafrán rojizo, tilo resinoso y jacintos oscuros. Todas tienen el mismo descanso de sus fatigas, todas, el mismo trabajo: por la mañana se abalanzan por las puertas; en ningún lugar hay tardanza. Cuando de nuevo la tarde les aconseja que salgan por fin del campo donde libaron, entonces se encaminan a casa, entonces reponen fuerzas. Se produce un ruido mientras zumban alrededor de los bordes y del umbral. Luego, cuando ya se han acomodado en sus dormitorios, reina el silencio durante la noche y un sueño merecido se apodera de sus miembros cansados. Y en verdad que no se apartan lejos de la colmena cuando amenaza la lluvia, ni se aventuran al cielo, cuando llegan los euros, sino que van a por agua por los alrededores, protegidas por las murallas de la ciudad y se arriesgan a salidas cortas. Muchas veces levantan piedrecillas, como el lastre de las barcas inestables en el vaivén de las olas, con las cuales mantienen el equilibrio a través de las nubes vaporosas.

235. Cécrope fue un rey de Atenas. Así, se hace alusión a la miel ática (del Himeto), que era muy afamada.

Una característica que conviene a las abejas y que sin duda admirarás, es la de que no practican la cópula ni entregan con indolencia sus cuerpos a Venus ni alumbran sus crías con dolores, sino que ellas solas recogen con la trompa a sus hijos de las hojas y las hierbas suaves, ellas solas procrean el rey y los pequeños quirites[236], y reforman su corte y reinos de cera. Muchas veces han desgastado también las alas errando por los duros peñascos, y han rendido incluso la vida bajo el fardo: tan grande es su amor por las flores y la gloria de hacer la miel. De manera que aunque el término impuesto a la vida de los individuos es reducido (de hecho no pasa de siete veranos los que viven)[237], la raza en cambio permanece inmortal. La fortura de la casa persiste durante muchos años y se cuentan los abuelos de los abuelos.

Por lo demás, ni el Egipto, ni la enorme Lidia ni los pueblos partos ni el Hidaspes[238] medo reverencian a su rey como ellas. Mientras el rey está a salvo todas tienen una mente unánime. Cuando lo pierden, rompen su fidelidad, desbaratan los montones de miel y deshacen los zarzos de los panales. Él es el salvaguarda de su actividad, por él sienten admiración y todas se colocan a su alrededor con un zumbido intenso y lo cortejan apiñadas. Muchas veces lo levantan a hombros, exponen por él sus cuerpos en la guerra y buscan una muerte hermosa a fuerza de heridas.

236. Denominación de los ciudadanos romanos, que aquí se aplica también a las abejas, dentro del símil de la vida en la colmena y la comunidad humana.

237. En realidad, no pasa de tres o cuatro años.

238. Afluente del Indo, riega la región del actual Pendjab, que formó parte del imperio persa o medo.

Por signos como éstos, y llevados por estas manifes- 219
taciones, algunos han dicho que las abejas poseían una parte de la mente divina y efluvios celestes. Pues la divinidad -afirman- atraviesa todas las tierras, los trechos del mar y el cielo profundo; por ellas es por las que cada ser, el ganado mayor y menor, los hombres, todas las especies de fieras, atraen hacia sí al nacer el soplo de la vida[239]. Luego, todos los seres se descomponen y son llevados a ella, por supuesto, y no ha lugar a la muerte, sino que vuelan vivos a engrosar el número de las estrellas y a situarse en el alto cielo.

Cuando quieras castrar la augusta mansión, las mie- 228
les guardadas como un tesoro, primero límpiate la boca, enjuagándola con un sorbo de agua, y tiende con tu mano una cortina de humo pertinaz. Dos veces recolectan el abundante producto; dos son las épocas de la mies: tan pronto como la pléyade Taígete[240] ha mostrado sobre la tierra su faz hermosa y rechazado con el pie las corrientes del Océano que desprecia, o bien cuando esta misma, huyendo de la constelación del Pez acuoso desciende un tanto triste del cielo a las aguas invernales. La cólera de las abejas es desmesurada. Cuando se las molesta inoculan veneno en sus picadas, dejan el aguijón ciego que clavan en las venas y pierden la vida en la herida.

Pero si temes un invierno riguroso y velas por su fru- 239
to, si sientes compasión de sus ánimos rotos y de su hacienda quebrantada, ¿quién va a dudar a pesar de todo en fumigar con tomillo y arrancar las ceras vacías?[241].

239. Esta doctrina es pitagórica, platónica y estoica.
240. La salida y puesta de esta pléyade se corresponden, respectivamente, con los meses de abril y noviembre.
241. Es decir, la cera de las celdillas vacías.

Pues muchas veces la salamandra se comió a escondidas los panales y la colmena se llenó de cucarachas que rehúyen la luz. El zángano improductivo se sienta a la mesa ajena o el abejorro desagradable se ha metido por medio con armas desiguales, o la cruel especie de la polilla, o la araña, odiosa a Minerva[242], ha colgado en las jambas sus hilos flojos. Cuanto más arruinadas se encuentren con tanta mayor actividad se volcarán todas para reparar el derrumbamiento de la raza abatida, llenarán sus celdillas y recubrirán de flores[243] sus silos.

251 Ahora bien, si sus cuerpos (puesto que la vida dio nuestras desgracias también a las abejas) languidecen con la triste enfermedad (cosa que podrás conocer pronto por señales indudables: nada más enfermar les cambia el color; una horrible delgadez deforma su cara; además, sacan de casa los cuerpos de aquellas que perdieron la vida y guían tristes entierros. O bien cuelgan del umbral agarradas por las patas o andas todas vacilantes en el interior de sus casas cerradas, acobardadas por el hambre y llenas de pereza por el frío que las encoge. Entonces se oye un sonido más grave y zumban con largo deje, como cuando murmura en las selvas el frío austro, como brama el mar revuelto cuando refluyen las olas, como el fuego arrebatado crepita en los hornos cerrados), entonces te aconsejaría que quemases el perfume del gálbano y les introdujeses miel en canutos de caña, animando diligentemente e invitando a las abejas desganadas al

242. Minerva y una muchacha llamada Aracne («araña») compitieron en el bordado. Al salir derrotada, Minerva la convirtió en araña.
243. Esto es, con el néctar de las flores.

alimento conocido. Será bueno también mezclar el sabor de la gállara majada, rosas secas, vino espesado por larga cocción, o bien uvas pasas de la vid *psithia*[244], tomillo cecropio y centauras de pesado olor. Hay también una flor en los prados a la que los agricultores dan el nombre de mielga; planta fácil de encontrar, pues tiene amarillo el centro y alza de su raíz única una enorme frondosidad, pero en los pétalos que se desparraman alrededor en abundancia reluce el púrpura de la violeta roja. Muchas veces se han adornado los altares de los dioses con guirnaldas trenzadas con ella. Su sabor es áspero al paladar; los pastores la cogen en los valles repelados y junto a la corriente sinuosa del Mela[245]. Cuece sus raíces con vino aromatizado y sírvelas de comida en las puertas a canastos llenos.

Pero si a alguien se le pierde toda la especie y no ha- 281
lla el modo de rehacer de nuevo la prole, es el momento de revelar el descubrimiento memorable del maestro arcadio[246] y la manera como ya muchas veces la sangre podrida de novillos muertos ha engendrado abejas. Voy a narrar en profundidad toda la leyenda, remontándome al mismo origen.

Pues en donde el pueblo afortunado del Canopo de 287
Pela[247] habita el Nilo, cuya corriente desbordada hace lagunas, y en barcas pintadas recorre sus campos, donde presiona la vecindad de la Persia del carcaj, y el río con su negra arena fecunda el verde Egipto, y, despe-

244. Véase nota 87.
245. Subafluente del Po.
246. Aristeo, del que se hablará más adelante.
247. El Canopo es una ciudad egipcia. Se llama «de Pela» por haber sido conquistada por Alejandro Magno, natural de Pela (Macedonia).

ñándose, discurre por siete desembocaduras diferentes, después de descender de los indos[248] siempre tostados, todo el país pone su esperanza de salvación segura en este procedimiento.

En primer término, se elige un lugar reducido y se le estrecha para este mismo objetivo. Lo cubren con un techo angosto de tejas y paredes muy juntas, y le añaden cuatro ventanas para que reciban oblicuamente la luz desde los cuatro vientos[249]. Entonces, se busca un novillo que vaya curvando los cuernos en su frente de dos años; se le taponan, aunque se oponga con fuerza, los dos orificios nasales y la respiración de la boca; una vez muerto a golpes, se machacan y deshacen las vísceras a través del pellejo intacto. Puesto de este modo lo dejan encerrado y colocan bajo sus costillas trozos de ramas, tomillo y jaras frescas. Esto se lleva a cabo cuando los céfiros empiezan a agitar las olas, antes de que los prados enrojezcan con los nuevos colores, antes de que la golondrina parlanchina cuelgue su nido de las vigas. Mientras tanto, un líquido tibio fermenta en los huesos reblandecidos y unos animales dignos de ver por su aspecto maravilloso, al principio truncos de patas, luego con alas estridentes también, empiezan a pulular y a tomar más y más aire sutil, hasta que brotan como la lluvia derramada por las nubes del verano, o como las flechas que impulsa la cuerda del arco cuando los partos ligeros empiezan los prolegómenos del combate.

¿Qué dios, Musas, qué dios ha fraguado este método para nuestro servicio? ¿Cómo echó a caminar esta extraña aventura entre los hombres?

248. Los etíopes, en la fuente del Nilo.
249. Bóreas (N), noto (S), euro (E) y céfiro (O).

El pastor Aristeo, huyendo de Tempe del Peneo[250] 317
cuando, según es fama, perdió a sus abejas por enfermedad y hambre, se detuvo entristecido junto a la sagrada fuente en el otro extremo del río, quejándose sin cesar, y habló a su madre con estas palabras:

«Madre, madre Cirene, que habitas en las profundidades de este abismo, ¿por qué me engendraste de la estirpe ilustre de los dioses (si es que, como afirmas, mi padre es Apolo Timbreo)[251] para ser odioso a los hados? ¿Adónde ha ido a parar tu amor por mí? ¿Por qué insistías en que esperase el cielo? He aquí que incluso el honor de mi vida de mortal, que en medio de grandes esfuerzos con el cuidado solícito de mieses y ganados a duras penas me había forjado, a pesar de ser tú mi madre lo abandono. Pues, ea, arrasa con tu propia mano mis fértiles huertos; mete en los rediles el fuego enemigo y destruye mis mieses; abrasa mis sembrados y blande contra mis vides la poderosa hacha de doble filo, si tan gran hastío de mi gloria te ha entrado.»

Pero su madre escuchó el ruido desde su habitación 333
en el fondo del río. A su alrededor las ninfas cardaban vellones milesios teñidos de un fuerte color verdoso, Drimó, Jantó, Ligea y Filódoce, con la brillante cabellera suelta por sus cuellos resplandecientes de blancura (Nesea, Espió, Talía y Cimódoce), y Cidipa y la rubia Licóride, virgen la una, y la otra que acababa de sufrir por primera vez los dolores de Lucina; Clió y su hermana Béroe, ambas oceánides, ambas ceñidas de oro, am-

250. Río de Tesalia que riega el valle de Tempe (palabra griega que precisamente significa «valle»). Por otra parte, Aristeo era hijo de Apolo y Cirene.

251. Timbra es una ciudad de la Tróade donde Apolo tenía un santuario.

bas con pellicos de colorines[252]; también Éfire, Ópide, Deyopea, la asiática, y la veloz Aretusa[253] que había dejado por fin las flechas. En medio de ellas, Clímene contaba las cuitas inútiles de Vulcano, los engaños y placeres furtivos de Marte, y enumeraba los continuos amoríos de los dioses a partir del Caos. Cautivadas con esta historia, mientras estiran los blandos copos de lana en los husos, de nuevo hirió los oídos de la madre la queja de Aristeo, y todas se quedaron atónitas en sus sitiales de cristal. Pero, adelantándose a sus hermanas, Aretusa sacó su rubia cabellera por encima del agua, echó una mirada, y dijo de lejos: «Ay, hermana Cirene, no te has asustado en vano por un lamento tan grande; el propio Aristeo, tu mayor preocupación, está plantado triste y derramando lágrimas junto a las aguas de Peneo, nuestro padre, y te llama cruel». La madre, con la mente perturbada por un miedo desconocido, le respondió: «Tráelo, ea, tráelo ante nosotros. Él tiene derecho a tocar los umbrales de los dioses». Al mismo tiempo ordena que el profundo río separe bien sus aguas para que el joven entrase por él. Y entonces el agua se curvó a manera de un monte y se detuvo a su alrededor, lo recibió en su vasto seno y lo acogió bajo su caudal.

363 Y ya marchaba arrobado ante la casa de su madre y su húmedo reino, los lagos encerrados en cuevas y los bosques murmuradores. Atónito por el enorme movimiento de las aguas contemplaba los ríos que se deslizan en distintas direcciones bajo la gran tierra, el Fasis, el Lico y la fuente de donde brota exactamente el pro-

252. La vestimenta descrita indica que estas ninfas iban ataviadas de cazadoras.

253. Véase *Bucólicas*, nota 72.

fundo Enipeo, el Hípanis que resuena con sus cantos rodados y el Caíco de Misia, de donde brota el padre Tíber y las corrientes del Aniene, y el Erídano[254], con los dos cuernos de oro en su frente de toro. No existe otro río más violento que él al desembocar a través de negros cultivos en el mar purpúreo.

Así que llegó a la cámara cubierta por una bóveda de 374
roca, y Cirene supo del llanto ocioso de su hijo, las hermanas le ofrecen por orden cuencos de agua a las manos y traen manteles de piel raspada. Otras llenan las mesas de manjares y sirven copas rebosantes. Los fuegos de Pancaya[255] arden en los altares. Entonces dice su madre: «Toma las copas de Baco meonio[256]; hagamos una libación al Océano». Al propio tiempo ella misma reza al Océano, padre de las cosas[257], y a las ninfas, sus hermanas, las que tutelan cien selvas, cien ríos. Por tres veces salpicó a la ardiente Vesta[258] con el claro néctar, por tres veces la llama ascendió y brilló en lo alto del techo. Afirmando el espíritu de su hijo con este presagio, comienza así:

«Hay en el mar de Cárpatos, el de Neptuno, un adi- 387
vino, el azulado Proteo, que recorre la llanura inmensa en un carro tirado por peces caballos de dos patas. Aho-

254. El Fasis es un río de la Cólquide que desemboca en el Ponto Euxino. El Lico es otro río de la misma región. El Enipeo, un afluente del Peneo, en Tesalia. El Caíco desemboca en el mar Egeo. El Hípanis, como el Fasis, en el Ponto Euxino. El Erídano es un nombre poético del Po.

255. Es decir, el fuego del incienso, que abunda en Pancaya, parte de la Arabia Feliz.

256. Lidio (Asia Menor).

257. Según Tales de Mileto, el agua es el primer elemento de las cosas.

258. Es decir, echó vino en el fuego, por cuanto Vesta es la diosa del mismo.

ra está volviendo a visitar los puertos de Ematia y su patria Palene[259]. A él lo veneramos las ninfas y el propio viejo Nereo. Pues este adivino lo sabe todo, lo que es, lo que fue y lo que está pendiente para venir más adelante. Y es que así lo ha decidido Neptuno, cuyas descomunales manadas y torpes focas apacienta en el abismo. Tú, hijo, debes primero echarle el lazo para que te explique toda la causa de la enfermedad y propicie un buen resultado. Pues sin forzarlo no te dará ninguna receta y no lo vas a convencer con ruegos. Cuando lo cojas échale el lazo con ruda violencia: sólo contra esto se estrellarán sus engaños y no le servirán. Yo misma, cuando el sol prenda el fuego de mediodía, cuando están sedientas las plantas y la sombra es ya más grata al ganado, te conduciré al retiro del viejo, donde se recoge cansado de las aguas, para que lo ataques fácilmente postrado en el sueño. Mas cuando lo tengas atrapado con las manos y los lazos, entonces se burlarán de ti apariencias variadas y rostros de bestias. En efecto: se convertirá de repente en un cerdo lleno de pelos, en un tigre espantable, una serpiente escamosa o una leona de cabeza rubia. O bien, producirá el ruido enervante de la llama y así se escapará de los lazos, o huirá disolviéndose en hilillos de agua. Pero cuanto más se transforme él en toda clase de figuras, tanto más, hijo mío, aprieta tú los lazos, hasta que con el cambio de figura aparezca tal como lo viste cuando cerraba los ojos al coger el sueño.»

415 Esto dice, y difunde el perfume líquido de la ambrosía en el que envolvió el cuerpo entero de su hijo. Y entonces

259. Pequeña península al sur de Macedonia. Ematia es parte de Macedonia.

sale de sus cabellos arreglados un dulce efluvio y en sus miembros ha penetrado un vigor fácil. Hay una cueva enorme excavada en la falda de un monte, adonde el viento empuja una gran cantidad de agua que se riza en ondas hacia atrás, en ocasiones fondeadero segurísimo para los marineros sorprendidos. En su interior se oculta Proteo tras el parapeto de una vasta roca. Aquí deja la ninfa al joven en un escondrijo, alejado de la claridad. Ella queda atrás, lejos, difuminada por la neblina.

Ya ardía en el cielo el arrebatado Sirio, que abrasa a 425
los indos sedientos, y el ígneo sol había devorado la mitad de su órbita. Las hierbas estaban secas y los rayos entibiaban los ríos hundidos y los recocían hasta el barro en sus gargantas secas, cuando Proteo llegaba de las olas camino de su gruta habitual. A su alrededor la especie húmeda del vasto mar brinca y salpica a distancia el amargo rocío. Las focas se echan a dormir en distintos lugares de la playa. Él por su parte, como el guardián del establo en los montes cuando Véspero manda a casa a los novillos de los pastizales y los corderos excitan a los lobos con los balidos que oyen, se sienta entre ellas en un peñasco y se pone a contarlas.

Aristeo, como se le ofrecía la posibilidad de hacerse 437
con él, sin dar tiempo apenas a que el viejo acomodase sus miembros cansados, se abalanza con un gran grito y, echado como estaba, lo sujeta con ataduras. Aquél, a su vez, que no se olvidaba de sus artes, se transforma en todas las maravillas del mundo: fuego, bestia horripilante, río transparente. Pero así que con ardid alguno halla escapatoria, vencido, vuelve en sí, y finalmente habla con voz humana:

«Pues, ¿quién te ha ordenado, oh, tú, el más confiado de los jóvenes, acercarte a mi morada? ¿Qué buscas aquí?»,

dice. Pero Aristeo responde: «Lo sabes, Proteo, tú lo sabes; que nada puede pasarte desapercibido. Pero tú deja de querer simularlo. Siguiendo el mandato de los dioses hemos venido aquí a buscar el oráculo para nuestra hacienda en ruinas». Sólo eso dijo. Ante lo cual el adivino, a causa de la extrema violencia, entretorció finalmente sus ojos ardientes de pupilas verdes y rechinando sordamente los dientes, abrió su boca al destino[260] de la siguiente manera:

453 «Una divinidad te persigue con su rabia: estás pagando una gran falta. El pobre Orfeo, sin que en modo alguno se lo haya ganado, te origina este castigo, si es que no se opone el destino, y se muestra gravemente cruel por la pérdida de su esposa. Y es que ésta, mientras huía de ti atolondradamente a lo largo del río, no vio ante sus pies, destinada a morir como estaba, una descomunal culebra de agua, alojada en la ribera, entre la hierba alta. Y el coro, ay, de las Dríades, sus compañeras, atronaron a gritos las cimas de los montes. Lloráronla los picos del Ródope, y el alto Pangeo[261], y la marcial tierra de Reso[262] y los getas y el Hebro y Oritía la ateniense[263]. Orfeo, buscando el consuelo de su amor desgraciado en la cóncava lira, te cantaba a ti, dulce esposa, a solas en la playa solitaria, a ti te cantaba, cuando llegaba el día, a ti, cuando el día se marchaba.

467 »También penetró en las fauces del Ténaro[264], la boca profunda de Dite, y en el bosque neblinoso de sombrío terror; llegó hasta los manes y su rey escalofriante, has-

260. Es decir: «abrió su boca para revelar el destino».
261. Montaña de Tracia. Sobre el Ródope, véase *Bucólicas*, nota 33.
262. Tracia. Reso mandaba los tracios en la guerra de Troya.
263. Hija de Erecteo, rey de Atenas.
264. Promontorio de Lacedemonia. Dite es Plutón, rey de los infiernos.

ta los corazones que no saben ablandarse ante las súplicas humanas. Sin embargo, movidas por tu canto, de los profundos aposentos del Érebo[265], iban las sombras sutiles y los espectros de los seres privados de la luz, tan numerosos como los miles de aves que se meten en las hojas cuando Véspero o la lluvia del invierno los echa de los montes: madres, varones, cuerpos de héroes magnánimos que acabaron la vida, niños y niñas sin casar, y jóvenes puestos en las piras ante los ojos de sus padres. A su alrededor, el barrizal negro y las cañas horribles del Cocito[266], y una laguna odiosa de agua casi inmóvil los cerca, y la Estige, dividida en nueve círculos, los aprisiona. Incluso quedaron atónitas las propias mansiones de la Muerte, la parte más recóndita del Tártaro, y las Euménides que cogen sus cabellos con culebras azulencas[267]. Cérbero contuvo abiertas sus tres bocas y la rueda de Ixión se paró con el viento[268].

»Y ya, volviendo sobre sus pasos, había superado to- 485
dos los imprevistos, y Eurídice, a la que había recuperado, llegaba a las auras de arriba, siguiéndole detrás (pues Prosérpina[269] le había puesto esta condición), cuando cogió al imprudente enamorado un acceso súbito de locura, perdonable ciertamente, si los manes supiesen perdonar. Se detuvo, y ya al borde mismo de la luz, sin acordarse, ay, y sin poderse contener, se vol-

265. La parte más siniestra y tenebrosa del mundo subterráneo o infierno.
266. Véase nota 165.
267. Véase nota 47.
268. «Con el viento que la hace girar.» Pero el pasaje presenta ciertas dificultades insolubles hasta el presente. Cérbero, por otra parte, era el perro que guardaba el infierno. Véase nota 165.
269. Véase nota 16.

vió para mirar a su querida Eurídice. En ese instante, todo su esfuerzo se perdió, quedó roto el pacto del cruel tirano y por tres veces se oyó un fragor en las marismas del Averno. Ella gritó: "¿Qué locura, qué locura tan grande me ha perdido, desgraciada de mí, y te ha perdido, Orfeo? He aquí que por segunda vez los hados crueles me hacen volver y el sueño cierra mis ojos embriagados. Y ahora, adiós. Me llevan envuelta en la vasta noche, y tiendo hacia ti, sin ser tuya, ay, mis manos impotentes". Dijo, y de repente escapó de su vista, alejándose como el humo se une a las brisas sutiles, y no lo vio más, mientras él agarraba en vano las sombras y quería decirle muchas cosas. Y el barquero del Orco no le permitió atravesar más la laguna que se interponía. ¿Qué podía hacer? ¿Adónde dirigirse después que le habían quitado por dos veces la esposa? ¿Qué llanto podía conmover a los manes? ¿Qué dioses podían conmover sus palabras? Ella a no dudarlo navegaba ya fría en la barca estigia.

507 »Durante siete meses enteros, uno detrás de otro, al pie de una roca elevada, junto a las aguas del Estrimón desértico[270], dicen que lloró él y contó esta historia dentro de cavernas heladas, amansando a los tigres y arrastrando las encinas con su canción. Igual que Filomela[271], a la sombra de un chopo, se queja entristecida de haber perdido a sus crías, que un duro labrador espió y se llevó implumes del nido. Así que se pasa la noche llorando, y posada en una rama repite su melancólica canción, y llena de tristes quejas todo el lugar. Ningún amor, ningún himeneo cambió su alma. Recorría

270. Río de Tracia.
271. Véase *Bucólicas*, nota 50.

solo los hielos hiperbóreos, el nevado Tánais[272] y los campos que nunca están libres de las nieves del Rifeo[273], llorando la pérdida de Eurídice y el regalo vano de Dite. Pero las madres de los cícones, sintiéndose desdeñadas con esa devoción, durante los sacrificios a los dioses y las orgías nocturnas en honor de Baco desgarraron al joven y lo diseminaron por los anchos campos. Incluso entonces, cuando el Hebro eagrio[274] llevaba dando vueltas en mitad de la corriente la cabeza arrancada a su cuello de mármol, la propia voz y la lengua fría gritaban "Eurídice"; "ay, desgraciada Eurídice", gritaba él, escapándosele el alma. "Eurídice", repetían las riberas a lo largo de todo el río.»

Esto contó Proteo y de un salto se arrojó al mar pro- 528
fundo, y donde saltó formó con la cabeza un remolino de agua espumosa.

Mas no así Cirene, quien, por el contrario, habló a su 530
asustado hijo: «Hijo mío, puedes desechar de tu alma las tristes preocupaciones. Ésta es toda la causa de la enfermedad. Éste es el motivo por el que las ninfas, con las que Eurídice celebraba coros de danza en la profundidad de los bosques, han enviado la perdición a tus abejas. Tú llévales regalos, suplicándoles y pidiéndoles la gracia; adora a las comprensivas Napeas[275]. Pues darán su venia a tus plegarias y su colera remitirá. Pero antes te diré detalladamente cuál es el modo de rogarles. Elige cuatro toros que sobresalgan por su hermosa estampa entre los que repelan ahora las cimas del verde

272. El río Don.
273. Véase nota 209.
274. Eagro era padre de Orfeo. Sobre el Hebro, véase *Bucólicas*, nota 86.
275. Ninfas de los valles.

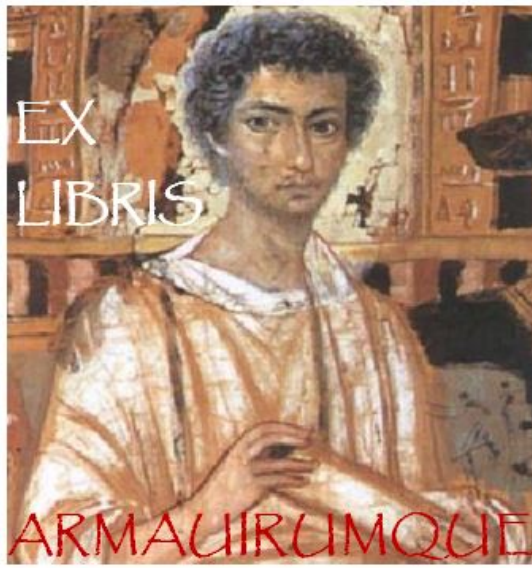
Liceo[276], y otras tantas novillas cuyo cuello no haya sufrido el yugo. Levántales cuatro altares ante los altos santuarios de las diosas[277]; saca de sus gargantas la sangre sagrada y abandona lo que son los cuerpos en el bosque frondoso. Después, cuando la novena aurora haya dejado sentir su presencia, enviarás como ofrenda fúnebre a Orfeo las adormideras de Lete[278], sacrificarás una oveja negra y volverás a visitar el bosque. Una vez aplacada Eurídice la honrarás con la muerte de una novilla.»

548 No hay tardanza. Al punto cumple con lo indicado por la madre. Se llega a los santuarios, levanta los altares prescritos, guía cuatro toros que sobresalen por su hermosa estampa y otras tantas novillas cuyo cuello no ha sufrido el yugo. Después, cuando la novena aurora había hecho acto de presencia, envía las ofrendas fúnebres a Orfeo y vuelve a visitar el bosque. Entonces es cuando contempla un prodigio repentino y que causa maravilla decir: a través de las entrañas licuefactas de los bueyes brotaban las abejas por todo el vientre, bullían entre las costillas rotas, se alzaban en nubes inmensas y luego se apiñaban en lo alto de un árbol, de cuyas ramas flexibles pendían como un racimo.

559 Así cantaba yo sobre el cultivo de los campos, la cría del ganado y sobre los árboles, mientras el gran César lanzaba los rayos de la guerra a orillas del Éufrates[279] profundo, y victorioso impartía leyes entre pueblos que lo deseaban y se abría el camino del Olimpo.

276. Véase *Bucólicas*, nota 78.
277. Las ninfas de que se viene hablando.
278. Véase *Bucólicas*, nota 24.
279. La referencia es el año 30 a.C.

Por aquella época la dulce Parténope[280] me nutría a mí, Virgilio, que disfrutaba dedicándome a mis aficiones en un retiro anónimo. Yo, que jugué con poemas de pastores y que con la audacia de la juventud te canté a ti, Títiro, a la sombra del haya anchurosa. 563



280. Una sirena, cuya tumba se mostraba en Nápoles, ciudad que designa en este pasaje.

APÉNDICE AL LIBRO II DE LAS *GEÓRGICAS*

Cabe plantearse a propósito de las obras literarias problemas que debemos considerar serios e importantes, como son el tema de la obra (no siempre, ni mucho menos, es fácil señalarlo, y en muchas ocasiones se discute sin posibilidad de alcanzar una solución convincente), la unidad de la misma y, en fin, lo que podríamos denominar «técnica de ejecución o composición».

No pretendo en esta breve contribución al análisis del libro II de las *Geórgicas* de Virgilio enjuiciar ni extenderme acerca del tema, ni menos sobre la ciertamente peliaguda cuestión de la unidad literaria, problema que, en general, requiere un tratamiento amplio y concienzudo en consonancia con la complejidad de tan elemental virtud literaria, sino meramente esclarecer y sacar a la luz la estructura y método de composición que en este libro, como de igual manera, posiblemente, en el I y el III, se revelan.

Procediendo de este modo, creo que se logra poner de manifiesto lo que en principio se halla latente, de manera que en vez de sentir dicho libro como un caos extravagante y caprichoso, a nuestra vista surgirá un mosaico artística, fría y sistemáticamente elaborado.

Al mismo tiempo, parece desvelarse el camino seguido por el poeta. En concreto, éste anuncia en los primeros versos el tema

del libro, que en realidad es triple. (Ello sugiere una estratificación o ramificación en la temática, en este caso, de las *Geórgicas,* pero que puede servir modélicamente cuando se trate la cuestión del tema en cualquier obra. En primer lugar, el título *Geórgicas* sugiere como tema general «asuntos de la tierra». Por consiguiente, cualquier asunto del campo cabe en la obra que con ese título se emprende. Dicha obra podía ser un tratamiento continuo de los sucesivos asuntos. Pero si, como es nuestro caso, hacemos una división de la obra en cuatro libros, ¿cómo hemos de ordenar los distintos asuntos o «subtemas»? En el libro II nos encontramos con la declaración del autor que anuncia exactamente tres temas: los árboles, en general, y, en particular, la vid y el olivo. ¿Da pie esta triple temática para la unidad de la obra –el libro II en nuestro caso–? Desde el punto de vista del título genérico, sí; desde el del libro II, sólo hasta cierto punto. Pero ya hemos adelantado que no vamos a tratar la cuestión de la unidad.)

En relación con la declaración inicial del poeta, hallamos en el transcurso del libro serias divergencias. De un lado, bien que anunciado en pie de igualdad, el tema del olivo va a recibir un tratamiento desproporcionadamente corto e inferior a los otros dos temas (seis versos: 420-425). Por otra parte, casi un tercio del libro (184 vv. exactamente) estará dedicada a un «tema» no anunciado: las digresiones, momentos de «fuga» o salida del tema o temas primordiales, constituidas en el libro que nos ocupa por invocaciones (a Baco, a los agricultores, a Mecenas), comparaciones (de las clases de vid con las olas del mar, de la plantación con la legión), loas (a Italia, al campo), o consideraciones de aspectos varios relacionados con la temática de fondo, como la primavera (a propósito de la buena estación para sembrar la vid), el teatro (en relación con la vid) o los incendios.

Al margen de las digresiones, «tema» no anunciado, cuya función poética para lograr la variedad es evidente, y del olivo, tema anunciado, pero probremente tratado, nos restan dos temas fundamentales, según la declaración inicial, junto con un tercero, nuevo y no indicado explícitamente, la «tierra y sus clases», que atañe por igual a ambos, los cuales configuran todo el

contenido del libro que analizamos: uno, el general de los árboles (145 vv.); otro, el particular de la vid (105 vv.).

Así como es comprensible *a priori* que las digresiones salpiquen la narración saltuariamente, el lector esperaría que los otros dos temas (dejo al margen el común a ambos, el de la tierra, que, por cierto, es descrito de forma seguida a lo largo de 82 versos, del 177 al 258), fuesen tratados en forma unitaria, sucesiva y sistemática. No es éste el caso, y las tres líneas «argumentales» (digresiones, árboles, vid) se entrecruzan de manera inextricable de modo a provocar en el lector ingenuo una impresión de caos y de anarquía. Nada más lejos de la realidad.

Si, como hemos hecho, extraemos los pasajes concernientes a los dos temas angulares y los colocamos uno tras otro, hallaremos que el tratamiento de cada tema se ha realizado en forma sistemática y progresiva, con un inicio y un final apropiados. Diríase que el poeta ha redactado por separado temas de manera sistemática[1], los ha segmentado después y ha combinado las piezas resultantes entre sí y con las digresiones que le han parecido oportunas.

Por lo tanto, de los tres temas anunciados al comienzo del libro, uno, el olivo (al que, no obstante, hay referencias sueltas en los versos 30-31, 37-38, 63, 85-86, 101-103, 222) se reduce, como hemos señalado, a seis versos, y, en cambio, la mitad del libro (184 más 82 = 266: La mitad matemática es 271, puesto que el libro consta de 542 versos) se ocupa en «temas» no anunciados: digresiones y la tierra y sus clases, conectados, empero, íntimamente, con los dos primordiales, por cuanto el de la tierra es común a árboles y vid, y el de las digresiones está propiciado por ellos.

1. Con el tema de los árboles se advierte que conforme se suceden los fragmentos a él dedicados van hallando cabida, junto con algunas ya citadas, nuevas especies arborícolas. Así, en los versos 2-3 se citan dos especies; en 9-34, catorce más, nuevas, con lo que tenemos 16 especies; en 47-72 se citan dieciséis, pero sólo nueve son nuevas: tenemos ya 25 especies. En los versos 83-108 se enumeran ocho, de las que sólo dos son nuevas (total: 27); en 177-225 se refieren doce, con siete nuevas (total: 34), y, por último, en 426-457, catorce, con seis nuevas (cómputo global: 40 especies de árboles).

El reparto de temas y versos es el siguiente: Digresiones (184 versos: A); Árboles (145 versos: B); Vid (105 versos: Q); Tierra y sus Clases (82 versos: D)[2] y el Olivo (6 versos).

A tenor de los símbolos empleados para los diversos temas ofrecemos a continuación un esquema general del libro II de las *Geórgicas:*

CONTENIDO	VERSOS
Referencia al libro anterior	1
Tema del presente libro	2-3
A: Invocación a Baco	4-8
B: Cómo nacen los distintos árboles	9-34
A: Invocación a los agricultores	35-38
A: Invocación a Mecenas	39-46
B: Desarrollo del método en toda clase de árboles	47-72
B: Injerto e inoculación	73-82
B: Variedades de un mismo árbol	83-102
A: Comparación de las clases de vid	103-108
B: Reparto de los árboles según los terrenos o países	109-135
A: LAUS ITALIAE	136-176
D: La tierra y sus Clases	177-258
C: El terreno	259-278
A: Comparación de la legión	279-283
C: Disposición	284-287
C: Hoyos	288-289
B: La encina	290-297
C: Recomendaciones	298-302
A: El incendio	303-314
C: Época de la plantación	315-322
A: La primavera	323-345
C: Protección, bina, poda, defensa de los animales	346-379
A: El teatro	380-396
C: Cuidados finales	397-319

2. Curiosamente en el largo pasaje, continuo, que describe la tierra y sus clases, tema que sirve de correa de transmisión entre los árboles y la vid, Virgilio enumera en orden sucesivo los cuatro temas cardinales de sus libros de *Geórgicas.* Así: la vid y el olivo, tema del libro II (vv. 179-194); los ganados, tema del libro III (vv. 195-202); los cereales, tema del libro I (vv. 203-211); las abejas, tema del libro IV (vv. 212-213).

B: El olivo	420-425
B: Frutales y silvestres	426-453
C: Peligro del vino	454-457
A: LAUS AGRI a)	458-474
(EL POETA)	475-494
A: LAUS AGRI b)	495-540
Despedida	541-542

El esquema se puede reducir a la siguiente alternancia: ABABABA (176 vv.) / D (82 vv.) / CACBCACACACBCA (282 vv.). Extrayendo por temas, tenemos:

1. Tabla de las digresiones (A)

CONTENIDO	VERSOS
Invocación a Baco	4-8
Invocación a los agricultores	35-38
Invocación a Mecenas	39-46
Comparación de las clases de vid	103-108
LAUS ITALIAE	136-176
Comparación de la legión	279-283
El incendio	303-314
La primavera	323-345
El teatro	380-396
LAUS AGRI a)	438-474
(EL POETA)	475-494
LAUS AGRI b)	495-540

Total: 184 versos

2. Recomposición del tema de los árboles (B)

CONTENIDO	VERSOS
Cómo nacen los distintos árboles	9-34
Desarrollo del método en toda clase de árboles	47-72
Injerto e inoculación	73-82
Variedades de un mismo árbol	83-102

Reparto de los árboles según los terrenos o países	109-135
La encina	290-297
Frutales y silvestres	426-453

Total: 145 versos

3. *Recomposición del tema de la vid (C)*

CONTENIDO	VERSOS
El terreno	259-278
Disposición	284-287
Hoyos	288-289
Orientación	298-302
Época de la plantación	315-322
Protección, bina, poda, defensa de los animales	346-379
Cuidados finales	397-419
Peligro del vino	454-457

Total: 105 versos

4. *La tierra (D): 177-258 (82 versos)*

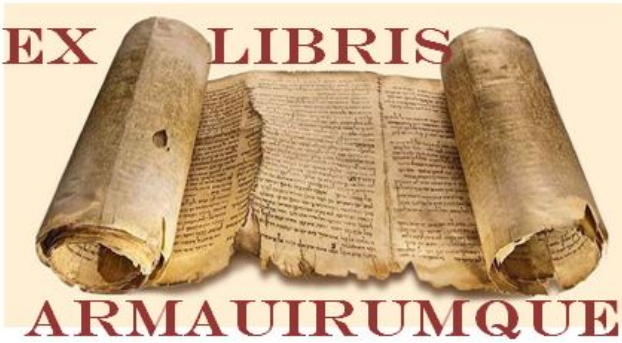
ÍNDICE

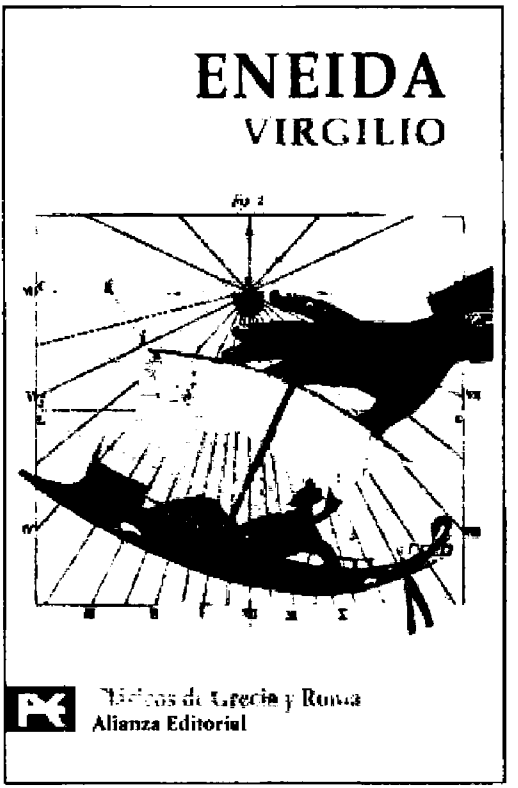
Introducción, de Bartolomé Segura 7

BUCÓLICAS 24

GEÓRGICAS 73

Apéndice al libro II de las *Geórgicas* 171





VIRGILIO

ENEIDA

Poema al que VIRGILIO (-70 a 19) dedicó los diez últimos años de su vida e inscrito, siquiera en su origen, en la empresa de reconstrucción nacional acometida por Augusto tras su triunfo sobre Antonio, la ENEIDA es una recreación literaria de la poesía épica que arranca de Homero. En ella se superponen con maestría diferentes planos, como el relato de las aventuras de Eneas, el héroe troyano que sobrevivió a la caída de Troya –con episodios tan inmortales como el de sus amores con Dido, reina de Cartago–, la identificación con el arquetipo de Augusto y, ante todo, la profundización en los problemas fundamentales de la vida y la muerte, resultando en conjunto una de las obras fundamentales de la cultura occidental.